BIANCA™

HARLEQUIN™



LORRAINE HALL

UNA BODA ENTRE ENEMIGOS

Portadilla

BIANCA™

LORRAINE HALL

UNA BODA
ENTRE ENEMIGOS

HARLEQUIN™

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Lorraine Hall
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una boda entre enemigos, n.º 3189 - octubre 2025
Título original: A Wedding Between Enemies
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370007768

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Serena Valli sabía dos cosas con toda certeza: la primera era que detestaba a Luciano Ascione con un fuego en el que ardía toda la leña de al menos cuatro generaciones anteriores de su familia. La segunda, toda una desgracia, que era precisamente a él a quien necesitaba.

Menos mal que él también la necesitaba a ella, porque ambos habían fracasado, se ahogaban y acabarían colapsando si no se salvaban el uno al otro. Parecía la clase de justicia poética que emanaba de la muerte de sus progenitores, todos enemigos mortales desde la cuna y todos fallecidos en el mismo accidente de tráfico. Era como si ambos padres compitieran entre sí por conseguir un objetivo, pero, al mismo tiempo, estuvieran tan centrados el uno en su odio hacia el otro, que no habían sido capaces de alcanzar la meta.

Serena estaba decidida a aprender de esa lección, aun cuando su padre no hubiera sido capaz de hacerlo, y si para ello tenía que llegar a un acuerdo con su enemigo acérrimo, se tragaría ese sapo. Ni Serena Valli, ni Valli Shipping se rendirían sin luchar, por brutal que pudiera ser el campo de batalla. O por desmoralizador. O por bochornoso. Lo que sintiera carecía de importancia. Solo el destino de su legado la tenía. Si había algún modo de honrar la memoria de su padre, y muy especialmente la de su abuelo, era aquel.

Serena había sufrido, a su manera. A la manera Valli. Entre padre e hija no había habido un gran afecto. Solo respeto. Serena respetaba a su padre por obligación, mientras que había tenido que ganarse el respeto de él con la perfección, y lo había logrado. Creía en el deber, y seguiría cumpliendo con él por el bien de su apellido y su negocio. Por su legado. Y con ese mantra, entró en la guarida del león.

A Luciano nunca le había importado gran cosa la empresa de su padre, Ascione International. En el nombre mismo de la empresa estaba el problema al que Serena y él se enfrentaban: Valli tenía el mercado nacional bajo control, y a Ascione le iba mejor en aguas globales. Ambos estaban siendo víctimas de una empresa emergente norteamericana, que se había colado por las grietas que el fallecimiento de su padre el año anterior había dejado en Valli. Sabía que Ascione padecía el mismo mal, aunque dudaba de que Luciano fuese consciente de ello.

De todos era sabido que Luciano era un inconsciente, un despreocupado, un disoluto. Lo único que había logrado por sus propios medios en toda su vida era el club en el que se estaba aventurando a entrar en aquel momento. Todo lo demás lo había heredado, y era muy probable que lo dilapidase. Podía dejar que se hundiera, pero se temía que, de ser así, su rival americano acabaría ganando, pero si lograba reorientarlo, Ascione y Valli podrían trabajar juntos y derrotar a su común enemigo, en lugar de pelear entre sí.

Iba dispuesta a darlo todo. Salvaría las dos empresas y, si se presentaba la oportunidad, haría lo que su padre no había sabido hacer: conseguir que Ascione mordiese el polvo.

Pero, por el momento, se necesitaban. O ella necesitaba a Luciano.

Serena no era de clubes. La poca luz, la música machacona y los cuerpos apretujados no le atraían en absoluto. Lo único que podía decir como positivo de Cattiva Idea, que era como se llamaba el local de Luciano, era que no olía a humo y a alcohol, y que las suelas de los zapatos no se pegaban al suelo. Cattiva Idea estaba resultando ser un lugar… elegante. Ruidoso en exceso, por supuesto,

pero con una sofisticación que latía bajo aquel tropel de herederos y herederas que intentaban deslumbrarse los unos a los otros. O eso suponía ella.

Fue avanzando con el ceño fruncido por el nivel de ruido. Ella solo tenía veintiséis años, pero su abuelo había llegado a decirle, en una ocasión, que había nacido con un alma envejecida, y no podía negarlo viéndose entre toda aquella masa de su misma edad.

Llamó su atención ver a Luciano, en un rincón de la primera planta, sobre una especie de plataforma elevada, sentado junto a una hermosa mujer sobre cuyos hombros desnudos había pasado el brazo. Creía haberla visto en uno de sus programas favoritos de televisión. Había unas cuantas personas más sentadas en torno a la mesa en aquella sección, que debía ser la zona VIP.

Sin duda, Luciano era un hombre rico. Se vestía con lo mejor de lo mejor. Era guapo, de pelo negro como la tinta y ojos oscuros, pómulos marcados, boca sensual y mentón bien definido. Además, era un hombre alto y ancho de espaldas. Todo ello le hacía resultar muy atractivo y él lo sabía. Y lo utilizaba. Podía despreciarlo por ello, pero no culparlo por hacerlo.

Ella también empleaba las herramientas que tenía a su alcance. Por eso se había puesto unos buenos tacones aquella noche: para que su estatura estuviera más en consonancia con la de él. También, y por el mismo motivo, no vestía un traje de los que llevaba para trabajar, y como la frivolidad no era lo suyo, había elegido un vestido negro, seguramente más adecuado para un cóctel de trabajo que para un club. Por eso se había dejado el pelo suelto y en sus ondas naturales, en lugar de sujetarlo en un moño. También su maquillaje era más apropiado para salir que para una reunión corporativa y había añadido algunas joyas, tomadas prestadas a su madre, que era más ostentosa que ella. Serena se parecía más a su padre, algo que su madre solía decirle: un aburrido buitre comparado con los pavos reales, mucho más interesantes. Pero los aburridísimos buitres eran animales exitosos, le decía su padre, mientras que los pavos reales se limitaban a eso, a pavonearse. Por eso, después del divorcio de sus padres, Serena pasaba más tiempo en casa de su padre.

Luciano entraba, sin dudarlo, en la segunda categoría: todo plumas, colores y nada de sustancia. ¿Cómo iba a conseguir conectar con él cuando todas sus motivaciones iban a caer en saco roto? «Encontrarás la manera», se dijo.

Al acercarse, sus ojos oscuros repararon en ella y vio en su mirada que la reconocía. No dejó de avanzar por ello, pero se preparó para la lucha. Sin pestañear, fue directa hacia él y no miró ni de reojo a uno de los hombres que trabajaba protegiéndolo cuando el trajeado musculitos extendió un brazo para impedir que se acercara.

–Querrá verme –le dijo.

Y Luciano debió hacerle alguna seña porque el guardaespaldas bajó el brazo, retiró la cinta que cerraba el espacio y pudo avanzar.

Una vez se acercó lo suficiente, Luciano sonrió. Era la misma sonrisa que tendría un tiburón.

–Vaya, qué sorpresa. Si es el diablo en persona quien viene a verme.

Serena le devolvió la sonrisa, y la suya fue de loba.

–¿De verdad imaginas al diablo con forma de mujer, cuando los hombres están siempre en el origen de todos nuestros problemas? Dos de ellos en particular.

El hombre sentado al lado de Luciano se echó a reír al oírla.

–Dos hombres –repitió, y miró la copa que tenía en la mano–. Los investigadores opinaron de otro modo.

–Vuestros investigadores. Los que no estaban en vuestra nómina opinaron que los culpables fueron dos hombres que conducían a una velocidad irracional. Un hecho que, conociendo a tu padre y al mío, es innegable.

–Así que conocías a tu padre, ¿eh? Pues me sorprende, porque es bastante difícil llegar a conocer a una serpiente.

–Seguramente igual de difícil que conocer a un escorpión.

–Disfruto mucho con nuestros *tête-à-tête*, pero ahora mismo estoy ocupado –dijo, y señaló a la mujer que tenía bajo el brazo.

–Creo que los dos sabemos que no lo estás –repuso, haciendo un gesto que abarcaba todo el club–. Como es normal en ti. Pero es que tenemos un problema, y me gustaría que le diéramos solución. –Dirigió una sonrisa cortés a la actriz que estaba con él–. En privado.

–Paso.

–¿Crees que he venido hasta aquí por algo de lo que puedes «pasar» sin más, Luciano? Sé que no entiendes cómo funcionan las cosas importantes ni la clase de amenaza a la que se enfrenta tu legado, pero quiero pensar que entiendes hasta qué punto estamos en peligro si yo me he dignado a venir a hablar contigo. En este sitio.

–¿Qué pasa con tu legado? –preguntó la actriz.

Serena tuvo que contener la sonrisa al ver que, aunque a regañadientes, se levantaba.

–Hablemos en mi despacho –dijo.

Miró a la actriz preguntándose si habría pretendido deliberadamente ayudarla. Un guiño le confirmó que sí.

Serena decidió interpretarlo como una buena señal. Cualquier buena señal le valdría en aquella pesadilla.

Luciano echó a andar delante de ella y Serena lo siguió en dirección a un ascensor que se accionaba con una tarjeta. Seguramente solo su personal tendría acceso a la segunda planta. Tras una breve estancia en la cabina, tomaron un corredor y entraron en una oficina bien amueblada.

Encendió las luces, cerró la puerta tras ella y se volvió a mirarla con los brazos cruzados sobre el pecho.

–No me han hecho ninguna gracia tus comentarios sobre mi legado delante de mis amigos.

Serena asintió.

–Te pido disculpas –respondió, mintiendo a boca llena–. ¿Es que no sabías de qué te hablaba? Puede que sea una sorpresa para ti, o puede que los hombres que dirigen Ascione no te hayan informado. También puede ser que simplemente tú no entiendas que…

–Entiendo perfectamente a qué se enfrenta Ascione –respondió de mala gana, mirándola con aire fiero y peligroso.

Pero Serena no iba a dejarse intimidar. Llevaba enfrentándose a hombres ricos y con ego desmesurado desde que era una adolescente, y había aprendido a quedar por encima de ellos.

–En ese caso sabrás que, si no haces algo en los próximos seis meses, Ascione tendrá que declararse en bancarrota.

Su expresión se volvió insondable.

–No sé nada de algo así.

–Pues yo, sí. Valli Shipping tiene algo más de tiempo porque yo he estado a los mandos.

No iba a admitir que su padre le había dejado un lío casi tan gordo como el que el padre de Luciano le había dejado a él. No iba a revelarle que, durante un breve periodo de tiempo, la injusticia de que a ella le exigiera la perfección mientras que él estaba muy lejos de conseguirla le parecía insoportable.

–Pero hay una solución bastante sencilla a nuestros problemas. Una cura que puede servirnos a los dos. Pero, como ocurre con todas las curas, sabe mal y también puede matarnos. Esa es la naturaleza del último recurso.

–Soy todo oídos, Serena. Háblame de tu brillante plan.

Ojalá fuera brillante. Más bien era solo desesperado.

–Cásate conmigo.

Luciano Ascione no creía en el odio. Era malgastar emociones. Era lo que había devorado en vida a su padre, aunque jamás lo admitiría ante la mujer que tenía delante. Nunca le diría que ese odio había acabado con él de forma tan radical como la colisión frontal con una montaña.

Luciano solo se había permitido una excepción en lo referido al odio: los Valli. Y más en particular, la glacial, perfecta e insufrible Serena Valli. La detestaba profundamente, y disfrutaba con ese odio casi tanto como disfrutaba de una mujer lujuriosa y un *whisky* caro.

«Cásate conmigo», le había dicho, erguida, con sus ojos castaños mirándole desafiantes y aquellos interminables tacones que la ponían casi a su misma altura. Casi.

Lo que le estaba costando más trabajo ignorar era su pelo. No estaba seguro de haberlo visto nunca así. Era una especie de halo de rizos oscuros alrededor de su cara. Casi se atrevería a calificarlos de salvajes, si en Serena Valli fuera posible encontrar algo salvaje.

Nada más lejos de la realidad. Serena era una víbora fría y calculadora, como lo había sido antes su padre, pero aún peor,

porque ella parecía no tener vicios. No jugaba, no bebía nunca en exceso, no había tras de ella una ristra de hombres, murmuraciones y escándalos. Aquella mujer era un robot. Un robot que sugería que contrajeran matrimonio. Sabía que era un truco, pero no podía ni imaginar qué querría conseguir con ello.

–No sé si me ha dado un ataque –dijo, intentando ganar tiempo.

–No. Y a mí tampoco, aunque puedo comprender tu confusión. Se trata de una solución extrema a un problema extremo. No estoy encantada con ella, pero ¿te imaginas la atención que podemos despertar si nos casamos? ¿La clase de dinero que podríamos ahorrar si fusionáramos nuestras empresas? Sería como un muro de cemento con el que la empresa norteamericana no podría tocar a nuestros clientes. No espero que lo comprendas, pero tengo un informe detallado listo para entregar a quien sea que pueda explicarte lo que supondría para tu legado. Puedo enviarlo y responder a cualquier pregunta, si me dices a quién.

–Hay un problemilla –contestó, sonriendo. O, quizás, intentando sonreír. El perfume de aquella mujer estaba envenenando su despacho con un sutil aroma floral y romántico que no parecía encajar de ningún modo con ella.

–¿Que te detesto? –sugirió.

–No tanto como yo a ti.

–De eso podemos hablar más tarde –dijo, quitándole importancia con un gesto de la mano–. Este matrimonio, esta fusión, no tiene nada que ver con los sentimientos, sino con salvar nuestras empresas.

–¿Y por qué iba a importarte a ti salvar Ascione? De hecho, no te importa. Tú lo que quieres es salvarte tú.

–Por supuesto, pero, por suerte para ti, el único modo de salvar mi empresa es salvando también la tuya. No espero que me des las gracias, aunque las aceptaría si alguna vez llegas a ser lo suficientemente listo como para dármelas.

¿Se podía ser más arrogante?

–La atención que despertaríamos tampoco le iría mal a tu club –continuó, como si él ya hubiera aceptado. Como si necesitase aceptar.

–Mi club no está necesitado de más atención.

–¿Qué millonario no necesita más, Luciano?

Le repateaba estar de acuerdo con ella, que tuviera razón respecto a Ascione: por mucho dinero que inyectara en la empresa, acabaría yéndose por el desagüe. Necesitaba otro plan, aparte del de tapar agujeros con billetes. Ella lo tenía, o eso decía, pero era incapaz de imaginarse qué podía tener pensado.

–Si me das el contacto de la persona que dirige Ascione, le enviaré un correo con el desarrollo del plan. Estoy dispuesta a ofrecerte cuarenta y ocho horas para considerar mi propuesta, una vez te hayan explicado en qué consiste.

Todo aquello era tan condescendiente… ella era condescendiente. Como si necesitara que sus empleados le explicaran en qué consistía su propio legado. Pero esa era la imagen que él había querido crear. Mientras vivía su padre, él había representado el papel de heredero que no tenía nada que ver con la empresa familiar, del que el padre no esperaba nada y que solo se dedicaba a su club.

Pero, después del accidente, se había visto obligado a ponerse las pilas, y no le dijo a nadie cuánto trabajo le había supuesto hacerlo y hasta qué punto sabía y comprendía. Se había inventado un personaje, y esos datos fueron los que le dio a Serena en aquel momento.

Alan Emidio era su hombre de paja. Respondía a los correos, contestaba llamadas, estudiaba el estado de cuentas y todas esas otras cosas tan aburridas que conllevaba la dirección de un negocio y que su padre, con sus estándares imposibles, le había confiado mucho tiempo atrás.

Alan no asistía a reuniones, ni contestaba llamadas, ni interactuaba con nadie que no fuera Luciano porque no existía.

–Espero tu respuesta a la mayor brevedad posible –dijo Serena con una cortesía que solo ella sabía manejar como una acusación o un arma. Como si cada vez que ella escogiese un camino, se burlara del que llevasen los demás.

–Si yo fuera tú, no esperaría despierta –respondió con todo el encanto que fue capaz de imprimirle a su sonrisa–. Tengo muchas… ocupaciones esperándome esta noche.

Su expresión inicial le confirmó que había dado en el blanco, aunque se apresurara a disimularlo tras una sonrisa.

Sin más, dio media vuelta y salió de su despacho.

«Cásate conmigo», le había dicho. No era una pregunta, ni un ruego. Menos aún, una broma. Había sido más bien la proclamación de la única posible solución al problema en el que ambos estaban inmersos.

Pero no había un «nosotros», porque ellos dos eran enemigos. Generaciones de Ascione y Valli se habían enfrentado por el control del negocio del transporte en Génova. Y generación tras generación, la obsesión por herir al enemigo había ido creciendo, en lugar de ir con los tiempos y construir un negocio sostenible que pudiera durar.

A él siempre le había parecido una absurda pérdida de tiempo intentar convencer a su padre de que debía cambiar de actitud, de modo que había buscado algo mejor en lo que emplearse, convenciéndose al mismo tiempo de que no le importaba su padre, ni los Ascione, ni su legado. Era curioso lo que la muerte podía hacer con las convicciones de la gente.

Se sentó delante del ordenador y lo inició con el perfil de Alan Emidio.

Por supuesto, ya le había escrito, así que leyó la misiva. Era profesional, cortés y directa. Había unos cuantos documentos adjuntos y Luciano lo ignoró todo: sus guardaespaldas, al director del club y el móvil que no dejaba de sonar en su bolsillo para leerlo absolutamente todo.

Recostándose en su silla, contempló la pantalla con el ceño fruncido. Aquella mujer no debería saber tanto de Ascione. Debía tener algún espía, o quizás su padre antes de morir lo tuviera.

Mientras su propio padre vivía, él no participaba en el negocio. No se lo consideraba con la valía suficiente, y no estaba dispuesto a pelear por cambiar la opinión tan baja que tenía de él. Pero tras su fallecimiento, Luciano no había sido capaz de dejar que Ascione se hundiera bajo el mar. Descubrió que había algo que le roía por

dentro: la sorprendente necesidad de demostrarle a un hombre muerto que se equivocaba.

A partir de aquel momento, empezó a achicar agua de un barco que se hundía sin tener siquiera un salvavidas, y aún no se había rendido, a pesar de que Serena tenía razón. En seis meses, a no ser que hiciera algo drástico, dejaría de poder mantener Ascione a flote.

No necesitaba la empresa, aunque quería mantenerla viva y de una pieza, pero no por ello estaba dispuesto a casarse con Serena Valli y fusionar sus empresas. Era absurdo a muchos niveles, e iba más allá de ser una medida drástica. Era una locura.

Podía hacer caso omiso, pero Serena tenía información y penetración en su empresa. Y eso no podía ser.

Capítulo 2

Serena había ido hasta allí conduciendo y volvió a su casa por el camino más bonito y más largo para disfrutar del juego de la luz y la oscuridad.

Le encantaba el viejo castillo de los Valli. La intimidad que le proporcionaba. Era el lugar al que podía volver y dejar de preocuparse por ser Serena Valli. Edificado en lo alto de una colina mirando al mar de Liguria, era su puerto seguro. Su escondite. Su santuario.

Se había trasladado allí definitivamente cuando tenía veintitantos años para ayudar en el cuidado de su abuelo enfermo. Él tenía noventa y un años y ella veintiuno, y seguía pensando que era él la única persona en el mundo que la había entendido. Cuando falleció, hacía ahora dos años, decidió quedarse. Si no había otra persona en la faz de la tierra que la entendiera, al menos aquel lugar lo haría.

Tomó la carretera serpenteante que conducía al castillo. Se había hecho de noche y todo estaba bastante oscuro, ya que no había alumbrado público allí. Las luces del coche iban despejando el camino, y solo podía ver la sombra de la vieja casa en el perfil abrupto de la colina.

Su madre lo llamaba la morgue. Su padre, una decrépita atrocidad. Ella lo llamaba hogar, porque ni la ostentosa vivienda de su padre en la ciudad ni la interminable colección de apartamentos,

casas y villas de su madre, casi todas pagadas por su amante de turno, tenían calidez de hogar.

Aparcó en el garaje y entró, tras desconectar y volver a conectar el sistema de alarma. Como solía hacer, se fue directa al dormitorio y comenzó el proceso de quitarse la piel de Serena Valli. Los tacones fueron lo primero, seguidos por aquel vestido caro y las joyas. Se quitó el maquillaje, las lentillas y se puso las gafas. Colocó cada cosa en su lugar.

La casa podía resultar fresca por las noches, así que se llevó un chal al salón, donde una taza de té caliente, un libro y sus gatos la estarían esperando al calor de un fuego que crepitaba dulcemente en la chimenea.

Necesitaba como mínimo una hora para desestresarse antes de empezar a considerar irse a dormir. Leopold le maulló nada más entrar en la lujosa estancia, que apenas había cambiado desde la muerte de su abuelo.

Sabía que a otra persona le parecería anticuada y demasiado llena, con sus maderas oscuras, su papel de flores y las mantas en los sofás, pero a ella le encantaba, y ahora que el intenso dolor por la pérdida de su abuelo había pasado a ser más llevadero, la estancia la reconfortaba igual que la presencia de su abuelo lo hacía.

Lo que sí había hecho había sido añadir otro gatito tras la muerte de su padre. Estaba considerando incorporar también un pájaro, aunque Pierro, el encargado de la casa, le había dicho que dimitiría si lo hacía. Su trío de perros había sido entrenado para guardar la propiedad y tenían su propia casa para refugiarse cuando quisieran, pero estaba considerando traer un nuevo cachorro que fuera solo un perro. Que le ofreciera compañía. Que tuviera permitido entrar en la casa y se acurrucara con ella en la cama, al lado de sus gatos. Un perrillo pequeño, de ladrido agudo y maravilloso.

Adoraba los animales. Eran tan simples, tan cariñosos, con una personalidad tan distinta los unos de los otros. Se acomodó en su sillón y tomó un sorbo de té mientras Leopold saltaba a su regazo y Kate lo miraba celosa, pero poco dispuesta a abandonar su lugar de observación junto a la ventana. Con un suspiro de satisfacción,

acarició el lomo de Leopold, cerró los ojos y consiguió, por fin, relajarse.

En aquella tranquilidad, rota solo por el crepitar del fuego, tomó su té, pero no abrió el libro. Estaba agotada, pero no iba a ser capaz de dormir.

La solución que le había ofrecido a su archienemigo no era algo que le proporcionase alegría o satisfacción. Era, únicamente, cuanto podía hacer. Y ahora iba a tener que esperar días, seguro, para ver si Luciano era lo bastante listo como para aceptar un trato como aquel.

Era curioso. Nunca le había parecido que fuese particularmente leal a Ascione. De hecho, le sorprendió que no vendiera tras la muerte de su padre. En su mundo, era de todos conocido que no desempeñaba labor alguna en la empresa. Aun así, la había heredado, y cuanto ella podía hacer por el momento era esperar.

–Se me da bien esperar –le dijo a Leopold, y el minino saltó de su regazo, seguro que para ir a incordiar a Kate.

Volvió a cerrar los ojos. Igual, si se dormía allí, conseguiría hilvanar un par de horas de descanso antes de que otra preocupación la despertara.

Entonces oyó entrar a alguien y, a regañadientes, abrió los ojos. Pierro estaba en la puerta y parecía… perplejo, lo cual era poco habitual en él.

–Señora, perdone que la interrumpa, pero tiene una visita bastante… insistente.

–No recibo visitas a estas horas, Pierro.

Estaba en pijama y se cubría con un chal. ¿Qué podía haber empujado a Pierro a…?

Entonces la oyó. Era una voz conocida, grave y que no presagiaba nada bueno. Se acercaba por momentos.

–Podemos llamar a la policía –sugirió Pierro.

Pero él sabía, tan bien como ella, que sería un error táctico poner el foco sobre un problema que se está intentando ocultar.

Serena suspiró e intentó encontrar su fuerza al levantarse.

–Acompáñalo hasta aquí –le pidió a Pierro–. Y tú a ver si te portas bien –le dijo a Leopold, que tenía tendencia a volverse un poco

revoltoso por las noches. La dulce Kate estaba ya en la edad dorada y parpadeó desde su lugar favorito en la ventana.

Cuando Luciano entró en aquel acogedor salón, ella no estaba vestida para ser Serena Valli, pero no iba a permitir que él lo notara. Se mantuvo de pie, erguida, con la mirada desafiante. El fuego que ardía en la chimenea y el chal con el que se cubría los hombros podría darle una impresión equivocada, pero su persona, no.

Le vio mirar en derredor. Venía vestido como lo había visto en el club, aunque traía el pelo algo alborotado, como si se hubiera pasado las manos por él. O como si otra persona lo hubiera hecho.

Parecía sorprendido, pero rápidamente lo ocultó.

–Necesitas mejor seguridad –dijo, a modo de saludo.

–Y tú necesitas entender que «no» significa «no» –replicó, subiéndose el chal un poco más, fingiendo estar vestida con su mejor traje de trabajo–. ¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas?

Entonces la miró con atención: los calcetines gordos, el pijama, las gafas, el chal, y sonrió brevemente.

–Explícame cómo tienes esa información.

–¿Qué información?

–Las cifras de mi empresa. La proyección. No deberías tener esa información, y quiero saber qué has hecho para lograrla.

Era sorprendente que alguien hubiera tenido tiempo ya de analizar todo aquello y explicárselo. Esperaba que transcurrieran al menos cuarenta y ocho horas.

–No habrás sido capaz de despertar a un pobre empleado para que te explique el dosier, cuando podrías haber esperado hasta mañana.

–Nadie debería disponer de esa información –insistió.

–Ha sido fácil utilizar lo que sé de la industria, añadirle la información pública y después extrapolarlo todo. –Se encogió de hombros–. Soy lista, Luciano. Créeme: mi padre no me habría dejado ni acercarme a su empresa si no lo fuera. Si mis decisiones, mis elecciones y mis resultados no fueran perfectos. Tenía unas ideas bastante anticuadas sobre las mujeres en un entorno laboral.

–Entonces, deberíamos habernos intercambiado los padres. El mío solía decirme que, de haber sido una mujer, al menos habría servido para algo.

El silencio dejó de ser hostil para ser raro.

–No es posible deducir sin más toda esta información –repitió con el ceño fruncido y dando un paso hacia ella.

Seguramente pretendía intimidarla acercándose, de modo que no se lo permitió, a pesar de que el corazón había adquirido un ritmo extraño. Sin los tacones, tenía que alzar la cara para mirarlo, y lo hizo sin que se notasen sus nervios ni las extrañas sensaciones que estaba experimentando.

–Sí que lo es. Yo lo he hecho.

–Vas a decirme la verdad.

–Ya te la estoy diciendo.

–¿De verdad piensas que voy a acceder a ese ridículo plan tuyo basado en una patética mentira? O me dices cómo has conseguido esta información o te destruyo.

–Pues destruye, hombre. Destruye.

Qué más daba, si ya casi lo estaba. Destruida.

Luciano se dio cuenta de que no estaba manejando bien la situación, pero ser consciente solo sirvió para que se enfureciera todavía más.

En aquel momento, algo le rozó las piernas y estuvo a punto de dar un salto. Parecía una bola de pelo, pero se movía, y entonces la bola miró hacia arriba y se encontró con unos enormes ojos de gato.

–*Che cazzo,* ¿pero es de verdad?

La bola de pelo le dedicó un triste *miau*. Luciano se lo quedó mirando unos segundos, hasta que asimiló que había dos gatos.

¿Quién era aquella mujer a la que le gustaba estar en el salón de una octogenaria amante de los gatos? Sabía que era aburrida, estirada, irritante, pero había dado por sentado que viviría en algún sitio moderno y elegante, digno del CEO de una empresa de transporte dirigida por varias generaciones de la misma familia.

Tampoco se esperaba que usara gafas ni que pareciera… inocente y vulnerable, allí de pie, en pijama, aunque lo mirase con el ceño fruncido y no hubiera perdido ni un ápice de control.

–Creo que lo mejor será que se marche, señor Ascione –dijo, utilizando el «señor» para recordarle a su padre–. Tu asistente puede llamar al mío y organizar una reunión cuando te parezca oportuno para discutir mi propuesta a una hora y en un lugar adecuados, pero no pienso tolerar acusaciones hacia mi persona en mi propia casa. Llama al señor Emidio y que él te explique cómo he podido recopilar esa información sin esa tontería que se te ha metido en la cabeza del espionaje corporativo.

–No necesito llamar al señor Emidio –farfulló.

–Seguro que es lo suficientemente listo para ver que cualquiera que tenga un buen conocimiento de la industria, y de las carencias de tu padre, podría saber cómo extrapolar esa información. Llama al señor Emidio y que te…

–¡Yo soy Emidio! –explotó.

Serena se quedó muy quieta.

–¿Cómo dices?

No iba a explicárselo. Enmendar un error cometiendo otro no era buena política. Serena tenía razón: necesitaban una reunión. Una reunión de negocios.

–Mi asistente se pondrá en contacto –dijo y, sin más, se dirigió a la salida de aquel enorme y vetusto edificio, donde lo esperaba la oscuridad, el brillo de la luna y de las estrellas y el rumor del mar.

Se detuvo al final del camino de entrada y respiró hondo, antes de volverse a contemplar la sombra amenazante del castillo. Era ridículo vivir allí, con el ulular constante del viento y de las olas que se estrellaban en el acantilado. Había unas cuantas ventanas iluminadas y, en una de ellas, vio la distinguible silueta de un gato.

¿Quién demonios era Serena Valli?

Capítulo 3

Serena estudió la imagen granulada del vídeo y escuchó lo que aquel periodista tenía que decir: que eran suposiciones locas sobre lo que había ocurrido entre dos rivales la noche anterior en el Cattiva Idea. Serena estaba satisfecha con que el fotógrafo hubiera hecho circular aquella imagen capturada desde un ángulo en el que no se veía que Luciano tuviera el brazo sobre los hombros de otra mujer, tal y como le había pagado para que hiciera.

Si lograba que Luciano accediera a su plan, no albergaba expectativas de que en su matrimonio hubiera fidelidad, pero quería que pareciera, al menos durante el primer año, que en su unión había romance, ese elemento de los cuentos. Algo que hiciera que la gente hablase de Valli y Ascione. Que su nombre resonara por ahí y que despertase el interés por sus respectivas empresas.

Al menos, mientras ella solventaba los problemas empresariales.

«Yo soy Emidio».

¿De verdad podía ser tan ridículo como para hacerse pasar por su hombre de confianza? ¿Tan taimado podía ser? Sí, por supuesto. Tamborileó sobre la mesa con los dedos sin dejar de mirar la fotografía en la que parecía que Luciano Ascione le prestaba toda su atención, estando ambos en su club. Solo ella podía saber que la sonrisa que le dedicaba estaba llena de veneno.

Seguramente cada uno interpretaba su propio papel. Cabía la posibilidad de que Luciano hubiera estado interpretando el de

playboy cuando no lo era, aunque el abanico de modelos, actrices, *influencers* y demás que aparecían siempre colgadas de su brazo no podía ser más real.

Aquella iba a ser su mayor batalla, aparte de la de convencer a Luciano de que se casaran. Mientras que ella, con el trabajo necesario, podía parecer elegante, su belleza no era ni mucho menos impresionante. Digamos que estaba en la media, de modo que no podía competir con las mujeres con las que solía salir.

Había considerado explotar lo del dolor común. Tenía algunos puntos positivos, y era creíble. El dolor podía acarrear toda clase de consecuencias, pero no quería pasarse los años fingiendo que perder a su padre era una gran pérdida para ella. Tampoco estaba segura de que Luciano pudiera fingir que la suya fuese también una gran pérdida, así que no le quedaba otra que tirar por lo del amor. Hacer creer a todo el mundo que sus malvados padres los habían mantenido años separados. Que su unión venía precedida de años de negación.

–¿Señora Valli?

Serena levantó la vista del teléfono y le hizo un gesto a su asistente para que entrase.

–¿Ha llegado ya el señor Ascione?

–Me temo que no. De hecho, ha cambiado de planes.

Serena se contuvo para no aullar, y esperó pacientemente a que Andrea se explicase.

–Ha enviado un coche que la llevará a Le Marin. Allí la espera el señor.

Serena apretó los puños con las manos ocultas bajo la mesa.

–Qué amable por su parte. Dile a su conductor que bajo enseguida.

Andrea la miró pensativa, pero se limitó a asentir y desapareció. Serena entonces se levantó de su silla y se permitió casi un minuto de mascullar maldiciones mientras iba y venía por su despacho. Detestaba los cambios repentinos, los juegos absurdos de control, pero si quería que el mundo se creyera lo de aquel matrimonio, tenía que empezar a actuar. Tenía que avanzar a cada paso del camino, hasta que entonces fuera ella la que tuviera el control.

Antes de irse, le dijo a Andrea que su encuentro con Luciano era muy importante y que no quería que nadie los interrumpiera, y salió del edificio para dirigirse al coche que la esperaba.

El trayecto era corto, así que no sacó el móvil ni intentó trabajar. Se limitó a cerrar los ojos y a repetirse su mantra: «Soy fuerte. Estoy segura. Tengo el control».

El coche se detuvo ante una entrada privada que Le Marin tenía en la parte de atrás, donde un miembro del personal, a juzgar por el inmaculado traje negro, esperaba.

Bajó del coche y el empleado la condujo, a través de un discreto vestíbulo, a una sala con una hermosa vista del puerto. No era una belleza apta para todo el mundo, pero resultaba simbólica. Los barcos de Ascione International y Valli Shipping estaban allí, con sus contenedores y demás parafernalia.

Y, delante de la ventana, estaba Luciano. Vestido de manera más informal de lo que a ella le habría gustado, pero aun así sofisticado y magnífico, a pesar de la ausencia de corbata o chaqueta. Resultaba impresionante verlo allí, con ese telón de fondo y su innegable belleza. Qué lástima que fuera tan cretino.

Se levantó al verla llegar y le tendió una mano como si aquello fuese un encuentro profesional.

–Señor Ascione.

–Serena –la saludó, tomando su mano, pero no para estrecharla, sino para llevársela a los labios.

Que usara su nombre de pila y el roce de sus labios le resultaron molestos. Lo mismo que aquella extraña presión que se le había agarrado al pecho.

–He pedido que nos preparasen una mesa en un reservado para que podamos hablar sin temor a que nos oigan –dijo, y señaló una silla–. Por favor, siéntate.

Serena no dejó que sus movimientos se vieran cargados de tensión y no cedió a la tentación de secarse la mano en la falda, aunque ese le pareciera el único modo de deshacerse del extraño calor que sentía en la palma.

Un camarero entró para presentarles una botella de vino. Luciano le dio el visto bueno y el camarero lo sirvió.

–Para mí no, gracias –dijo Serena, poniendo la mano delante de su copa–. Solo agua.

–Deje la botella –le dijo Luciano, y el camarero la dejó y volvió a desaparecer–. Vamos, *cara*. Es posible que, al final de esta conversación, tengamos algo que celebrar.

Ella sonrió con dulzura, pero habló entre dientes.

–Y también puede que acabemos tirándonos el vino el uno al otro.

Él sonrió de medio lado.

–Casi me gustaría verlo –dijo–. La princesa de hielo perdiendo los papeles.

Serena le mantuvo la mirada, pero algo se empeñaba en llenarle de nudos el estómago.

–Espero que contengas el aliento en la espera.

El enfrentamiento dialéctico con él no era una pérdida de control, sino más bien al contrario. Era un duelo, una negociación. Los pasos cuidadosamente planeados de un combate de esgrima.

Luciano tomó un sorbo de vino, impertérrito, recostado en su silla, componiendo un cuadro perfecto. Si alguien le hubiera sacado una foto en aquel preciso instante, podría ser un anuncio de casi cualquier cosa, y las mujeres suspirarían contemplando aquella sonrisa.

Detestaba que su cuerpo traidor la indujera precisamente a eso. Si permitía que se separara su personalidad de su aspecto exterior, iba a tener serios problemas de concentración.

El camarero volvió a entrar con sus primeros platos y, tras colocarlos en la mesa, volvió a desaparecer. Luciano se dedicó a hablar del tiempo y Serena, que conocía bien todas las tácticas de una negociación, le siguió el juego, sobre todo porque lo más probable era que él no se lo esperase.

Cuando les sirvieron los segundos, pasó a hablar de la casa de Serena. Ella intentó no ponerse nerviosa, pero era imposible. No quería oírle hablar de un lugar que significaba tanto para ella. Un lugar en el que él jamás debería haber puesto el pie. Hasta entonces había logrado seguir adelante con su vida profesional precisamente desarrollando su mundo interior, aquel santuario del que todo el mundo quedaba excluido para poder sentirse a salvo en él. Luciano

había invadido su intimidad, asomándose por debajo de la cortina, y a pesar de que se había pasado el día diciéndose que daba igual que supiera que usaba gafas y que tenía gatos, le seguía molestando más de lo que quería reconocer.

Pero mostrarse incómoda era perder, así que tomó un sorbo de agua mientras le escuchaba.

–Es un lugar… único –dijo él, casi pensativo–. Y ese salón, tan extravagante, cuando tú eres, perdóname si lo digo, precisamente lo contrario.

–No deseo ser extravagante, pero eso no significa que no disfrute con ello.

Él pareció quedarse pensativo, aunque Serena suponía que era simplemente una treta para hacerle esperar su respuesta, de modo que decidió disfrutar mientras de su plato, unos deliciosos *tortellini* con ratatouille. Nunca había probado el postre que sirvieron a continuación, así que lo saboreó, solo escuchando a medias la cháchara de Luciano sobre su club.

Si iba a ser así, podría manejar un potencial matrimonio. Podría fingir que lo escuchaba mientras degustaba una deliciosa comida. También podría dejarse fotografiar de vez en cuando yendo de su mano. Pero verle en su espacio íntimo la noche anterior había sembrado algunas dudas, y ella detestaba las dudas.

Quizás, una vez recuperados algunos de los antiguos clientes, una vez se hablase lo suficiente de los dos como para que todo el mundo quisiera reunirse con ellos, ya no sería necesario que su matrimonio pareciera tan real. Pero antes tenían que conseguir llegar a ese punto, y para ello era necesaria aquella comida, su acuerdo y la fusión de vidas y empresas. Para ello, tenía que ser capaz de dominar las extrañas sensaciones que provocaba en ella, que se mezclaban con la más familiar y quizás más bienvenida irritación.

Valli-Ascione, se recordó. La fusión sería lo mejor, pero aún no había calibrado el crédito que iba a tener que darle al hombre que tenía sentado enfrente. Tampoco es que necesitara reconocimiento, siempre y cuando supiera que ella era el cerebro detrás del logro, que ella había salvado Valli, a diferencia de su padre. Siempre y

cuando ella fuera la perfección donde su padre había sido solo imperfección. Eso era lo que importaba.

Cuando el camarero les trajo el café, le sonrió a modo de agradecimiento. ¿Cuánto más iba a durar aquello? Solía tener una fuente ilimitada de paciencia, pero la mera existencia de Luciano le recordó que había variables en aquel plan que quizás no fuera capaz de controlar. Básicamente, él.

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada astuta. La miraba como si pudiera ver en su interior, algo que nadie más podía hacer.

–Sigo sin estar convencido de que hayas llegado a recopilar esa información por tus propios medios –le dijo por fin, aunque sin tono acusador–. Sin embargo –continuó, levantando una mano para que no contestase–, tanto si tienes un espía como si eres tan brillante como dices, el resultado es el mismo: nuestras empresas languidecen.

–Gracias a nuestros padres.

–Cierto. Yo no siento amor alguno por el mío, así se pudra en el infierno con el resto de Ascione, pero no dejaré que su fracaso manche mi reputación.

Le sorprendió la intensidad de su tono, como si de verdad le importase su reputación, aunque estaba convencida de que no era así. Y como si de verdad le importase Ascione, cuando estaba segura de que su implicación en la empresa los últimos años había sido prácticamente nula.

–Entonces, te casarás conmigo –declaró, intentando parecer serena cuando, por dentro, estaba hecha un manojo de nervios y rezaba por que dijera que sí. Lo deseaba y lo temía al mismo tiempo. La historia de su vida.

–¿Casarme contigo? Creía que eras brillante, *cara*. ¿Por qué iba a citarme contigo en un sitio público, donde mucha gente puede vernos, si no es para sembrar la semilla de que hay algo romántico entre nosotros?

No pudo evitar hacer una mueca al escuchar la palabra «romántico», y Luciano se rio.

–Vas a tener que mejorar tus dotes de interpretación.

–Y que lo digas –se aclaró la voz–. No sé si has visto la prensa de hoy. Yo también he sembrado mis semillas.

No es que frunciera el ceño, pero estaba claro que no había visto nada. Sacó el móvil del bolso, abrió uno de los canales de cotilleo que tenía la foto que había editado y se lo tendió.

–Vaya, vaya, Serena –murmuró él, estudiando la foto.

Le devolvió el móvil con una sonrisa y a ella el corazón le aleteó en el pecho. Era como estar nerviosa, pero más cálido.

–Entonces, tenemos un acuerdo –anunció, alzando la copa–. Que den comienzo los juegos, *compagna*.

Compañera. Recordó el deseo de Luciano de que su padre se pudriera en el infierno y, por un instante, le deseó la misma suerte al suyo por haberla dejado en aquella posición.

Acordaron que su primera aparición juntos en público sería en la fiesta que había organizado el CEO de una de las principales corporaciones norteamericanas que les había venido robando clientes. Mientras se preparaba para la cena, Luciano recordó las frases que ambos habían intercambiado al respecto:

–Me gustaría verte vestida con color. Y que enseñaras algo de piel –le dijo, por ver si captaba el momento en que volvía a ponerse la máscara.

No funcionó.

–No puedo imaginar por qué iba a importarte lo que yo me ponga o me deje de poner –replicó ella, caminando ya de vuelta al coche.

–Tendría sentido que se nos estuviera pegando algo del uno al otro, ¿no crees?

–En ese caso, ¿qué se te pegaría a ti? –preguntó, y parecía sincera. Con ese mismo tono asestó la estocada–: ¿Estarías aprendiendo a leer?

No supo si darse por ofendido o echarse a reír. Desde luego era una adversaria formidable, pero ya no el enemigo. Ahora eran socios. ¿Cuánto tempo tendría que pasar antes de que uno de los dos empezase a planear su traición? Durante unos meses, serían

socios de confianza. Nada de apuñalamientos por la espalda, de momento.

En los días que transcurrieron desde la comida a la fiesta, envió flores a su despacho. Un ramo enorme de colores brillantes que sabía que la sonrojaría, y que sería la comidilla de sus oficinas.

Era divertido imaginarlo, como también lo era recordar la comida y las distintas Serenas con las que se había encontrado en un espacio de tiempo tan corto. Estaba claro que no era perfecta. Había una mujer extraña oculta bajo la superficie de hielo, y algo más afilado que se despertaba cuando la irritaba lo suficiente y que, a su vez, inflamaba algo en su interior que desconocía. Por eso seguía pinchando: para descubrir de qué se trataba.

Cuando su chófer se detuvo delante de la casa de Serena, se bajó sin sentir ninguna preocupación. A ella se le daba de maravilla vivir una mentira. ¿Cómo si no podía dar la imagen de mujer perfecta, cuando en realidad llevaba gafas de cristales gruesos, chales de octogenaria y vivía rodeada de gatos? La fiesta iba a ser algo mundano, y fingir que se preocupaba por las necesidades de Serena iba a ser una experiencia extraña, pero todo saldría bien.

Estudió el castillo a la luz del anochecer. No era una construcción elegante. Viendo su exterior, nadie lo calificaría de lujoso, aunque por dentro lo era. Pero su fachada transmitía la idea de siglos pasados, cuando la vida era una sucesión de batallas sangrientas.

Aquello iba a ser una batalla, aunque con suerte no sangrienta, así que mejor meterse en el papel. Subió la escalera de cemento construida delante de la fachada, nada romántica pero muy práctica, y llegó a la puerta principal de doble hoja. La noche anterior no había podido ver las pinceladas de color que había aquí y allá: un macetón lleno de flores rojas y naranjas. Un móvil de cristal que sonaba suavemente en la brisa, uniéndose al rumor de las olas en la distancia. Una marquesina que sombreaba la entrada y que estaba cubierta de glicinia.

Todo ello eran pequeños detalles de la verdadera Serena, y se preguntó si podría ver algo de ella aquella noche. De la criatura nocturna de grandes ojos fingiendo ser una leona. Seguramente, no. Estaría preparada. Ser consciente le produjo una vaga desilusión.

La puerta se abrió antes de que estuviera delante de ella, y el hombre que había pretendido impedir que la visitara apareció. Su expresión era grave. Su mirada, desconfiada. Con un gesto, lo invitó a pasar.

Luciano sonrió al ver que no decía nada.

–*Buonasera.*

–La señora Valli bajará enseguida. Espere aquí, por favor.

Luciano miró a su alrededor. El vestíbulo era grande, pero desde luego no invitaba a sentarse y esperar. Seguramente a ninguna visita le pedirían que se quedase de pie en aquella habitación desnuda.

Serena apareció. Caminaba a paso rápido buscando algo en el interior del bolso, y sus tacones resonaban sobre el suelo de piedra. No podía negar que era hermosa. Incluso con aquel ridículo pijama y aquellas enormes gafas. Había algo en su interior que brillaba, que cautivaba. Su versión profesional era siempre elegante y pulcra. Sobria sería, quizás, la mejor descripción. Pero había algo distinto aquella noche.

Llevaba color. Un intenso y vibrante verde. Estaba acostumbrado a salir con mujeres que se vestían así, de modo que no era una sorpresa. Pero lo corto de la falda y aquellas piernas sorprendentemente largas y delgadas, enfatizadas por las sandalias doradas que llevaba, sí que lo era.

Peor que la sorpresa fue el asalto inesperado y potente de lujuria que experimentó al verla. Inesperado y no deseado.

–*Buonasera* –lo saludó, pero con la mirada buscaba al mayordomo–. Pierro, ¿te asegurarás de que Kate se tome su medicina esta noche con la cena?

–Por supuesto.

Y Pierro salió del vestíbulo con una última mirada reprobadora dirigida a Luciano.

Iba a preguntarle quién demonios era Kate, pero se despistó. Serena llevaba el pelo recogido, excepto unos cuantos mechones que le rozaban el cuello. Se había maquillado los ojos en un tono ahumado que realzaba las chispitas verdes y doradas que había en sus iris, y los labios brillaban, realzando su carnosidad.

–¿Todo bien? –le preguntó ella, ladeando la cabeza.

–Por supuesto –replicó, con una voz desfigurada por la tensión y que apenas reconoció–. Estás diferente.

Ella se miró.

–Supongo. Tenías razón, algo que rara vez voy a decirte. Vestirme de color hará que me parezca más a una de las mujeres con las que sueles salir, y así generaremos más comentarios que si me visto como suelo hacerlo. Igual que esas flores horrorosas que me enviaste.

Estaba desorientado porque no era normal mezclar los negocios con el placer. Eso era todo. Tenía que recuperar el control, de modo que sonrió, le ofreció el brazo y le tranquilizó un punto ver que dudaba. Seguía siendo la Serena de siempre. Mejor no olvidarlo durante la velada.

Capítulo 4

Serena estaba hecha un manojo de nervios. Eso sí, por dentro. Por fuera era pura sofisticación. Aparecer del brazo de Luciano era el último paso de una locura que no quería acometer, pero no le quedaba otro remedio. Aquel vestido era un disfraz que la ayudaba a interpretar un papel. Y ese era el problema: ¿cómo se fingía estar enamorada de un hombre al que detestabas?

Pero aquella palabra, «detestar», ya no describía con exactitud lo que estaba sintiendo. Había algo más. No era desdén ni repulsión. Pero tampoco entendía qué podía ser, ya que Luciano Ascione no le gustaba, y nunca lo haría.

Salieron y el aire fresco le resultó agradable. Caminar la ayudó a deshacerse de la maraña de pensamientos y a concentrarse. Todo en los negocios era cuestión de concentración.

Llegaron a su coche y Luciano le abrió la puerta para que subiera, y Serena lo hizo sin mirarlo. Una vez acomodada en la parte de atrás, cerró los ojos un instante, solo para centrarse, para recordarse por qué hacía lo que estaba haciendo.

–¿Nerviosa?

–Por supuesto que no –respondió demasiado rápidamente. A punto estuvo de dar un brinco en su asiento cuando él puso una mano sobre las suyas, que llevaba recogidas en el regazo. La apartó enseguida. No había por qué encontrar aquel espacioso asiento

pequeño ni agobiante, ni demasiado intenso su perfume, cuando en realidad era sutil.

–Supongo que sí, que estoy nerviosa –admitió, porque reconocer la emoción era el primer paso para controlarla. Incluso para erradicarla–. Tú eres el actor experto en esta farsa.

–Entonces, deja que sea yo quien hable.

–Hablar se me da bien. Lo que no se me da bien es…

No pudo acabar la frase porque no sabía cómo hacerlo. No sabía cómo asistir a un evento y fingir que disfrutaba con la compañía del hombre que tenía al lado, porque el objetivo no era empresarial, sino crear chismorreos, despertar el interés por su persona.

Siempre había preferido pasar desapercibida y que hablasen sus logros profesionales. Nadie necesitaba saber que le gustaban los gatos, lo que solía leer o el nombre que tenía pensado para el *dachshund* miniatura que estaba a punto de adoptar. Pero ahora debía ser todo lo contrario. Quería que todo el mundo supiera algo que le daba vergüenza que se supiera: que estaba enamorada de Luciano, de un conocido *playboy* que flirteaba con cualquier cosa que llevara faldas. Todo el mundo sentiría compasión por ella.

–Estoy esperando a que reconozcas algo en lo que no eres buena, Serena. Sinceramente, no creía que la soberbia fuera una de tus cualidades.

–No se necesita la soberbia cuando te conoces a ti mismo –replicó–. No se trata de que sea capaz de reconocer o no lo que se me da mal, sino que me preocupa que, incluso con este atuendo, habrá gente que cuestionará la verosimilitud de que tú y yo estemos juntos. No tenemos nada en común, excepto el odio que compartimos.

–Supongo que no has oído hablar del concepto que dice que los opuestos se atraen.

–Pero una mujer lista como yo nunca sería tan tonta como para dejarse atraer por lo opuesto a todo lo que más valora: la sinceridad, la inteligencia, la lealtad… y tantas otras cosas.

–Te sorprendería la cantidad de mujeres inteligentes que he tenido en mi cama, *cara*.

¡Qué rabia le daba que se le hubieran sonrojado las mejillas! Cierto era que ella nunca había estado en la cama de nadie, pero le encantaban las historias de amor, tanto en el cine como en una novela. Le gustaba creer que, para algunas personas, esa clase de comunión, de dedicación, de romanticismo y, sí, de sexo placentero era posible. Aunque el suyo no fuera el caso. Nunca había experimentado lo físico en su vida. Ni siquiera su abuelo, que era un buen hombre, era propenso a abrazar. Y sus padres, menos aún. Había crecido con una carencia absoluta de contacto físico, y que él lo mencionara, que la empujase siquiera a pensar en ello, alteraba todas sus certezas y planes, y no podía permitirlo.

–Nunca me sorprendería de la cantidad de gente que ha podido pasar por tu cama, Luciano –le dijo, intentando parecer sofisticada–, pero es importante que recuerdes que, para que nuestro plan funcione, tienes que intentar no comportarte en público como lo sueles hacer. No puedes flirtear con cualquiera que lleve falda. La gente debe pensar que solo te importo yo y, para eso, el gran don juan de Italia tendrá que controlar sus manos y sus miradas.

Hubo un instante de silencio. Igual había conseguido sorprenderlo, o incluso ofenderle de alguna manera. Pero le duró poco el triunfo.

–Solo tendré ojos y manos para ti.

Consiguió que la sonrisa no se le congelara en los labios, consciente de que aquello era un desafío, pero no pudo evitar que el corazón le temblase porque, durante un instante, casi pudo imaginarlo: imaginar cómo sería sentir sus manos en la piel. Respirar su calor. Un contacto físico que solo existía en su imaginación. ¡Pero, por Dios, no con él! Era ridículo. Solo tendrían que fingir esa intimidad en público. Darse la mano. Bailar, quizás. Un roce de cuerpos. De labios. Pero nada más. Absolutamente nada más, porque aquello era una farsa, y no podía permitir que pensara que tenía una mano ganadora, que sin duda era lo que pretendía. Sabía usar su encanto y sus insinuaciones como un arma, tan fácilmente como era respirar. Pero ella no iba a doblegarse. No apartaría la mirada. Debía ponerle en su sitio cuanto antes.

–Supongo que tienes razón. Va a ser un gran reto para ti poner a prueba tus recursos. Es algo a lo que no estás acostumbrado. Pero

yo tengo fe en ti, Luciano. A veces las personas más difíciles solo necesitan que alguien crea en ellos, en que son capaces de ser mejores de lo que han sido.

No dejó de mirarle ni un instante. Vio aparecer en su expresión una especie de frío, una ira cortante a la que no dio rienda suelta. Lo había insultado. Bien.

Luciano había accedido a salir con ella pensando que Serena se mostraría como siempre: insoportable, insultante e insulsa, pero no había esperado que lo desafiara de aquella manera.

Aún no había dado con el mejor modo de combatirla. Seducir a todas las mujeres que se hallaran en la misma habitación que ellos solo para vengarse era lo que ella esperaba, y él no albergaba dudas de que podría conseguirlo, más o menos.

Normalmente, su forma de enfrentar los problemas era rebajar las expectativas que pudieran tener para él, y le había ido bien. La gente lo subestimaba y, si después tenían que enfrentarse a su éxito, le quitaba importancia achacándolo a su apellido. Pero las expectativas de Serena eran tan sumamente bajas que había terminado por molestarle. Aunque no pudieran soportarse el uno al otro, su objetivo era el mismo. ¿Por qué no derrotarla entonces en su propia partida? ¿Por qué no lograr la victoria, por una vez, a vista de todos? La idea era tentadora. Nunca había tenido que mostrarse como un amante devoto. De hecho, se aseguraba de que las mujeres con las que salía entendieran que no buscaba a la futura señora de Ascione. Nada de futuro. A él solo le interesaba pasárselo bien. Y ellas disfrutaban con su forma de divertirse.

Con Serena iba a ser más complicado. Si ella quería un enamorado devoto, dedicado en cuerpo y alma a ella y solo a ella para que la prensa lo viera y por el bien de sus empresas, ¿por qué no hacerlo? ¿Por qué no mostrarle lo bien que se le daba interpretar el papel? Haría que todos los presentes en aquella sala lo creyeran locamente enamorado para que aquel plan saliera a la perfección. Y si había alguna imperfección, que fuese responsabilidad de ella.

Entraron en la encantadora villa, llena de flores y de gente, todos ricos e influyentes. Algunos clientes, otros enemigos. Sonrió, saludó a todos con una mano puesta en la espalda de Serena para dejar bien claro que habían ido juntos.

En una cosa tenía razón ella: en que era un actor consumado. Llevaba toda la vida interpretando un papel, al principio solo para ganarse la atención de sus padres y ver si así podían dejar de lanzarse flechas el uno al otro. Había trabajado para ser el estudiante perfecto para demostrarle a su padre la valía de su heredero. Por su madre se había preocupado constantemente, y había hecho cuanto había podido para desempeñar el papel de protector que su padre no había asumido. Los dos lo habían rechazado, de modo que tomó la decisión de hacer lo opuesto. Con su padre le había ido bien. Con su madre había resultado más complicado. Ella lo rechazó por completo, así que no había modo de rebajar lo que esperaba de él, como con su padre. Entonces dejó de intentarlo, y eso trajo aparejado un sentimiento de culpa del que no había conseguido deshacerse del todo.

No quería tener que volver a enfrentarse a algo así en los negocios, así que apartó en pensamiento y se centró en Serena. Bajó un poco la mano. Resultaba chocante considerar a Serena como una mujer, y lo era. De hecho, de no tener aquella historia entre manos, y si no fuera tan estirada, podría sentirse tentado. Desde luego, el envoltorio era precioso.

Cuando bajó la mano y la atrajo hacia sí, ella se quedó inmóvil y tensa.

–Relájate, *cara* –dijo, ocultando una sonrisa–. Todos los ojos están puestos en nosotros.

–Entonces, estamos consiguiendo exactamente lo que pretendíamos –contestó ella, saludando con una inclinación de cabeza a un conocido.

Fueron moviéndose por el salón, saludando a la gente, manteniendo conversaciones mientras las miradas ávidas observaban la mano de él en su espalda, en su hombro o sosteniendo su mano. Serena no consiguió relajarse del todo, pero

era evidente que lo hacía lo mejor que podía, seguramente lo bastante para engañar a todo el mundo.

En un momento dado, a ambos los requirieron en direcciones opuestas y se separaron. Luciano habló con un disgustado directivo de Ascione, que no se atrevió a preguntarle qué hacía de la mano con la hija del demonio, pero se contuvo a duras penas, lo que le hizo pasar un momento divertido a su costa. Cuando una mujer muy hermosa con la que solía flirtear se le acercó, se limitó a ser cortés, pero no desplegó su encanto habitual. Y estaría bien fingir que buscaba a Serena y que no se dejaba distraer. Eso conseguiría dar que hablar.

Pero cuando localizó a Serena con la mirada, no le hizo falta fingir. Estaba con Tomasso Bonetti, cliente tiempo atrás de Valli, pero que se había dejado seducir por el conglomerado norteamericano. Se reían, las cabezas de ambos juntas. Luciano frunció el ceño. Ella era quien había puesto en marcha aquel ridículo plan. Ella era la que le había advertido que no flirtease con otras mujeres, y ahora ella era la que andaba de risitas con otro hombre.

Ni siquiera se excusó ante la mujer con la que estaba hablando, porque se olvidó por completo de ella, cruzó la estancia y llegó junto a Serena, pasándole un brazo por la cintura.

–Tengo que robártela –le dijo a Tomasso, con una sonrisa feroz–. Están tocando nuestra canción.

Resultó fascinante ser consciente de lo tensa que estaba, sobre todo porque solo él lo percibía. Serena se disculpó con aquel tipo al que casi se le caía la baba mirándola y dejó que Luciano la condujera a la pista de baile.

–Muy listo –le susurró ella cuando la música comenzó y él la abrazó. Parecía vagamente indulgente, como si fuera una profesora de jardín de infancia, y eso atizó la frustración que le había provocado verla con aquel *stronzo*–. Hacer que parezcan celos. Un toque magnífico.

–Quizás, pero voy a tener que recordarte el aviso que me diste hace un rato. Estamos en una vía de doble dirección, ¿sabes? No puedes andar mariposeando por ahí.

Serena se rio, y el sonido de su risa le resultó sorprendentemente banal, una chispa que hizo que varias de las personas que se encontraban cerca volvieran la cabeza para mirarlos y, a continuación, cuchichearan con sus parejas de baile.

–¿Mariposeando? Qué gracia –contestó, moviendo la cabeza y haciendo bailar sus pendientes–. Nadie espera que sea yo la que flirtee, y te aseguro que a nadie se le habrá ocurrido pensar eso. Si hubiera sido el caso, lo considerarían totalmente inocuo, porque no soy yo la que tiene una ristra interminable de amantes, Luciano.

–No, eso es cierto –reconoció, y dado que estaba experimentando una frustración inexplicable, algo que podría llamarse «celos» si no supiera que era imposible, optó por contraatacar, aunque fuera solo por dejar de sentirse así–. De hecho, creo que no te he visto salir con nadie.

–Es que soy discreta –replicó con ese tono fatuo y pomposo que utilizaba como un arma.

–¿Discreta o virgen?

Serena se tropezó con el pie de Luciano y, casi de manera inexplicable, el tacón de sus sandalias acabó clavándose en el empeine de él, provocándole un agudo pinchazo de dolor.

–Uy –exclamó, fingiendo arrepentimiento–. ¡Cuánto lo siento! ¿Prefieres que demos por terminado el baile? Es que a veces soy tan torpe…

–Sobreviviré a tu torpeza, *cara* –replicó, apretando los dientes.

Sobreviviría. Ganaría aquella batalla de voluntades en lugar de retirarse o esconderse. Había percibido pequeños destellos de algo más dulce bajo aquel gélido comportamiento, y no descansaría hasta descubrirlos. Serena era brillante y diferente. No conocía a otra igual, pero una extraña señal de alarma lo estaba advirtiendo de que no debía involucrarse demasiado. Pero es que estaba enfrentándose a Serena Valli, nada menos. Fuera cual fuese el desafío, saldría victorioso. No tenía ninguna duda.

Capítulo 5

Serena estaba agotada. Fingir era una tarea que le disgustaba enormemente, pero era necesario. De lo que no estaba convencida era de que fuera necesario que Luciano la tocase, aunque seguramente era imprescindible para la parte pública de su acuerdo, así que no podía quejarse, pero al día siguiente le dolerían todos los músculos del cuerpo de tanta tensión, sobre todo por las reacciones tan extrañas que despertaba en ella su contacto.

Había tenido unas cuantas citas porque se esperaba de ella que tuviera cierta vida social, y para demostrarle a su padre que no estaba «defectuosa», que era el término que a él le gustaba emplear, y que podría llegar a casarse un día. Pero los hombres que había elegido eran muy parecidos a ella: contenidos, distantes, obsesionados con el trabajo. Por eso sus citas nunca habían llegado a ser relaciones. Aun así, a pesar de su poca experiencia, confiaba en poder fingir que tenía una relación romántica, gracias a las novelas y las películas. Pero la realidad de ese fingimiento era agotador, y no se lo esperaba.

Lo que de verdad quería era recostarse en el asiento, cerrar los ojos y dormir todo el camino de vuelta a casa, pero tenía a Luciano al lado y no se atrevía a dormir en presencia de un escorpión.

Afortunadamente, Luciano no habló durante todo el trayecto ni volvió a poner su mano sobre la de ella. Pero tanto silencio y tanta inmovilidad la pusieron nerviosa.

El coche se detuvo y Serena fue a abrir la puerta, pero él hizo un ruido de fastidio.

–Vamos, Serena. Sabes hacerlo mejor.

–No necesitamos fingir en la entrada de mi casa y a oscuras.

–¿No crees que el personal que tienes a tu servicio también tendrá que creerse nuestra obrita de teatro?

Fue a protestar, pero en realidad ella ya lo había pensado también. Seguramente a Pierro no podría engañarlo. Llevaba cuidando del castillo y sus habitantes desde que ella era niña y la conocía demasiado bien, pero el resto era harina de otro costal, y si los demás se lo creían, él fingiría no saber que era falso.

Lo que no se había planteado era la sensación que daría algo así en su vida privada. Se había centrado en cómo hacer que el público creyera que eran pareja.

Luciano le abrió la puerta del coche y le ofreció la mano. No quería aceptarla, pero no le quedó otro remedio. Luciano retuvo su mano mientras cerraba y caminó a su lado hacia el castillo, sin soltarla. Su mano era grande, cálida y extrañamente áspera.

Subieron la escalera hasta llegar a la puerta principal, ella con el corazón un poco acelerado, como si estuviera nerviosa. Pero no lo estaba. Era solo incomodidad. Luciano iba a acompañarla hasta la puerta, como haría cualquier hombre con el que hubiera salido. Cuando se detuvieran, ella le ofrecería… ¿qué? ¿La mejilla, quizás? No. No quería conocer esa sensación. El estómago se le estaba revolviendo, aunque se parecía casi más a la sensación de montar en una montaña rusa que a la repulsión. La excitación no podía ser así, tan insostenible e inestable. Además, sentir excitación sería traicionarse a sí misma, así que no podía ser.

Pero era necesario algún tipo de despedida física, así que se volvió a mirarlo, ya en la puerta, y se soltó de su mano. Algo tenía que hacer. Por sus empleados. Ladeó la cabeza y le ofreció la mejilla. Luciano se fue inclinando hacia delante, cada vez más cerca, con sus ojos oscuros e intensos clavados en ella, casi como si la estuviesen tocando, y el aliento se le quedó bloqueado en la garganta. No podía inhalar o exhalar mientras tuviese su contacto en la mejilla.

Fue un beso ligero, casi amistoso; desde luego, nada romántico. Pero notar su respiración en la piel era una intimidad con la que no había contado, y no le gustó el estremecimiento que le provocó sentirlo.

Aquello tenía que terminar. Necesitaba estar sola. Reagruparse. Alejarse de él.

–Buenas noches, Luciano –dijo, cortés y amable quiso pensar, pero quién podría estar segura con aquel zumbido en los oídos.

Un zumbido que se intensificó al abrir la puerta y ver que él no hacía ademán de marcharse, sino que entraba al vestíbulo, suavemente iluminado.

–¿Qué haces?

–Entrar.

–No te he invitado a hacerlo –espetó.

–Un fallo por tu parte. Deberías invitarme a tomar una copa. Y después nos deberíamos retirar a tu habitación.

Serena lo miró boquiabierta. No estaría sugiriendo que…

–Queremos salir en titulares, ¿no?

¿En titulares? Estaba loco.

–No entiendo qué tiene eso que ver con que entres en mi casa en contra de mis deseos.

–¿Qué mejor titular que una foto de mi coche saliendo de tu casa al amanecer? Se volverán locos.

Imaginarlo en su casa toda la noche era… horrible. Aterrador. Imaginarlo en su dormitorio, en… no podía siquiera pensar en ello.

–No puedes pasar aquí la noche.

–Tengo que admitir que esta ruina de castillo no sería mi primera elección en cuanto a alojamientos se refiere. La próxima vez puedes quedarte tú en mi casa. Tengo agua corriente.

–¡Yo también tengo agua corriente! Tengo todas las comodidades que… –¿Qué hacía defendiendo su casa, y encima en aquel insoportable tono de voz? Respiró hondo y sonrió–. Yo no me quedaría en tu casa ni a punta de pistola, *carissimo*.

–Eso significa que no te tomas tan en serio este asunto como yo creía.

La furia que le había despertado por dentro era muy difícil de controlar.

–Me lo tomo más en serio de lo que te imaginas, Luciano.

–Quizás. Puede que solo hayas perdido el contacto con la realidad. ¿Eres consciente de que las parejas modernas comparten cama antes de casarse o es que tu elección de vivienda te hace creer que seguimos en 1500?

Qué rabia le daba que pudiera hacerla sonrojarse con tanta facilidad.

–No vamos a acostarnos, Luciano. Ni ahora ni nunca.

–No –corroboró él con tanta facilidad que le habría gustado darle una patada en la espinilla–. Pero la gente tiene que pensar que sí.

–¿Pretendes pasar la noche en mi alcoba?

Él se encogió de hombros.

–Por desgracia, no se me ocurre el modo de evitarlo.

–Estás loco –espetó, con el corazón latiéndole desbocado en el pecho y un calor que no podía controlar subiéndole hasta las mejillas. Y aquella especie de pulso en el vientre. Qué humillante. Qué desastre.

–Creo recordar que esta idea ha sido tuya –añadió Luciano–. De hecho, te recuerdo que fuiste tú quien se plantó en mi despacho para proponérmela.

–Sí, pero…

–Entonces, llévame a tu habitación, *cara*.

Luciano no tenía pensado divertirse, pero es que era tan fácil hacerla enrojecer y titubear… siempre le había parecido un muro helado e impenetrable. ¿Quién se iba a imaginar que bastaría con fingir una relación, un besito en la mejilla y sugerir, que no hablar, de una cama para hacer añicos su máscara?

Pero no sería Serena Valli si no fuera capaz de recuperarse y volver a ponerse la máscara. La vio erguirse y lanzar llamaradas por los ojos, pero sin que su expresión dejara de ser perfectamente impasible. Un cambio fascinante.

–Sígueme –le dijo de pronto, y se adentraron en aquella extraña casa. Había pasillos estrechos y oscuros, ventanas pequeñas que apenas dejaban pasar la luz, y solo cuando llegaron al tercer piso se dio cuenta de que debía haberle llevado por la parte trasera del castillo, que sin duda se construyó en el medievo para la servidumbre, porque la zona que había visto la otra noche era brillante, opulenta y acogedora. Igual pretendía hacerle sentir inferior con aquella visita turística, lo cual no sería extraño tratándose de Serena. Pero él lo encontró divertido.

Ya subida la escalera, lo condujo por un corredor que debía tener mucha luz durante el día, por sus muchas ventanas. Era corto, y solo tenía una puerta.

Sin dudar, abrió y encendió la luz. Era su dormitorio. Luciano entró. Era una estancia grande y alegre. Una pared estaba hecha de cristal y, aunque no pudo contemplar el paisaje al que se asomaba, supo que había agua debajo. En aquel momento, solo se podía ver el brillo de la luna y las estrellas.

Junto a una de las paredes, había una cama espectacularmente adornada, con dosel y unos cuantos cojines y mantas esponjosas, y se imaginó a la fría y estirada Serena acurrucándose en aquel cálido lecho.

Pero ella no miró la cama, sino que abrió otra puerta de lo que parecía un espacioso vestidor. Volvió a salir con un montoncito de prendas dobladas en una mano y abrió otra puerta. El baño, seguramente. Se limitó a desaparecer detrás de aquella puerta y a echar el pestillo.

Riendo, se dio la vuelta para admirar el resto de la habitación. Era una interesante combinación de arte con tintes románticos, textiles de brillantes colores y atrevidos estampados y una hermosa vista del mundo fuera de su castillo, además de… cosas de animales. Había una fila de retratos en los que aparecían rostros de perros y gatos transformados en reyes, reinas y generales. ¿Pero qué demonios…?

Recordó entonces el gato peludo que estaba la otra noche en el salón, justo cuando algo salió como un rayo de debajo de la cama y lanzó su pata a los cordones de sus zapatos, antes de volver a desaparecer. Por un momento solo fue capaz de seguir mirando el

espacio que la manita del gato había ocupado un instante antes. Un segundo más y volvió a aparecer.

Luciano dio un paso atrás y después otro. La vida privada de Serena no dejaba de sorprenderle: gatos, libros… se la podría comparar con una abuela, si no tuviera poco más de veintiocho años, si no recordaba mal. Un contraste llamativo con la mujer de negocios moderna y aguda que era fuera de allí, y se preguntó qué habría causado tal dicotomía. Él también fingía ser menos decidido y terco de lo que era en realidad, pero no ocultaba elementos clave de su personalidad. ¿Qué empujaría a alguien a hacer algo así? ¿Qué significaría? ¿Por qué sentiría el deseo de conocer cuanto antes el final de aquella historia?

La puerta volvió a abrirse y Serena salió. Iba vestida de modo desenfadado, pero seguro que no era casualidad que fuera cubierta de la cabeza a los pies. Llevaba un jersey de cuello vuelto y unos gruesos calcetines. La única piel que se veía era la de sus manos y sus pies.

–Hay un gato debajo de tu cama.

–Seguramente habrá dos. Es uno de sus sitios favoritos. Espero que no seas alérgico.

–No, que yo sepa.

Por primera vez desde que entró en su casa la vio sonreír.

–Podrías pasarte uno por la cara y averiguarlo.

–Creo que paso.

–Si cambias de idea, házmelo saber.

No dijo nada más y no se movió de donde estaba. Su expresión era plácida, pero la tensión salía de ella en oleadas y, la verdad, le gustaba tener ese efecto en ella. Cualquier cosa que traspasara el hielo impenetrable.

Se acercó dando unos pasos y sonrió al ver que ella retrocedía.

–¿De qué tienes miedo exactamente, Serena? –le preguntó, quieto.

–Yo no tengo miedo.

–Te has cerrado con llave en el baño como si yo fuera el lobo grande y malo, y ahora estás al otro lado de la habitación como si temieras que fuera a morderte.

–He cerrado el baño porque es lo que se hace cuando estás en un sitio privado y quieres que siga siendo así.

–¿Es que piensas que voy a abalanzarme sobre ti?

–Por supuesto que no. No seas ridículo.

Pero cada vez estaba más roja. En realidad, ¿cómo sería acercarse a ella y…?

–Esta cama es grande. Creo que servirá a su propósito.

Se acercó, no sin antes examinar el faldón por si sobresalía alguna pata, y decidió dejarse los zapatos puestos para sentarse apoyado contra el cabecero tapizado con una tela llena de… ¿eran cerditos?

Por un momento temió que a Serena le hubiera dado un ictus. Estaba tan inmóvil, con la boca abierta y sin que saliera de ella ningún ruido… al final, y como si volviera de muy lejos, parpadeó varias veces.

–Tengo hambre –dijo, y fue hacia la puerta.

–Yo también. Pide que te traigan una bandeja aquí. Me da igual con qué, no soy delicado con la comida. Y si tienes algún licor bueno, tampoco me importaría tomar una copa.

–No vas a… no vamos a…

Empezó otras dos o tres frases sin terminar ninguna. La vio respirar hondo y cerrar los ojos un segundo. Tenía que resetearse, y la vio hacerlo allí mismo, delante de él. ¡Fascinante!

–He considerado tu opinión –anunció, en ese tono recatado y controlado tan suyo–. Tienes razón hasta cierto punto en que se espera de una pareja comprometida que… cohabiten de vez en cuando. Si lo preparamos para que alguien te fotografíe saliendo de aquí temprano, conseguiremos mucha atención.

–Hasta podría ser ese el motivo por el que lo he sugerido –replicó con sorna, aún recostado en su cama, que olía a sábanas limpias y a primavera.

Ella pasó por alto su sarcasmo.

–Dicho lo cual, debemos considerar la comodidad mientras estemos en esta farsa.

–Yo estoy bastante cómodo.

Serena respiró hondo.

–Yo no. Estoy acostumbrada a tener mi espacio para mí sola. Estoy acostumbrada a cierto nivel de… –Hizo una pausa mientras buscaba la palabra. Ya no dudaba. Solo quería tener cuidado y ser precisa–. De soledad. Es como más cómoda me siento. Podríamos emplear el tiempo que vamos a pasar juntos hoy para redactar un acuerdo.

–¿Un acuerdo?

–Sí. No un acuerdo totalmente legal aún, porque eso se podría filtrar, pero sí un acuerdo entre nosotros dos sobre cómo proceder y comportarse. Sobre las expectativas de cada uno.

–¿Expectativas?

–¿Te está costando comprender el significado de las palabras o es otra cosa?

–Me tiene desconcertado tu modo de hablar.

–Intentaré reducir mi vocabulario para que te sientas cómodo.

Luciano sonrió blandamente. Nunca se justificaba ante nadie. Había aprendido desde hacía muchos años que no servía para nada, y solía funcionar a su favor que los demás lo infravalorasen. Pero sus comentarios le molestaron, y tuvo que recordarse que había un juego en marcha que ocupaba un plano superior y más importante que aquella insustancial conversación en su dormitorio.

–Claro, por supuesto. Firmemos un acuerdo. Pero primero que nos traigan algo de comer y de beber. Dios sabe que lo voy a necesitar para tragarme esto.

Capítulo 6

Pidió comida y una botella de *whisky* escocés. Aunque Serena hizo ademán de recoger ella la bandeja en la puerta, Pierro, en contra de su costumbre, entró para colocarla en la mesa, no sin antes recibir una encantadora sonrisa de Luciano. Estaba claro que quería asegurarse de que ella estaba bien. Luciano la recogió y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria antes de depositarla en la cama. Se sirvió un *whisky*, colocó en un plato una variedad de elegantes tentempiés y volvió a acomodarse en la cama.

En *su* cama. Sabía que lo hacía para molestarla, y sí que le incomodaba el modo en que su cuerpo largo hacía que su cama resultase pequeña. El modo en que iba a quedar grabado en su retina cómo era verlo allí, donde ella dormía. Le recordó los libros que leía en los que un hombre y una mujer que se detestaban se encontraban atrapados en una pensión donde solo había una cama disponible, y el resultado era siempre…

No iba a pensar en eso en aquel momento. De hecho, ni siquiera tenía intención de acercarse a él, así que se acomodó en el escritorio, a pesar de que tenía hambre, abrió el cajón y sacó un cuaderno, para la ocasión decorado con escorpiones. Un buen recordatorio. Le gustaba utilizar bolígrafos de distintos colores para tomar notas, pero para la fusión Valli-Ascione, había empleado un áspero negro. La primera página la había decorado con su propia versión de aquellos escorpiones, además de serpientes y ratas de

ojos rojos. Cada vez que lo abría, le entraban ganas de reír, a pesar de que aquella tarea fuese cada vez más parecida a una pesadilla.

Comenzó a pasar las páginas hasta que llegó a una en blanco. Cualquier problema complicado podía solucionarse si se ponía sobre el papel. Una parte de la página la tituló *Expectativas* y la otra *Normas*. Tan concentrada estaba en escribir cada letra con precisión, en busca de una estética agradable, que no se dio cuenta de que Luciano se había levantado y se había colocado detrás de ella.

–¿Qué es esto? –preguntó, y lo inesperado de su pregunta la hizo dar un respingo y estampó un rayajo involuntario en una esquina.

–Mi cuaderno de notas –contestó, frunciendo el ceño al ver el rayajo. A la porra la perfección. Así actuaba él, porque nunca había tenido que ser perfecto.

–¿En papel?

–Pienso mejor cuando puedo escribir las cosas –contestó. Luego, cuando estuviera sola, arrancaría aquella hora y volvería a escribirlo todo. Pero, por ahora, tendría que valer así.

–Eres todavía más extraña de lo que me había imaginado, Serena.

No le gustaba cómo pronunciaba su nombre. Parecía quedarse parado en las consonantes, realzándolas, algo que no era necesario en su opinión. Sintió la tentación de escribir *no pronunciar mi nombre* en las normas, pero sería ridículo.

En otra página, y cuando él no anduviera por allí, podría escribir una lista de cosas ridículas solo para divertirse.

–Creo que no es necesario decirlo, y estoy segura de que antes estabas solo bromeando, pero obviamente no compartiremos cama.

–¿Metafórica o literalmente?

–Ambas.

Y con su escritura precisa, anotó:

No compartiremos cama, ni literal ni figurativamente.

Luciano se rio soltando de golpe el aire por la nariz, pero ella no lo miró. Se limitó a pasar a la siguiente línea y escribir el número dos.

–El número dos creo que debería ser el no flirtear con un CEO del enemigo –dijo Luciano.

–Hay flirteo profesional y flirteo privado –le aclaró. No entendía por qué seguía insistiendo en ello–. Uno es necesario, y nadie le daría la menor importancia, particularmente si proviene de mí.

Nunca le había parecido que el flirteo pudiera afectar de ese modo al ego masculino. Y ninguno de los empresarios con los que se había encontrado le había dado la menor importancia.

Quizás Luciano no lo comprendiera porque él era tan atractivo y carismático que siempre era destinatario de esa clase de atención. A ella los hombres no la miraban de ese modo a causa de su manera de comportarse y del poco… «brillo» que tenía. Su madre se lo había explicado desde que era una niña.

–¿Ah, sí? Pues vas a tener que explicarme la diferencia.

Serena suspiró. En el caso de Luciano, todo el flirteo tendría por objeto acabar en la cama, y seguro que por eso no comprendía el delicado arte de hacer negocios, de alabar a los clientes, de calmar sus preocupaciones.

–El flirteo profesional es como los buenos modales. Nadie piensa que vaya a conducir a nada. Es algo amistoso, digamos. Como una inyección para el ego administrada por la parte que lo necesita.

–¿Y en qué sentido es distinto del privado?

–Pues en que forma parte de la interacción profesional. No hay invitaciones directas a nada –bajó la mirada al papel–. El flirteo privado es, seguramente, lo que tú haces.

–¿Podrías ser más específica?

Se había acercado más, y tiró suavemente de su brazo para que se levantara y quedase frente a él. Entonces sonrió, y no le pareció un gesto que tuviera malicia, sino intensidad, que era distinto, aunque no por serlo le inspiraba confianza.

–Demuéstramelo –le dijo, aún con la mano en su brazo, y, aunque llevaba una sudadera, estaba notando su calor a través del tejido.

Estaba jugando con ella, y se había preparado para afrontar todas las formas en que podía ponerla a prueba, pero no había contado con aquello. Sabía que ella era más lista, más decidida y mucho más profesional que él, pero él sabía cómo cebarse en los aspectos en los que ella no sentía confianza.

Como aquel extraño magnetismo. No podía llamarlo encanto, porque era algo más oscuro, más ilícito. Seducción, sí, pero sabía que solo tenía por objeto avergonzarla. Aprendería a controlarlo. Siempre lo hacía.

–No es algo que requiera demostración –le dijo, empleando su tono de voz más altivo–. Es, por ejemplo, reírse de un chiste malísimo, hacer un cumplido… flirteo profesional, ya te lo he dicho. En el privado se toca, se roza una mano, o las piernas bajo la mesa. Es más físico y promete algo físico a cambio.

–Entonces, ¿quieres decir que, para que nuestra audiencia se crea la farsa que hemos montado, tenemos que prometernos algo físico? –Dejó que se creara un silencio entre los dos, un silencio que a ella se le atascó en la garganta y que a él le hizo esbozar una sonrisa y que sus ojos adquirieran el brillo de un pirata–. En público, quiero decir –añadió con una inocencia fingida.

Su mano pasó del brazo a la cintura para quedarse en ella. Y por un momento, ese contacto, que no era distinto del que tuvieron mientras bailaban, y entonces ella iba vestida con mucho menos, tuvo el efecto de vaciar su cabeza de todo pensamiento. Seguramente ese era su propósito. Y si era capaz de centrarse en la idea de que estaba jugando con ella, igual lograría no… caer en lo que fuera aquello.

–Supongo –respondió, irritada porque su voz hubiera perdido intensidad–. Pero ¿sabes qué otra cosa valdría?

–¿El qué?

–Un anillo –replicó, con la voz mucho más fría ya–. Uno caro. Llamativo. –Levantó la mano izquierda y movió el dedo anular–. Que lo vean todos. Así no habría necesidad de magreos públicos –añadió con una sonrisa indulgente.

–A mí jamás me han acusado de magrear, *cara*.

–Bueno –continuó, acomodándose de nuevo en la silla–, ¿qué otras reglas ponemos en papel?

Acabó escribiendo diez más que Luciano ni siquiera recordaba. Serena parloteó incansable como si fuera la más aburrida maestra

de colegio, y él se acomodó en su cama, decidido a dormir en ella, aunque fuera solo por verla farfullar como a una monja ofendida.

Después de dedicar mil años a colocar meticulosamente cuanto había en su escritorio, se volvió a él con aquella mirada gélida y una sonrisa apenas esbozada en los labios.

–Ahora tenemos que hablar de cómo vamos a dormir.

No había nada que hablar. Él iba a dormir en su cama y le ofreció compartirla. Ella declinó, glacial, lo cual le encantó. Sobre todo cuando la vio abrir el armario, sacar sábanas y prepararse una cama en el asiento de la ventana. Sus gatos salieron y se acomodaron con ella, y desde allí lo miraron amenazadores.

A la mañana siguiente, Luciano se despertó en aquella cama que había resultado ser bastante cómoda, y Serena ya no estaba. Sus sábanas y demás estaban recogidas.

El hombre que parecía estar al cargo del personal de la casa estaba en la cocina, que es donde Luciano se dirigió tras dar unas cuantas vueltas, y le informó de que la señora Valli se encontraba indispuesta, pero que él podría marcharse cuando le pareciera oportuno.

Le quedó bastante claro que sugería que se marchase de inmediato, pero se tomó el café que le ofreció, y con toda calma recogió sus cosas y salió del castillo para subirse al coche.

La mañana ya estaba mediada cuando Luciano volvió a su apartamento de la ciudad. Reparó en que había un fotógrafo escondido en una de las curvas del camino de entrada al castillo, pero fingió no haberlo visto.

Las historias hervirían en sus respectivos círculos antes de que llegase la hora de comer. Seguro que los primeros en hablar con él serían los consejeros de su padre, que estarían encantados de apartarlo si encontraban el modo de hacerlo. La novedad despertaría su ira, pero nadie podría culparlo por hacer algo que iba en beneficio de la empresa. La atención de los medios pondría su nombre en los círculos dominados por los norteamericanos. Despertaría el interés de sus clientes indecisos, y volverían a reunirse con ellos.

El plan de Serena iba a resultar mucho mejor que cualquier otra cosa que se le hubiera podido ocurrir a él, pero tenía la sensación de

que no sabía dónde se estaba metiendo con los medios. Seguramente era esa dicotomía tan poco habitual lo que le impedía dejar de pensar en ella a medida que avanzaba el día. Eso tenía que ser. Además, ¿qué mujer de veintitantos tenía un cajón lleno de cuadernos y marcadores y los usaba? ¿Qué clase de joven vivía en un castillo decorado con temas animales de lo más extraños? Cerdos en un cabecero… qué locura.

Cuando entró en Ascione, le dijo a su asistente que no le pasara ninguna llamada hasta después de comer. A continuación, se dirigió al despacho de su padre. Bueno, el suyo propio ya. Lo había redecorado. Todo era sencillo. Caro, pero minimalista. Sabía que su padre lo habría detestado, así que era una satisfacción añadida.

–Espero que en el infierno también tengáis buenas vistas –murmuró, mirando la línea de retratos que colgaba de la pared y de la que no había podido deshacerse. Eran todos los Ascione que habían construido aquella empresa, una fila de bastardos que trataban a todo el mundo como un peón o como un enemigo, generando una riqueza que él había utilizado como base para acrecentar la suya. Por mucho que los desdeñase, era consciente de que él también era uno de ellos. Había intentado ser bueno, noble, un protector, pero no lo había conseguido.

Aquel era su legado, su sangre, y haría bien en no olvidarlo.

Con esa idea en mente, volvió sobre los documentos de Serena. Revisó sus planes, que en resumen se basaban en la intención de recuperar los clientes que habían perdido. Pero él siempre pensaba a lo grande. No quería conformarse con lo que tenían antes. Pretendía destruir a los americanos en el proceso. Como había dicho Serena la otra noche: los millonarios no necesitaban nunca una excusa para querer más.

Así que utilizó como base el plan de Serena, y lo desarrolló hasta ver plasmada su ambición de más. Serena también tenía planes para lo que ocurriera después: una vez derrotaran a su enemigo común, volverían a ser los enemigos de siempre, aunque estuvieran casados legalmente. Tendría que adelantarse a la jugada y, para ello, necesitaría un subterfugio, una distracción. La noche pasada había sembrado las semillas de ese plan, y el análisis que acababa de

concluir se lo había dejado claro: lo único que funcionaría contra ella era precisamente lo que Serena pensaba tener controlado.

Tendría que seducirla.

Capítulo 7

Serena se ocupó de la colada cuando Luciano se marchó. Resultó catártico arrancar de la cama las sábanas que había profanado con su cuerpo y bajarlo todo a la lavadora. Casi un exorcismo. Lavaría el recuerdo de despertarse y verlo en su cama, relajado en sus sábanas, bajo su edredón. Parecía fiero incluso dormido, como un conquistador antiguo. Se había quedado sentada en la ventana, mirándolo durante más tiempo del que le habría gustado, preguntándose cómo habría sido despertarse a su lado, sintiendo el calor de su cuerpo y de su piel. Había tenido que salir de allí para recuperar la templanza, evitando despedirse de él para no pasar vergüenza. Pero ya se lo había quitado de la cabeza, y todo iría bien.

Decidió trabajar desde casa. Tenía unas cuantas llamadas, montones de correos a los que contestar, pero no reuniones que requirieran de su presencia en la oficina, gracias a Dios.

Durante la hora de la comida, decidió distraerse escribiendo de nuevo aquella ridícula y absurda lista de reglas que no iba a mostrarle a él, pero que le resultaba terapéutico escribir.

No pronunciar mi nombre.
No tocarme.
No mirarme.
No entrar a mi alcoba. Ni siquiera mirar mi cama.

Era frustrante que incluso escribir una lista como aquella suscitara imágenes en su cabeza: reacciones de su cuerpo, un salto del estómago, unas palpitaciones en un punto de su anatomía para el que no había otra explicación. Era un hombre que sabía utilizar su físico, y ella no estaba acostumbrada a eso. No tenía relaciones de esa clase. Los pocos hombres con los que había salio no intentaban seducirla. De hecho, el último incluso le había pedido permiso para darle un beso de buenas noches en la mejilla. Lo había detestado. Y se había detestado a sí misma por odiarlo, ya que significaba que tendría que resignarse a un futuro de absoluta soledad. Que ni siquiera con alguien que se pareciera a ella habría… magia. Quizás fuera lo mejor.

Afortunadamente no era necesario gustarle a Luciano. En público, quizás tendría que fingir más que nunca antes, pero, tras las puertas cerradas, podría dar rienda suelta a lo que de verdad opinaba de él. Resultaba refrescante decir lo que pensaba. Ser ella misma y no preocuparse más, siempre y cuando no permitiera que aquella extraña reacción física le ganara la partida y pusiera freno a esos juegos de poder que tanto le gustaban a Luciano y que a ella la hacían sentirse muy incómoda.

Lo que no debía era distraerse hasta el punto de llegar a olvidar qué ocurriría cuando derrotaran a su común enemigo, porque seguro que él no lo estaba haciendo.

Era curioso que fuera él el cerebro detrás de las bambalinas. No es que le sorprendiera que ocultase una mente más brillante de lo que se le suponía. ¿Qué más escondería? Haría bien en andarse con cuidado. Aquello no iba a ser sencillo, y tener la jugada victoriosa requeriría vigilancia constante. Pasó hacia atrás las páginas del cuaderno y repasó su plan teniendo en cuenta lo que ahora sabía de él. ¿Cómo había logrado que su club fuera un lugar de éxito? Con dinero, por supuesto. Utilizando los contactos de su padre. Pero tenía que haber un sentido empresarial para lograrlo. En la fiesta de la noche pasada, lo había visto relacionarse con los asistentes utilizando su *charm*. Sonrisas, halagos y bromas. Utilizaba su físico para deslumbrar.

Pero con ella había adoptado un enfoque distinto: intentar que se sintiera incómoda. Utilizaba la idea de la intimidad mezclándola con su atractivo y sus insinuaciones. Pues se equivocaba. Su incomodidad de la noche pasada no tenía nada que ver con él personalmente. Nada en absoluto. Simplemente no estaba acostumbrada a tener un hombre en su espacio. Nada más.

Satisfecha con su análisis, guardó de nuevo el cuaderno. El plan que estaba cobrando forma no podía ponerse en papel, ahora que Luciano sabía que le gustaba escribir las cosas. No, aquello iba a tener que quedarse guardado en su cabeza, porque sabía que él procedería como lo había hecho la noche anterior: sonrisas encantadoras, inocencia fingida en sus roces e insinuaciones constantes. Así era como pretendía tener la mano ganadora: probando sus límites, no solo en el espacio personal de su casa, sino en todo lo demás. Iba a intentar seducirla, y si lo intentaba, haría que acabase de rodillas. Resistiría. Para siempre, si era necesario.

¿Y si le concedía la ilusión de tener la mano ganadora? ¿Y si le dejaba seducirla? La idea era atractiva, por supuesto. Daría por hecho que detentaba el control si le hacía creer que estaba deslumbrada por su… potencia física. Si conseguía que creyera que era tan tonta como para dejarse arrastrar por su poderío físico, supondría tener todos los ases en la manga, cuando en realidad sería ella quien los tuviera. Manteniendo los ojos bien abiertos, él cometería errores y ella estaría ahí para aprovecharlos.

Si consideraba el movimiento como una técnica empresarial, no sentiría que se rebajaba ni le daría vergüenza. Simplemente sería lo que debía hacer para salvar su legado. Si se concentraba en la parte empresarial, no le daría miedo que pudiera parecer… más.

Además, cabía la posibilidad de que no tuviera que entregarse por completo. ¿De verdad intentaría llevársela a la cama cuando la encontraba aburrida y desaliñada, comparada con las hermosas mujeres de las que solía rodearse? Ese era un problema al que buscaría solución cuando se plantease. De momento, tenía que dar los primeros pasos, así que sacó el móvil y le escribió:

Cena a las siete aquí, en mi castillo.

Iba a ser una cena de trabajo. Había hecho algunos progresos con la cuenta D'Angelo que iba a contarle, y trazarían un plan para ganarse al equipo de Franco la semana siguiente.

Sonó una campanita cuando entró su respuesta, que por supuesto fue odiosa:

¿Dónde está el «por favor», amore mío?

No se molestó en contestar.

Luciano enfiló el serpenteante camino de acceso al castillo de Serena de un humor excelente.

Su asistente había recopilado lo que se había publicado sobre ellos, y pensaba repasar las noticias con ella y discutir los próximos pasos a dar en su «relación».

No sabía lo que podía haber planeado ella, pero él tenía planes fuera del ámbito profesional. Así iba a ser la historia de su extraña relación: una batalla constante. Y tenía que admitir que la posibilidad de enfrentarse a un adversario de talla le resultaba extrañamente excitante, siempre y cuando acabase saliendo mejor parado que ella.

Subió la escalera silbando, y le abrió la puerta el mayordomo al que todavía no se había ganado. Ya llegaría a ello. Siempre lo hacía.

–La señorita Valli tiene la cena dispuesta en la terraza –anunció, y lo condujo por la parte trasera de la casa, como Serena había hecho la noche anterior.

Subieron una escalera y llegaron a un distribuidor distinto al de la noche pasada; tras una puerta, accedieron a una gran terraza en la que soplaba una cálida brisa. Estaba decorada con multitud de plantas en coloridas macetas de terracota, móviles de viento y toda clase de esculturas de animales realizadas en distintos materiales. ¿Por qué aquella obsesión con los animales? No tenía sentido.

La encontró de pie junto a la barandilla, mirándolo con aquellos ojos suyos tan fríos. Su expresión era vigilante, pero el modo en que

se apoyaba en la barandilla era relajado, aunque había algo en su porte que le hizo desconfiar. ¿Era la misma que tan frustrada se había mostrado al tener que dejarlo entrar en su casa la noche pasada? ¿A qué obedecía aquella sonrisa de bienvenida?

–Buenas noches, Luciano.

La forma en que pronunció su nombre le provocó un intenso escalofrío en la parte posterior del cuello, y la piel se le erizó. Tuvo que contener el deseo de fruncir el ceño.

–Buenas noches –contestó, obligándose a sonreír.

Serena señaló la mesa.

–Sé que esto no resulta tan visible como ir a un restaurante, pero la prensa ya se ha hecho eco de que tu coche salía de aquí esta mañana.

–¿Me estás invitando a quedarme a dormir?

La vio apretar los labios, pero no frunció el ceño. Parecía estar esforzándose para no hacerlo.

–Lo que sirva a nuestro propósito –respondió, respirando hondo y esbozando una mínima sonrisa que resultó casi sensual.

Pero aquella mujer era Serena, de modo que todo lo que leía tenía que ser cosa de su imaginación. Aun así, algo parecía fuera de lugar, aunque no podía identificarlo. Vestía de manera informal, con unos pantalones finos pero no ceñidos. No iba tapada hasta la barbilla, pero llevaba un top del color del cielo al amanecer que sí dibujaba sus curvas. Aun así, dejaba al descubierto sus brazos definidos y las pecas que salpicaban sus hombros, como si pasara un tiempo considerable al sol, un detalle que parecía no encajar con la clase de mujer que era. Lo que sí supo con certeza era que esos detalles, como la forma torneada de sus piernas, quedarían alojados en su memoria.

Intentó considerarlo un rasgo positivo. Sentirse atraído por ella podía ser una afrenta, teniendo en cuenta que siempre habían sido enemigos, pero conseguiría que la seducción resultase placentera. Aun así, algo como una especie de tira y afloja estaba teniendo lugar en su cabeza, como si hubiera alguna insidiosa complicación en todo aquello. No era solo cuestión de negocios, ni tampoco era solo seducción. Había múltiples capas: quiénes eran ellos por culpa o

gracias a sus padres, quiénes habían llegado a ser… pero las capas no le gustaban. Prefería que las cosas fueran simples y diáfanas.

Miró la mesa dispuesta entre ellos y preparada para la cena. Había una botella de vino en un cubo con hielo y una selección de tostas con rellenos variados se había dispuesto con arte en una colorida bandeja. Tenía todos los detalles que se esperaría de una cena romántica para dos.

–He pensado que podíamos cenar aquí fuera y después dar un paseo hasta la playa. Es privada, pero un fotógrafo intrépido con una magnífica cámara de fotos podría obtener una buena instantánea.

–Genial.

–Además, al estar al aire libre, el olor a rata no se quedará en mi comedor.

Y le ofreció una dulce sonrisa que podría hacer trizas a cualquier hombre.

Ahí estaba la Serena que él esperaba. La intensa luz anaranjada de la tarde la iluminaba desde atrás, haciéndola parecer el lienzo de un cuadro. *Diosa de la venganza al atardecer*. Solo le faltaba un arco y unas flechas, o una espada. Pero en lugar de dar comienzo a la batalla, se sentó a la mesa, sacó el vino del cubo y sirvió dos copas. Él no se sentó de inmediato, así que lo miró inquisitiva. Tomó asiento.

–¿Has visto lo que se ha publicado? –preguntó ella.

–Sí. Se lo han tragado de principio a fin.

Serena asintió con la copa de vino en la mano, dejando vagar la mirada por la extensión de agua que se contemplaba desde la terraza. Su expresión era pensativa.

–Creo que deberíamos movernos con rapidez. Nada de un cortejo largo. No queremos que el interés decaiga. Una historia seguida de otra.

Estaba de acuerdo, lo cual no debería hacerle sentir frustración, sino alegría de que estuvieran de acuerdo en algo. Pero detestaba felicitarse por sus buenas ideas cuando él las tenía iguales, de modo que no dijo nada y la cena comenzó en un tranquilo silencio, como el que se podía instalar entre dos personas que se conocían lo suficiente para no sentir la necesidad de rellenar esos huecos.

Cuando llegó el momento de los postres, la oscuridad había caído y las luces de hadas iluminaban con mano experta la terraza como si fueran velas. El milhojas estaba delicioso, la noche encantadora, la compañía… tremendamente cómoda. Darse cuenta de lo mucho que había disfrutado con una cena que había transcurrido prácticamente en silencio le molestaba a un nivel muy básico.

–¿Damos ese paseo? –se ofreció, levantándose de la silla.

–Sí, claro –dijo, y se levantó sin muchas ganas–. Supongo que deberíamos hablar de algo.

–No me molesta estar en silencio de vez en cuando.

–¡Venga ya! –exclamó–. Te has construido una vida en la que nunca tienes que vivir en el silencio de tus propios pensamientos. Se ha hablado mucho del tiempo que pasas en ese club tuyo.

No andaba desencaminada. Hasta la muerte de su padre, siempre había buscado el modo de ahogar sus pensamientos, y por eso su afán por lanzarse al club y a las mujeres que había en él, pero algo ocurrió tras la muerte de su padre. Fue como si despertara al hecho natural de que tampoco él viviría para siempre. Podía cometer alguna estupidez y acabar al día siguiente al fondo de un barranco. Y por ello quiso ser algo más de lo que su padre le había permitido ser. Haciendo un esfuerzo por ponerse al día con Ascione y frenar el descalabro de la empresa, comenzó a aislarse: del club, de sus amigos de siempre, de las mujeres, de la música, de la juerga. No es que dejase por completo de salir. Sin embargo, fue pasando cada vez más tiempo solo y en silencio, reescribiendo la profecía que su padre le había dejado.

La terraza conducía a los jardines del nivel inferior y, antes de iniciar el descenso, le ofreció a Serena su mano. La mueca que ella no consiguió ocultar del todo le hizo gracia. Muchas cosas de ella le parecían divertidas. En público seguía siendo capaz de mantener su gélida máscara impecable, pero cuando estaban a solas no podía evitar volver a ser su antigua persona. Y aunque esa persona lo detestaba, para él tenía su gracia.

Encontró su mano suave y de dedos largos y delgados, como sus piernas, y durante un momento completamente incomprensible, se encontró preguntándose qué sería distinto entre ellos de no haber

sido criados como rivales, destinados a odiarse. ¿Habría atracción mutua y respeto, sin las complicaciones que suponía ser una Valli y un Ascione?

El aire olía suavemente a lavanda. Quería que fuera eso, la brisa, lo que oliera a lavanda, pero había dormido en su cama y sabía cómo olían sus sábanas.

Bajaron las escaleras y Serena lo guio por un camino oscuro del jardín. Abrió una verja y salieron a la playa. Era una pequeña lengua de arena flanqueada por enormes rocas, pero no demasiado lejos había luces. Algunos hoteles, junto con casas y grandes fincas bordeaban el agua.

–¿De verdad piensas que va a haber alguien observándonos? –preguntó él.

–Lo que sé es que al menos dos coches te han seguido hasta mi casa. Mi equipo de seguridad está determinando su identidad, pero me imagino que deben ser prensa de algún tipo y, si saben que estás aquí, saben que la playa es el único modo de acercarse a echar un vistazo. No creo que hayamos despertado aún tanto interés como para que empleen drones o helicópteros. Creo que tenemos un cincuenta por ciento de posibilidades, así que aprovechémoslas. Solo por esa razón te dejaría darme la mano.

–*Aún* es la palabra clave.

–Eso espero. Seguro que en Génova ya habrá despertado interés, pero sabiendo cómo las redes sociales pueden crear una historia a partir de cualquier cosa, tendremos alcance global, aunque nunca se puede saber qué va a despertar la imaginación del público.

–Pero darse solo la mano es un poco infantil, ¿no te parece? –Soltó su mano y le acarició la espalda hasta la cintura–. Hay formas mucho más íntimas de contacto entre un hombre y una mujer que dar un paseo por la playa a la luz de la luna.

Volvió a recorrer su espalda hacia arriba hasta llegar a su nuca. Notó que se estremecía. Le dio igual que su propio cuerpo se estremeciera también, porque todo valía con tal de llegar al objetivo final.

–Tengo algunas ideas de cómo enfocar la relación con los Franco la semana que viene –dijo Serena tras un momento de silencio. No

intentó provocar que apartase la mano de su nuca ni se separó para que sus caderas no se rozaran. Incluso le dio la impresión de que intentaba relajarse a pesar del contacto.

Pero el cambio de tema era obvio. Estaba aceptando el contacto por ese cincuenta por ciento de posibilidades de que los fotografiaran, pero de momento no iba a caer en sus insinuaciones.

–Yo también –dijo, respondiendo a su cambio de tema–. De hecho, creo que deberíamos enfocar esa reunión en equipo. Ir juntos.

–Aún no somos oficialmente socios –contestó, frunciendo ligeramente el entrecejo–. Necesitaremos que todo esté organizado legalmente antes de meternos en esas aguas.

–Entonces, demos el siguiente paso.

La luz de las estrellas plateaba la arena, y el sonido apacible de las olas llegaba hasta ellos junto con el agua. Si existía el romanticismo en el mundo, tenía que ser en un enclave como aquel, de modo que había llegado el momento de continuar con la pantomima.

Luciano sacó del bolsillo una cajita de terciopelo y, por un instante, observó a Serena. Parecía remota vista de perfil. Una diosa intocable con el pelo suelto y el rostro vuelto hacia la luna. A pesar de su fuerza, su determinación y lo mucho que lo detestaba a él, la luz de la luna la hacía parecer etérea, como si tuviese una luz interior. Otra persona. La Serena perfecta, dulce y romántica, bajo todas aquellas capas afiladas de hielo.

La extraña punzada que notó en el pecho le pareció una ridiculez. No eran nervios, porque hacía tiempo que los había erradicado de su vida. Tampoco era lujuria, sino otra cosa. Algo con lo que no estaba familiarizado y que ni le gustaba ni le hacía sentirse seguro, de modo que lo dejó a un lado y se centró en el plan. Quitó la mano de su nuca, dio un paso atrás y, clavando la rodilla en tierra, esperó a que se volviera hacia él.

Capítulo 8

Serena se preparó para enfrentarse a lo que Luciano hubiera preparado. Seguramente un beso que pudieran registrar las cámaras. Un abrazo romántico. Era lo lógico, aunque aquel entorno estaba añadiendo algo de temor a lo que ya tenía decidido: tan romántico con la luz de las estrellas, el ir y venir de las olas, la oscuridad. Cuando se volviera a mirarlo, se encontraría con un hombre demasiado atractivo cuyo roce más somero la hacía estremecerse y suspirar, cuando se había esforzado toda su vida porque sus reacciones fuesen siempre lo que ella quería que fuesen. Pero con él, no había modo. No conseguía encontrar un punto seguro.

Iba a tener que permitir que la tocara. Incluso que la besara. Era el momento de dar un paso adelante con el matrimonio. Estaba completamente decidida… hasta que empezaron aquel paseo, y empezó a sentirse rara. Luciano le pasó la mano por la espalda y de pronto comprendió por qué los gatos ronroneaban. Cómo la caricia lenta de una mano podía conseguir que un cuerpo sintiera deleite. Entonces llegó a su nuca, y fue como si su torrente sanguíneo explotase. Ya no era solo deleite. Era algo más… vehemente.

Cerró los ojos. Tenía que centrarse en el negocio, en lo que había que hacer, pero su cuerpo siguió palpitando aun después de que la hubiera soltado.

«Una mano ganadora, ¿recuerdas? No es cuestión de placer, sino de tener la mano ganadora».

Intentando encontrar una sonrisa, se volvió a mirarlo. Pero no estaba de pie, sino de rodillas sobre la arena, y… El aire se le detuvo en la garganta, no por la escena en sí, tan romántica y cinematográfica como se pudiera imaginar, sino por el anillo. Brillaba bajo la luz celestial como un faro de perfección en la pequeña cajita que Luciano le ofrecía.

–He considerado tu estilo y el mío –explicó, y su voz sonó como la nana de las olas–. Podría haber encargado un diseño especial, pero creo que deberíamos dar el golpe mientras el hielo esté aún caliente. Es caro, por supuesto, pero no tan extravagante como dijiste anoche. Aun así, creo que servirá a su propósito, ¿no te parece?

Era precioso. Absoluta y demencialmente hermoso. Ella no era una persona de grandes lujos, y el anillo quedaba al borde de lo ostentoso, pero no hasta el punto de no gustarle. Era un diamante rosa engastado con otros más pequeños en una alianza fina que hacía que la piedra principal pareciera aún más grande.

Le recordó otro tiempo, la infancia, cuando le gustaba revolver entre las joyas de su madre y disfrutar de la sensación de los metales preciosos en los dedos, en la muñeca, en el cuello. Pero también le trajo a la memoria las palabras de su madre: que era demasiado sosa para esas cosas. Y lo era. Sosa y del montón. Aquel anillo no iba con ella, aunque sí con la imagen de una mujer que llamase la atención de Luciano Ascione, la novia de pega para un matrimonio de pega, así que no quedaba más remedio que aceptar el envite, ¿no?

Luciano tomó su mano para colocarle el anillo. Serena quiso dejar la mirada en la joya, pero, por su propia cuenta, sus ojos buscaron los de él. Oscuros e intensos, mirándola. Como un trago de licor.

–Muy hábil –consiguió decir.

Luciano se levantó y encontró su mirada divertida.

–Vaya… gracias, *cara*. Te agradezco la aprobación. –Su tono era extraño–. Supongo que este es tu modo de decirme que sí.

Serena tenía miedo de hablar. Había demasiadas emociones pugnando dentro de ella.

–Supongo –murmuró.

–¿Crees que tus fotógrafos tendrán la instantánea?

Fotógrafos. Estaban interpretando. Tenía que recordar que, si bien el anillo era real, si bien la unión entre Valli y Ascione iba a ser real, la parte personal de todo aquello no lo era.

–Si no, me presentaré en algún sitio importante con este anillo en el dedo. Eso debería bastar para que empezasen a especular. –Se miró el dedo–. Pero tendré que darle la noticia primero a mi madre.

Una perspectiva que no le atraía lo más mínimo.

–Ah –respondió, y le rodeó la cintura con un brazo. Sabía actuar bien el condenado–. ¿Preparo las pistolas para un duelo al amanecer? –preguntó, guiándola de vuelta hacia el jardín.

Serena le contestó que no con la cabeza. Se sentía como flotando. Como si estuviera en un sueño en el que fuera una princesa de cuento, y el hombre guapo que la acompañaba representase el amor y el futuro. Hubo un tiempo en que tenía sueños como ese. Pero entonces era pequeña e inocente, antes de que se diera cuenta de que nunca conseguiría brillar como lo hacía su madre. Fue la época en que sus padres se divorciaron y a ella la empujaban de acá para allá, como si fuera un regalo que no le gustaba a nadie, pero del que no podían deshacerse sin ofender a alguien. Fue entonces cuando se dio cuenta de que cuanto podía ofrecer era la perfección. Quizás así no conseguiría amor, pero sí un lugar para sí.

Necesitaba recuperar el control. ¡Era solo un anillo!

–No, a mi madre nunca le ha importado Valli. No le va a suponer ningún problema que seas un Ascione. Lo que sí que querrá será que vayamos a cenar con ella y que…

No sabía muy bien cómo advertirle a Luciano sobre la clase de persona que era su madre. Nunca había logrado conectar con ella. Sin embargo, un evento como el que estaba por llegar la obligaría a lidiar con ella, si no quería que le montase una escena. Su madre era la única familia que le quedaba y, si quería que pareciera real, tendría que participar de un modo u otro.

Contempló el mar por un instante y deseó meterse en sus aguas y nadar hasta una isla desierta, o perecer bajo sus olas. Pero justo en aquel momento Luciano se detuvo.

–Me temo que hay algo que tenemos que hacer antes de volver a entrar para que puedas darle la buena nueva a tu madre.

–¿El qué?

Su expresión se había vuelto grave, pero de pronto sonrió y tiró suavemente de ella hasta que su calor los rodeó a ambos. El olor del mar, el sonido de las olas, la extraña nana de la noche y sus manos en las caderas… todo parecía sacado de una novela o de una película, romántica y algo más. Una extraña necesidad que quizás podría explicar si quisiera. Pero no quería.

–Deberíamos sellar esto con un beso, Serena –dijo, y acercó su boca–. Solo por si los fotógrafos siguen atentos.

Serena tragó saliva mientras intentaba encontrar algo inteligente que decir. Tenía razón, por supuesto. Aquello era una representación y tenían que actuar, pero…

No le pidió permiso. No le rozó la mejilla con los labios, sino que se apoderó de su boca y la devoró.

No podía ser un beso casto. Una lente a larga distancia y en la oscuridad necesitaría tiempo, y aun así era posible que quedaran reducidos a unas sombras granulosas, aunque con la historia adecuada…

Perdió el hilo de lo que estaba pensando con el primer estremecimiento de cuerpo de Serena. Un calor inesperado lo atravesó, un anhelo de cosas que no reconocía y que no quiso intentar descifrar, de modo que se centró en lo que sí reconoció. El movimiento de un beso. La delicada presión de su cuerpo, sorprendentemente suave y pequeño. Por su modo de comportarse esperaba algo más fuerte, quizás. Un físico de ángulos dispuesto a cortarlo en pedazos. También esperaba que estuviera más rígida, que lo apartase, que se resistiera, aunque al final acabase claudicando. Pero no hubo resistencia en ella. Inocencia, quizás. Cuando deslizó una mano por su costado hasta detenerla debajo de su seno, el suspiro que escapó de sus labios disparó su apetito.

Su boca sabía a una sorprendente combinación del vino de la cena y algo único que pertenecía solo a aquel beso, a aquel momento.

Seguramente por su inocencia permitió que fuera él quien marcase el ritmo, y descubrió que le resultaba delirante. Estaba al mando de la dura y gélida Serena, que en aquel instante no era nada de todo eso, sino dulce, suave y un millón de palabras más que no habría utilizado nunca para describirla.

Serena Valli. Fue su nombre lo que le recordó quién era él y qué pretendía. No se apartó, aunque quiso hacerlo, pero no: aquello era una representación. Tomara el camino que tomase su cuerpo, aquello era una farsa, así que se fue separando paulatinamente. Primero los labios, después el cuerpo, que lo sentía acalorado y duro, demasiado preparado para algo que había ido tentándole cada vez más. Tenía planeado seducirla, sí, y era posible que incluso lo disfrutase, pero empezaba a pensar que podía acabar cometiendo un error.

Imposible. Impensable.

Se miraron el uno al otro en aquella corta distancia, dubitativos y excitados. Peligroso. Y, en cierto modo, tan nuevo para él como para ella. Contenerse le era desconocido, y no le gustó, como tampoco le gustó que la lujuria y la preocupación se mezclaran con la irritación dirigida hacia sí mismo, hacia los padres de ambos y a todo el condenado mundo por lanzarlo a una zona gris que nunca había querido habitar.

–Creo que por esta noche es suficiente –sentenció Serena.

Luciano podría haber creído que era la princesa de hielo que siempre le había parecido, pero vio que, cuando se arreglaba el pelo, las manos le temblaron un poco.

–Lo es –contestó entre dientes.

–Y esta noche, te toca a ti dormir en el asiento de la ventana –añadió en tono firme, antes de tomar el camino de vuelta a casa, dejándolo en la oscuridad, cargado de deseo por una mujer que no quería saber nada de él.

Capítulo 9

Serena descubrió que recuperar su cama no la ayudó a conciliar el sueño, estando Luciano en la misma habitación. No había hecho más que dar vueltas y más vueltas. Había una idea que no dejaba de darle vueltas en la cabeza, por mucho que intentarse apartarla: él la había besado para que las cámaras lo recogieran, y ella se las había arreglado para que se fuera a la cama pensando que lo había disfrutado.

«Es que lo has disfrutado».

Y ese era el inquietante pensamiento al que volvía una y otra vez: que había querido más. Pero dejarse llevar a una seducción no formaría parte de ningún plan. No es que Luciano lo hubiera intentado, ya que había sido él quien había puesto punto final al beso. Aun no teniendo con qué comparar, le había parecido que él reaccionaba poco más o menos como ella.

Una farsa. Por supuesto que era una farsa. Todo lo que hacían, excepto odiarse, lo era. Y para seguir adelante con ella, se levantó, se puso la bata y buscó el móvil. Tenía una orden que dar.

Salió sin hacer ruido de la habitación a la terraza que daba al mar, con todos aquellos coloridos edificios apretados junto a la arena. Y ella, sola y aislada en su castillo de la colina. Justo donde quería estar. Lo que no quería era hacer lo que estaba a punto de hacer, pero no le quedaba otro remedio, antes de que las fotos empezasen

a circular. Respiró hondo varias veces e intentó serenarse. Le iba a hacer falta.

Marcó el número de su madre mientras el sol de la mañana rozaba el agua.

–Serena –la saludó, con un tono teñido de desilusión–. ¿No te he dicho ya cientos de veces lo ocupada que estoy por las mañanas y lo poco que me gusta mantener una conversación antes del mediodía?

–Lo siento, madre.

Angelica Valli, que había mantenido el apellido de su exmarido a pesar de sus muchas parejas posteriores por el caché que le aportaba, suspiró dramáticamente. En su juventud había sido actriz, y aún echaba de menos el escenario, de suerte que aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para interpretar un papel. Excepto el de madre.

–Tengo que darte una noticia, y dado que se va a hacer pública en breve, he querido decírtelo yo. No va a ser necesaria conversación alguna. Me he comprometido. Voy a casarme.

Contempló el hermoso anillo que llevaba puesto. Por lo menos esas piedras impresionarían a su madre.

Su madre se rio, y Serena hizo una mueca. Aquel sonido cáustico le recordaba con demasiada claridad lo incómoda que se había sentido estando al cuidado de su madre. Ni ella ni su padre habían sabido muy bien qué hacer con ella, y aunque su padre no había sido ni cariñoso ni devoto, al menos la ignoraba, algo preferible a los ataques de su madre, que habían empeorado tras el divorcio.

«Siempre serás tan sosa y anodina como tu padre. Nada que yo pueda hacer lograría cambiar eso».

Pues sí: dado que no había nada que hacer, Serena se había apoyado en la sosería, que era donde se sentía más cómoda. Y en el «como tu padre» había encontrado inspiración: se había hecho empresaria para rivalizar con su padre. Tan perfecta, tan lista, tan taimada que incluso él, que no se interesaba lo más mínimo por ella, había tenido que admitir que era un valor al alza en Valli.

–Qué interesante –respondió tras un momento de silencio–. Espero que seas lo bastante lista como para proteger tus intereses,

además de acceder a cuantos te sea posible de los de él. No dejes que una tontería como el romanticismo te engañe.

–Por supuesto que no.

Nada de felicitaciones. Lo único que le importaba eran sus intereses económicos, lo cual estaba bien, dado que en realidad de eso se trataba todo.

–¿Eso era todo? –preguntó su madre.

–Creo que conoces a mi prometido –añadió. Como si referirse a él lo convocara, Luciano salió a la terraza, vestido con unos pantalones negros y una camisa.

Una camisa que no se había abotonado. El pelo aún revuelto de haber dormido. Parecía uno de esos modelos de perfume o de relojes caros.

–No sé si conozco a alguien que pueda relacionarse contigo, cariño. Nos movemos en círculos sociales muy distintos.

–Luciano Ascione.

Luciano hizo una reverencia, como si acabara de ser presentado a un grupo de gente que lo aplaudiera entusiasmado.

–Serena –respondió después de un silencio–, ni siquiera tú puedes ser tan estúpida.

La distracción de Luciano le había impedido estar preparada para semejante respuesta, a pesar de que con los años había aprendido a impedir que los puyazos de su madre la afectasen.

–¿Perdón?

–¿Qué va a querer de ti un hombre como Luciano Ascione?

La pregunta era pertinente. Su madre no pretendía hacerle daño con la pregunta. Simple y llanamente, no lo entendía.

–Sé que sobre el papel puede parecer rato, pero Luciano y yo tenemos bastante en común.

Luciano alzó las cejas, y las ganas de reír le quitaron ácido a la conversación con su madre. Quizás debería tenerlo por allí siempre que mantuviera una conversación de esa clase.

De hecho, Luciano estiró el brazo hacia ella para que le pasara el teléfono. Eso sí que le hizo reír, y negó con la cabeza mientras intentaba recordar qué quería decirle a su madre. Ah, sí. Que tenían cosas en común y que…

Luciano volvió a hacer el gesto con la mano, y Serena se dio la vuelta para que no la distrajera.

–Madre…

De pronto vio cómo le arrancaba el móvil de la mano. Aunque se volvió para recuperarlo, Luciano se lo acercó al oído mientras con el otro brazo la mantenía alejada.

–Señora Valli, me alegro de hablar con usted – la saludó con alegría–. Soy Luciano Ascione. Creo que no nos conocemos, pero Serena me ha hablado mucho de usted, y creo que fue amiga de mi tío durante un tiempo.

Serena intentó quitarle el móvil, pero él le sujetó la muñeca.

–Serena aceptó mi proposición anoche. Me gustaría pensar que he sido capaz de saltar la barrera de su desconfianza, pero no podré estar seguro de haberlo conseguido hasta que no me la presente a usted.

Pensó en darle una patada en la espinilla, pero él debió adivinarle las intenciones porque le soltó la mano y se alejó unos pasos. Intentó acercarse de nuevo. De un tirón podría quitarle el móvil y… y nada. Lo que consiguió fue acabar pegada a su pecho, con un brazo rodeándole la cintura e inmovilizándole los brazos.

Si alguien hubiera pasado por allí en aquel momento, habría pensado que se trataba de un juego de enamorados. Era una sensación desconocida para ella la de estar tan cerca de alguien y prisionera al mismo tiempo. Y lo curioso era que deseaba pasar a algo más… fuerte. Más caliente. Lo contrario a aquella mañana.

Pero no debería estar hablando con su madre, y levantó una pierna con intención de hacer blanco en una parte muy vulnerable de su anatomía. Lo único que consiguió fue que él se echara a reír, y que el trueno de su pecho le recordara a lo que había ocurrido la noche anterior.

–Nos gustaría invitarla a cenar –estaba diciendo Luciano–. Si sus compromisos se lo permiten, por supuesto. Para celebrar la feliz noticia.

«¡Nooo!», pensó Serena, y se revolvió intentando soltarse. Tenía que detener aquello. Luciano la agarraba con fuerza, pero podía

mover la parte inferior del cuerpo. Si se retorciera hacia delante y hacia atrás…

–Cuando esté todo organizado, le enviaremos una invitación formal. Le paso con Serena.

Tan rápido la soltó que a punto estuvo de caerse de bruces. Luciano le devolvía el teléfono con una sonrisita divertida, pero mirándola de un modo peculiar y apartando de un modo extraño la mitad inferior de su cuerpo, como si hubiesen estado a punto de… algo.

Oyó la voz de su madre y tuvo que acercarse el móvil.

–Supongo que iré a la cena –estaba diciendo en un tono que combinaba la ofensa y el cansancio–, pero no puedo prometer que seré capaz de fingir para ocultar la incomodidad.

–Madre, no tienes que…

Pero antes de que pudiera terminar, su madre se despidió y colgó.

–No deberías haberlo hecho –gruñó, volviéndose a Luciano. Llevaba un volcán en erupción por dentro y, aunque sabía que no debía perder los estribos estando así, no fue capaz de pensar otra cosa que no fuera que lo odiaba.

–¿Por qué no? –le preguntó en esa forma suya tan despreocupada–. Tendrá que asistir a la boda y, si la cena tiene lugar en un sitio público, será otra ocasión de que nos vean. Si no me equivoco, a tu madre le encanta dejarse ver.

–Exacto. Le encanta mostrarse. Pero también le encanta montar escenitas y, dado que a ella esto le parece una incomodidad, además de considerarme estúpida por creer que tú vayas a querer casarte conmigo, esto solo puede terminar en desastre.

Luciano guardó silencio y la estudió con una seriedad que no creía haberle visto antes y que la ponía nerviosa.

Serena sabía bastante poco de la infancia de Luciano, excepto que Gianluca Ascione había sido un hombre duro y exigente con todas las personas presentes en su vida, incluido su hijo. Ser consciente de ello fue como hacer algunos agujeros en su globo de ira, dejándola cansada. Agotada más bien. Como si, por mucho que lo intentara, toda su perfección fuera un muro imposible de seguir construyendo,

porque él siempre encontraba el modo de escabullirse por las grietas.

–Entonces, cenamos en mi ático –sugirió él.

Puede que resultara más fácil. Su madre detestaba el castillo.

–¿Por qué?

–Porque, si nos va a montar una escena, prefiero enfrentarme a ella en mi propio terreno. Además, le daremos oportunidad a la gente de veros entrar a las dos en mi edificio, y ese es nuestro objetivo, ¿no?

Serena se presionó el puente de la nariz con los ojos cerrados y se dio la vuelta para inspirar el aire marino apoyada en la baranda.

Luciano se acercó por detrás y le rozó el cuello con un solo dedo. Dios, cómo le gustaba. Aquella prueba constante de que quería más de él por mucho que lo negara la estaba poniendo de los nervios.

–¿Es que no has dormido bien, *cara*? –le preguntó en voz baja.

Sintió deseos de dejarse llevar por la caricia. De dejarle acunarla con aquella nana de su voz. El pulgar volvía a describir círculos en su nuca, y una relajación maravillosa empezó a invadirla, hasta que recordó que lo odiaba, y que su pregunta no expresaba preocupación verdadera.

–He dormido de maravilla –replicó, apartándose de sus manos, que eran un problema. Y aunque tenía pensado tomar el camino de la seducción, a veces una chica tenía que saber cuándo retirarse–. Y ahora, tengo trabajo.

–Tenemos, cariño –la corrigió, ofreciéndole un brazo para que pasara su mano–. Esta mañana, empezaremos a trabajar juntos.

Serena no se había resistido tanto como él imaginaba. Simplemente lo había mirado con ese desdén regio del que hacía gala mientras él le explicaba que deberían acudir el uno al despacho del otro por turnos mientras los abogados redactaban los documentos pertinentes.

También le había dicho que debía enseñar el anillo para que las historias comenzasen a circular entre sus conocidos. Seguro que los dos tendrían montones de reuniones con clientes que se habían

marchado y que volvían arrastrándose con tal de tener acceso a un jugoso cotilleo. Entonces, juntos, ofrecerían una propuesta nueva que los americanos no serían capaces de igualar, entre las conexiones locales de Valli y los socios globales de Luciano. Juntos, se lo ofrecerían todo a sus clientes. Era un plan tan bueno que, a veces, se le olvidaba que era idea de ella.

Entraron en el edificio que albergaba las oficinas de Valli, de nuevo caminando juntos, la mano izquierda de Serena en la derecha de él para asegurarse de que se veía el anillo.

Saludaron a todo el mundo por su nombre de pila, algo por lo que los Valli eran conocidos. Un enfoque personal. Un negocio familiar.

El padre de Luciano apostaba por el glamur y la ostentación. Una forma de proceder que había ido pasando de generación en generación, contrapunto de los supuestamente más humildes Valli, lo cual había enfurecido desde siempre a su padre por el hecho de que habían amasado una fortuna tan grande como la suya.

En el fondo, ambos métodos habían resultado ser solo humo y espejos que ocultaban el hecho de que ninguno de los dos estaba bien equipado para hacer frente a los legados que les habían sido confiados. Resultaba irónico que sus hijos tuvieran que buscar juntos el modo de salvarlos.

Cuando emergieron del ascensor en una de las plantas superiores, Luciano se dio cuenta de que aquella era la de Serena. La mujer que estaba sentada tras la mesa que custodiaba el acceso al corredor de doble puerta de cristal se levantó de inmediato al verlos.

–Buenos días, Andrea –la saludó Serna y, en lugar de dirigirse a donde quiera que tuviera pensado, se detuvo ante la recepcionista con la sonrisa de plástico que tan bien se le daba ponerse en los labios–. Andrea, me gustaría presentarte a mi prometido, Luciano Ascione –declaró, mientras la joven no podía dejar de mirar boquiabierta el anillo de compromiso–. Lo vas a ver por aquí con frecuencia en los próximos meses. Espero poder contar contigo para que le ayudes a sentirse como en casa en Valli.

–Cla-claro. Bienvenido, señor Ascione.

La mujer dudó. No parecía saber bien cómo saludarlo: con un apretón de manos, una reverencia o una maldición y un escupitajo.

–Gracias, Andrea –la saludó con una cálida sonrisa que tenía por objeto ser cordial, pero que no logró su objetivo, a juzgar por cómo se le tiñeron de rojo las mejillas.

–Estaremos en mi despacho. Puedes pasarme las llamadas, pero, por favor, nada de visitas.

–De acuerdo. Señora Valli…

Antes de que pudiera decir lo que fuera que iba a decir, un grupo de hombres apareció en el corredor por el que parecía que Serena tenía pensado entrar.

–Serena –la saludó uno de ellos, que lucía un espeso bigote y una oronda barriga. Le pareció que era uno de los directivos de alto nivel que su padre había intentado arrebatarle a Valli–. Hemos convocado una reunión de urgencia.

Hasta el último de aquellos hombres miró a Luciano con desaprobación, algo que no difería demasiado de lo que pasaba en sus propias oficinas. La desaprobación era cómoda y fácil de manejar, en particular, en aquellas circunstancias.

–Tendréis que ver mi agenda con Andrea.

–Ya lo hemos hecho.

Miró a Andrea, que asintió nerviosa.

–Tenía un hueco a las diez y media, y parecían muy decididos.

Luciano comprobó cómo todos miraban el anillo del dedo anular de Serena no con sorpresa, pero sí con consternación. Se hicieron a un lado para que Serena pudiera pasar.

Condujo a Luciano a lo que debía ser su despacho, abrió la puerta e hizo un gesto para que entrase.

–Serena, esto es muy desconcertante –dijo uno de los hombres, haciendo ademán de seguirla.

–Para vosotros –respondió alegremente, y le dio con la puerta en las narices tan fresca.

–¿De verdad confiaba tu padre en esos alcornoques?

–Eso me temo. Jamás lo contradecían, y así es como a mi padre le gustaba llevar su negocio.

–¿A ti no?

–¿Por qué me iba a rodear de personas que nunca disienten de lo que yo digo, cuando podría tener gente inteligente, todos remando

en la misma dirección, asegurándome la mejor operativa?

Serena se movía alrededor de su mesa con movimientos impacientes. Era una mujer con una misión. Le habían sorprendido sus palabras. Parecía tan decidida y segura de sí misma que le admiraba que pensara en la inteligencia de otras personas.

–Estoy de acuerdo contigo –le dijo, acomodándose en un confortable sillón dispuesto en uno de los rincones del despacho.

–Sí. Ya lo vi en tu club.

–¿Ah, sí?

–Esperaba que, como suele ocurrir con los herederos, te rodeases de colegas de tu universidad privada y demás moscones, aprovechándose todos del esfuerzo de sus respectivas familias –describió, acomodándose tras su mesa–. Pero vi que habías contratado bateadores de primera.

–Tus dotes interpretativas son impresionantes. Ni siquiera pareces sorprendida.

–No voy a decir que tu capacidad de tomar decisiones empresariales acertadas me sorprenda –admitió–. A estas alturas, ya no. No eres tan tonto como me habría gustado descubrir que eras.

–Vaya por Dios… pues eso debe haberte escocido lo tuyo. ¿Es que el beso ha acabado con todas tus neuronas? ¿O ha sido el anillo?

Serena lo miró a los ojos e incluso esbozó una sonrisa.

–Ambos.

Era un chiste con ínsulas de flirteo, y Luciano no pudo comprender la tensión que le provocó en el pecho. Sus miradas se enredaron un poco más de lo debido, como en la playa, y cuando Serena por fin la apartó, Luciano quiso pensar que había ganado un duelo. Pero no. Lo sintió como una pérdida.

–Asistirás a la reunión conmigo –le dijo–. Les daremos las líneas maestras de nuestro plan. Solo lo que necesiten saber. Luego, nos reuniremos con los abogados. Tendremos que avanzar en ese sentido para que nadie pueda intentar ponernos la zancadilla.

–Lo que significa que también tendremos que avanzar con lo de la boda, ¿no te parece?

Suspiró, pero no le llevó la contraria.

–Sí. Cuanto antes, mejor.

Capítulo 10

Serena condujo a Luciano a la sala de juntas. No estaba nerviosa. Sabía cómo manejar a aquellos hombres.

Intentarían detenerla, pero no iban a poder hacerlo. Y por mucho que le detestara admitirlo, en una guerra como aquella, Luciano sería un activo valioso. Ella tendía a pensar demasiado en lo que debía ser, y no en los métodos que podía emplear la gente cuando su poder se veía amenazado. No es que ella hubiera puesto en peligro el poder de aquel grupo, excepto por el hecho de ser una mujer y más joven. Podía despedirlos, pero era consciente de que eso conllevaría venganzas, y no era el momento. Mejor mantenerlos a bordo y fingir que los escuchaba para después hacer lo que le viniera en gana.

–Serena.

Riccardo Esposito era, entre todos los presentes, el que menos le gustaba. Le hablaba como si tuviera doce años. La única razón por la que no lo había despedido era porque tenía miedo de que los demás se cabreasen tanto que surgieran problemas que aún no podría permitirse. Un día se desharía de todos de un plumazo, pero aún no podía ser, así que se mostraría como siempre: educada, fría, serena, inmune a sus quejas y a sus críticas. Y segura de sí.

–Esto es una reunión de trabajo –la reconvino.

Serena ocupó la cabecera de la mesa y Luciano ocupó el asiento que, sin duda, iba a ocupar Riccardo. Serena tuvo que morderse la

mejilla por dentro para no reírse de las motas rojas que salpicaron los mofletes de Riccardo.

–Sí, es una reunión de trabajo en horario de oficina –confirmó mientras los demás se sentaban–. Comencemos.

–Él no forma parte de la empresa.

–Me temo que ese no va a ser el caso durante mucho tiempo –sonrió–. Los abogados ya están trabajando en una fusión Valli-Ascione. Todos nuestros puestos de trabajo están asegurados, por supuesto.

–Al menos, durante un tiempo –murmuró Luciano.

Serena pensó que debería haber encontrado irritante la intervención, pero en realidad había sido el contrapunto perfecto. El enfoque poli bueno-poli malo.

La mirada de los cuatro hombres de confianza de su padre se cargó de desdén y rechazo. Riccardo no había encontrado dónde sentarse, de modo que seguía de pie:

–Una fusión violaría todo lo que tu padre construyó.

–Mi padre olvidó lo que había construido al conducir después de haber bebido y matarse.

–Pero tu abuelo…

–Tú no trabajabas para mi abuelo –cortó, seca–. Ni siquiera lo conociste, así que no te atrevas a invocar su nombre si quieres seguir teniendo un puesto de trabajo. Es más: yo soy quien ejerce el control –declaró, mirándolo a los ojos con la frialdad de un pepino–. Todo el control. Si Valli fracasa, recaerá en mis hombros, no en los tuyos, de modo que seré yo quien tome las decisiones. Y esta decisión nos va a salvar.

–Serena –intervino Mattia Adamo–, esta decisión es capital, y no puedes esperar que la aprobemos simplemente porque tu… –miró a Luciano con desdén– …porque hayas iniciado una relación personal con nuestro rival. –Volvió a mirarla a ella con expresión paternal–. Debes reflexionar.

Tanta condescendencia le recordaba a su madre. Curiosamente la de aquellos hombres no le molestaba gran cosa. Aquellos hombres no eran nada para ella. Simples obstáculos en su camino que la

ayudaban a mantenerse alerta. Pero si la obstaculizaban demasiado, iba a tener que eliminarlos.

–Mis queridos muchachos –empezó Luciano, y el modo en que pronunció la palabra «muchachos» puso a todos los hombres de uñas.

Serena estaba disfrutando.

–«Rival» es una palabra anticuada en el paisaje actual. –Luciano daba la imagen icónica del playboy aburrido y relajado–. La empresa norteamericana se ha colado en nuestro mercado y nos ha hecho daño a los dos, porque son capaces de ofrecer servicio global y local. Han sabido echarnos un par de pececillos para que nos peleáramos entre nosotros por ellos como tiburones hambrientos. Tenemos que ser listos.

–Y fusionar nuestras empresas es un movimiento inteligente porque…

Riccardo había hecho la pregunta cargada de malicia, pero parecía esperar de verdad una respuesta. Podía detestar a Luciano, pero no lo trataba como a un crío que hubiese hablado fuera de hora.

–Estoy seguro de que, una vez Serena exponga su plan, tendréis todas las respuestas que buscáis.

Era consciente de que todo aquello no era más que una farsa, pero no había contado con que Luciano actuase como si todo fuera solo idea de ella.

–Bien. ¿Es todo, caballeros? –preguntó, levantándose–. Tengo la tarde llena de reuniones. Me espera la tarea de recuperar los clientes que mi padre perdió por su terca negativa a ir con los tiempos. La tarea nos espera a todos –añadió.

–No puedes anunciar una fusión como si fueras un dictador –repuso Riccardo. Parecía a punto de perder los nervios.

–Señor Esposito, por favor, cálmese –intervino Luciano, chasqueando la lengua–. Estoy seguro de que Valli tiene un protocolo por el que reprender a empleados díscolos.

Los cuatro al unísono comenzaron a farfullar, una imagen deliciosa. Serena habría aplaudido de no echar por tierra con ello la imagen de una líder templada y fuerte.

–Creo que eso es todo por el momento, caballeros. Podremos hablar de esto con más calma cuando hayan leído mi informe, que les será remitido en cuanto los abogados estén satisfechos.

Luciano fue el primero en salir, pero Riccardo se plantó ante la puerta antes de que Serena pudiera seguirle.

–No puedes hacer esto.

–Te equivocas. Por si lo has olvidado, así es exactamente cómo mi padre puso en marcha su propia versión de Valli. Siendo un líder indiscutible. Nada de auditorías, ni de informes, ni de justificaciones. En un futuro espero que pueda ser de otro modo, pero, por ahora, todas las decisiones pasan por mí y solo por mí. Y ahora, si me disculpas.

Lo dejó atrás, pero entonces fue Vincenzo Conte quien la increpó:

–Serena, por favor, reconsidera tu decisión. Sabes que solo miro por ti.

Eso creía al principio. De los cuatro, había considerado a Vincenzo algo parecido a un mentor, pero, tras la muerte de su padre, se dio cuenta enseguida de que el hecho de que no discutiera abiertamente con ella no quería decir que la apoyase. Era un auténtico camaleón, decidido a amasar más poder, no a salvar Valli.

No confiaba en él, pero fingió hacerlo.

–Agradezco tu preocupación, pero ya he reflexionado más que suficiente –sonrió–. Es el camino correcto hacia delante.

Vincenzo suspiró.

–¿Qué puedes haber visto en ese hombre?

Miró a Luciano, que la esperaba en el corredor con una sonrisa satisfecha y divertida. Había manejado de maravilla la reunión. Era un hombre con un objetivo, como ella. Volverían a ser enemigos en el futuro, pero por el momento estaban en el mismo equipo, y veía algo en él.

–Un espíritu afín –musitó, y detestó que no fuese una mentira.

Los días que siguieron tuvieron un esquema similar. Él, en Valli. Ella, en Ascione. Reuniones con los abogados. Planes para una boda.

Unos días que le sirvieron también para ir anotando sus puntos flacos, observándola en su propio territorio. Fue detectando las cosas que no solo la irritaban, sino que la ofendían. Que usaran el nombre de su abuelo contra ella. Que le dijeran en Valli que no podía hacer alguna cosa. Su fácil camaradería con los animales y el modo en que necesitaba concentrarse para tratar con la gente. Su forma de aparentar encontrarse a gusto en Ascione, cuando él la veía absorber hasta el último detalle. Sin fallar, volvía a su rutina nocturna de anotarlo todo en uno de sus blocs.

Meticulosa. Decidida. Controlada. Una mujer fascinante. No creía haber conocido a alguien como ella. Bajo todo ese hielo, había algo mucho más complicado, aunque un poco extraño, la verdad.

Serena llegó a su ático a primera hora de la tarde con un alegre vestido de verano que nunca habría creído que podría verle puesto, un ramo de flores en un brazo y una bolsa grande colgando del otro, y se quedó descolocada al comprobar que él ya se había ocupado de las flores y de que el cocinero estuviera en la cocina, llenando la casa de olores deliciosos.

–Oh –fue cuanto dijo a modo de saludo, contemplando los centros de flores que habían llegado aquella mañana.

–¿Qué traes en la bolsa? –preguntó. Sentía curiosidad por saber qué más creía que él no había planeado.

–Cosas mías. He pensado que debería quedarme a dormir esta noche. No lo hemos hecho aún.

–No, es cierto –replicó, sorprendido de que fuera ella quien lo sugiriese–. Me parece recordar no sé qué de un arma de fuego apuntándote a la sien para que eso ocurriera.

–Me refería a tu casa de las afueras –replicó, irguiéndose–. Un apartamento en la ciudad es casi un hotel.

Era pura semántica, pero tenía que admitir que le admiraba su capacidad de retorcer las palabras para salirse con la suya.

Se le acercó y le soltó la bolsa en los brazos.

–Si tienes una habitación de invitados, déjala allí. Si no, ya veremos qué hacemos después de cenar, pero guárdala en algún

sitio mientras. Voy a añadir estas flores a ese centro.

Era una mujer acostumbrada a dar órdenes y esperaba que se le obedeciera. Pero él no estaba acostumbrado a obedecer a nadie, de modo que se quedó con la bolsa en los brazos mientras ella le quitaba el envoltorio al ramo y se acercaba a la mesa.

Lo escondía bien, pero se podían leer los nervios bajo la superficie. Estaba aprendiendo a ver bajo aquella fachada cuidadosamente erigida. No debería disfrutar tanto de estar aprendiendo a descifrarla.

La madre de Serena iba a cenar con ellos aquella noche, y si había un punto débil que no lograba entender era el de la relación con su madre. Aquella noche se haría la luz.

Con ese pensamiento, decidió zambullirse en su papel de prometido devoto. Guardó la bolsa en su dormitorio y volvió al comedor y a su ventanal circular, desde el que se disfrutaba de un precioso paisaje de ciudad y mar. No se había dado cuenta hasta aquel momento, pero desde el último de los ventanales, si la buscaba, podía ver la roca sobre la que se asentaba su pequeño castillo.

–La vista es preciosa –comentó ella sin apartar la mirada de sus flores. Acababa de terminar, pero no parecía satisfecha del todo con el resultado.

Luciano murmuró algo casi ininteligible. Nunca se había sentido incómodo en su propia casa, pero de pronto no sabía qué hacer consigo mismo.

–Debería enseñarte la casa, para que le parezca a tu madre que ya has estado aquí.

–Buena idea.

Intentó encontrar algo qué decir que la irritase, pero no se le ocurrió nada. Igual estaba incubando algo.

Por fin dejó las flores y se acercó a él.

–Antes de que comencemos –empezó, cuadrando los hombros–, creo que es necesario que te explique que mi madre va a ser… –No terminó la frase. Estaba nerviosa, se le veía en la cara–. No sé cómo explicarte lo que puedes esperar, pero no va a ser cómodo ni normal.

–Menos mal que soy un Ascione –respondió–. Tengo experiencia más que de sobra en lo incómodo y anormal.

La vio esbozar una sonrisa y un extraño sofoco le prendió en el pecho. Se trataba de una sonrisa verdadera. Parte de esos nervios desaparecieron, y le gustó lograrlo, aunque era incapaz de saber qué podía significar esa satisfacción.

Le mostró el resto del ático, lo que despertó unos recuerdos que no eran bienvenidos: la parte de su juventud que pasó intentando impresionar a su padre. La idea de impresionarla a ella era una afrenta personal y la rechazó. Afortunadamente, el anuncio de la llegada de su madre interrumpió aquellas cavilaciones y acompañó a Serena a recibirla con su mejor sonrisa de anfitrión.

A primera vista, Serena no se parecía a su madre. Era rubia, quizás demasiado delgada, pero sabía sacarse partido. Una mujer hermosa, de la clase que solían llamar su atención, con una agudeza completamente distinta a la de su hija. Era evidente que la señora Valli sabía cómo moverse por el mundo en su papel de exmujer de un importante empresario. Sabía vestirse, halagar y asistir a las fiestas adecuadas donde dejarse ver, mientras que su hija había canalizado toda su energía en comprender el negocio. Y le iba bien. Pero, si se le daba a elegir, escogería estar en casa con sus gatos.

No había similitud alguna entre ellas, y al percatarse de que Serena no iba a dar un paso al frente como solía, comprendió que iba a tener que ser él quien ejerciera el liderazgo en la velada entre aquellas dos fuerzas opuestas.

–Bienvenida a mi casa, señora Valli –la saludó, galante–. Permita que Eduardo se haga cargo de sus cosas.

Ella asintió y le entregó un pequeño bolso de mano y un chal.

–¿Podemos ofrecerle una copa?

La señora Valli estudió al mayordomo, a Luciano y la habitación en la que estaban con mirada astuta.

–Sorpréndeme.

El camarero asintió y desapareció. Antes de que hubiera podido invitarla a entrar, la madre tomó la mano izquierda de la hija para poner el anillo de compromiso bajo la luz y moverlo de un lado al otro.

–Es exquisito –dijo en un tono neutro, mientras su hija parecía una muñeca de cera–. Sinceramente, parece más adecuado para mí que para ti, cariño –añadió con una risilla.

–Me gusta mucho –contestó Serena, y Luciano no pudo pasar por alto la nota dolida de su voz.

–Por supuesto. Es maravilloso. Simplemente digo que una pieza como esta requiere un… bueno, ya sabes lo que quiero decir –concluyó mirando a su hija de arriba abajo.

–Pase, por favor –intervino Luciano, que tenía muy claro que el objetivo de aquella velada era ganarse a la madre de Serena–. Siéntese. Vamos a brindar por un futuro feliz juntos.

La señora Valli no dijo nada. Se limitó a entrar con Serena al comedor al mismo tiempo que llegaban las bebidas y los entrantes.

–Tienes un pisito muy mono –dijo mientras Luciano le apartaba la silla. Tomó asiento con ademán regio mientras Luciano intentaba casar la descripción de su carísimo y lujoso ático con las palabras «pisito» y «mono».

–*Grazie* –consiguió decir antes de pasar a la siguiente silla y apartarla para que Serena se sentase–. He pensado que un encuentro agradable e íntimo entre nuestras familias nos ofrecería la oportunidad de conocernos.

La señora Valli emitió un extraño sonido que podía ser educado y disentir al mismo tiempo. Luciano miró a Serena. Parecía lejos de allí. Había dejado vagar la mirada por la ventana. Nunca la había visto distanciarse de ese modo, y le molestó. ¿Por qué se habría metido de ese modo en su concha?

–¿Un brindis? –ofreció, tras ocupar su asiento.

Serena parpadeó como si despertara de un hechizo y alzó también su copa, mientras que su madre miraba la copa que tenía delante, a continuación el anillo de Serena y, después, a él. Había apretado los labios como si meditara. Por fin, decidió ofrecer también su copa con una sonrisa.

–Os felicito a ambos. Habéis tomado una decisión muy inspirada.

A Luciano le sorprendió la elección de palabras, pero no tenía sentido darle vueltas.

–*Salute*.

Serena repitió la palabra con poco entusiasmo. No había determinación, ni hielo, ni fuego. Parecía un fantasma.

Cenaron. Fue Luciano quien compartió los detalles de la boda que habían planeado Serena y él, que apenas participaba con monosílabos en la conversación, mientras que la señora Valli se mostraba vibrante y habladora, dando su opinión abiertamente sobre lo que le parecía bien y lo que no. Ambas mujeres se parecían hasta cierto punto, pero había una crueldad en ella que Serena no poseía.

Cuando llegó el momento de hablar de la tradición por la que alguien debía acompañar a Serena hasta el altar, su madre hizo un gesto de hastío.

–Me sorprende que no haya un desfile de animales para eso.

–Qué idea tan encantadora, madre –fue lo único que dijo Serena en toda la cena que le recordó a la persona que él conocía.

Fue la oportunidad que su madre estaba esperando para quejarse de los gatos de su hija y de la decrépita morada que habitaba. Acto seguido, tocó el pelo de Serena.

–¿Cuántas veces te he dicho que te lo dejes suelto? Pareces una niña enferma de la época victoriana con ese recogido.

–Puede que a mí me guste así.

–A mí también –añadió Luciano–. No sé lo que eso dice de mí –añadió, riendo.

La señora Valli no cambió el gesto, pero Serena casi sonrió.

Cuando llegaron a los postres, Luciano tuvo la sensación de que la madre de Serena había bebido más de la cuenta. Hablaba más alto y con más entusiasmo, lo que hizo que su hija se retrajese aún más.

–Bueno –bostezó la madre, haciendo que la hija frunciese el ceño–, dejémonos de cortesías. Sé que eres un consumado actor, Luciano, pero ¿de verdad pretendes que la gente crea que estás interesado por Serena?

Sus palabras tardaron un momento en penetrar. Eran tan distintas a cualquier cosa que hubiera esperado escuchar que le costó absorber su significado.

–¿Perdón?

–Me parece bastante obvio que todo esto no es más que un acuerdo comercial, y aunque pueda alabar que tengas ese espíritu

de sacrificio, ¿no crees que la gente no se lo va a tragar?

Había tantos insultos en tan pocas palabras que Luciano no podía contarlos todos, sobre todo teniendo a su hija sentada a su lado, muda.

La sangre de todo el cuerpo se le subió a la cabeza, cargada de ira y de ultraje. El comportamiento de la señora Valli no le era del todo desconocido, pero normalmente esas invectivas iban dirigidas a él, no a otra persona.

–Señora Valli, creo que es obvio que es mucho lo que no ha comprendido. No hay… truco alguno que yo esté ejecutando con su hija. La conoce muy bien como para dudar de que pueda haberla engañado.

Era obvio que no la conocía en absoluto. ¿Cuántas veces lo había tratado así su padre, tachándolo de estúpido, inútil y vago? Era curioso que la reacción de Serena a sus insultos fuese parecida a la suya propia. Pero en aquella ocasión no iba a ser capaz de mirar para otro lado. La grosería de aquella mujer iba a tener respuesta.

–Usted debió querer mucho a su ex marido, ¿no?

Ella parpadeó varias veces y se venció hacia atrás, casi como si la hubiesen golpeado.

–¿Qué?

–Sé que su matrimonio terminó antes de que él falleciera, pero es el único modo que puedo alcanzar a comprender cómo puede usted desconocer a su hija de ese modo. Serena siguió los pasos de su padre en la empresa, y con ello debió hacerle mucho daño, ya que le impide ver más allá. Perderlo dos veces debió ser un duro golpe para usted –añadió, fingiendo compadecerse.

–¿Un golpe? –repitió, mirándolo con los ojos entornados. En ellos debería ver los de Serena. Eran del mismo color y tenían la misma forma, pero había una ausencia de calidez bajo el marrón y el verde–. Celebro el día en que ese fracasado pasó a mejor vida. Ojalá hubiera sido antes.

–Señora Valli, ese no es modo de hablar de un muerto, que además era el padre de su hija –la amonestó, levantándose de la silla–. Me temo que no puedo prolongar más esta velada. No puedo seguir tolerando que trate así a mi futura esposa en mi presencia.

No habrá más invitaciones hasta que me asegure un comportamiento grato y positivo con su única hija.

Se volvió hacia Serena, que lo miraba con los ojos de par en par, e hizo un gesto dirigido al mayordomo.

–Eduardo, por favor, acompañe a la señora Valli a la puerta. Serena y yo estamos indispuestos y no podemos acompañarla.

–¡Serena!

–Estamos en casa de Luciano, madre –respondió Serena, con un brillo extraño en los ojos–. Y como invitadas educadas que somos, debemos acatar lo que él nos diga.

–¿Es que…? ¿De verdad pretendes echarme? ¿Cómo te atreves a…?

–Creo que debemos tomarnos una pausa en interés de todos. Cuando haya tenido ocasión de reflexionar, estoy convencido de que llegará a la conclusión de que su comportamiento ha dejado mucho que desear y que le debe a su hija una disculpa. Una vez eso quede solventado, estoy seguro de que podremos seguir de otro modo.

–¡Probablemente os merecéis el uno al otro! –bufó ella, antes de dar media vuelta y salir hacia la puerta ignorando a Eduardo.

Luciano intentó recuperar la calma respirando hondo. Los abusadores abundaban en todas partes, y sin duda tanto Serena como él habían visto unos cuantos. Su ámbito empresarial estaba lleno de ellos, y el padre de Serena lo había sido, igual que su propio padre. Pero algo en el modo en que su madre había hablado de ella, como lo haría una adolescente que no tolerase que alguien, aparte de ella, recibiese la más mínima atención, resultaba exasperante.

¿Habría compartido su propio padre aquellas opiniones terribles sobre él? ¿O acaso su simple existencia robaba a su progenitor de un protagonismo que quería solo para él? Mejor no entrar a analizar aquella posibilidad. Mejor ocuparse de Serena.

Se había levantado y permanecía de pie, inmóvil como una estatua y quizás tan remota como una de ellas, enmarcada por el ventanal. Estaba observando el mundo del otro lado del cristal, con una suave puesta de sol en tonos pastel.

–No tenías por qué defenderme –dijo tras un momento de silencio.

Parecía estar muy cansada, pero su expresión no revelaba nada.

–Es lo que haría un prometido –contestó.

–Supongo.

Luciano se encontró con la desconocida experiencia para él de no saber qué decir. Permaneció junto a ella en silencio. A Eduardo le dijo que no iba a necesitarle, ni a él ni al personal de la cocina, y que él se ocuparía de lo que fuera necesario en el apartamento el resto de la noche.

De ese modo, quedaron Luciano, Serena y su silencio.

Cuando por fin Serena se decidió a hablar, lo hizo con el tono cuidadoso y distante que ya le conocía. Era el que siempre había utilizado con él cuando, en raras ocasiones, sus caminos se habían cruzado.

–Ni siquiera después de que le hayas plantado cara se lo va a creer, y eso me preocupa. –Se volvió a mirarlo–. Me preocupa que no sea la única.

Algo se le encabritó por dentro. Una antigua necesidad de arreglar, de salvar, de proteger. Una necesidad que sintió de niño y que abandonó al llegar a la adolescencia. Pero no se podía proteger a aquellos que no deseaban ser protegidos, así que decidió no ahondar en sus palabras.

–No necesitamos que la gente se lo crea. De hecho, las dudas pueden incluso ayudar. La gente nos va a observar y se sentirán intrigados. Necesitamos captar su atención, y que nuestros nombres aparezcan en el éter.

–Es posible –suspiró, y volvió a mirar por la ventana–, pero también necesitamos presentar un frente empresarial unido si esperamos recuperar con ello a los clientes perdidos. Queremos que se reúnan con nosotros porque se sientan intrigados, pero necesitamos cerrar acuerdos porque piensen que somos los mejores.

–Entonces, seámoslo.

Serena asintió y el silencio volvió a instalarse entre ellos.

–Todo lo que ha dicho mi madre es cierto. Soy sosa, me gustan más los animales que la gente y este anillo le quedaría mejor a alguien como ella –declaró, con tanta flema que le resultó irritante–. No está equivocada.

Sí, quizás le gustasen demasiado los animales. Tenía muchas excentricidades y sí, quizás aquel anillo no encajaba con su personalidad, pero Angelica Valli se equivocaba en todo, y le parecía mal que Serena no lo viera.

–Yo creo que se equivoca –dijo, aunque debería haber mantenido la boca cerrada–, porque en el tiempo que hace que te conozco nunca me has parecido sosa.

Capítulo 11

Serena odiaba las sensaciones que le rondaban por la cabeza. Sobre todo odiaba no poder aislarse de ellas.

Todo aquello era culpa de Luciano y de su madre. La mitad de cada uno. Siempre le resultaba más fácil lidiar con ella cuando estaba sola y en su propio espacio. Y encima, Luciano había añadido un nuevo elemento que detestaba, ya que no podía controlarlo, ni organizarlo, ni perfeccionarlo.

«Nunca me has parecido sosa».

–No necesito que me defiendas –le dijo, dándole la espalda a él y a las olas del océano ahogadas por la oscuridad.

–Creía que a estas alturas, *cara*, ya sabías que yo no hago lo que necesitan los demás, sino lo que me da la gana a mí. Te lo digo porque es la verdad.

La verdad. La verdad nunca había importado. Es más: en aquel momento necesitaba que fuera todo lo que una vez creyó de él. Necesitaba que el Luciano de siempre fuese el auténtico Luciano: el niñato insulso, frívolo y negligente.

–Cuánto me gustaría ser como tú, Luciano, y no preocuparme de las necesidades de nadie. No darle importancia a los legados y las responsabilidades –le increpó, porque ella tenía la sensación de llevar todo el peso en el pecho.

Aparentemente no mostró reacción alguna. Permaneció de pie, como una montaña hermosa de planos inclinados y ásperos. Quería

ver una de sus sonrisas indolentes, pero no lo consiguió.

–Estoy aquí, ¿no? –fue cuanto dijo.

Era una advertencia, y ella se lo tomó como tal. Nunca pasaba por alto una advertencia.

Sin embargo, siempre se las había arreglado bastante bien en las confrontaciones con su madre, hasta que Luciano se empeñó en crear aquel encuentro en el que poder ser testigo de los dardos envenenados de Angelica Valli. Entonces todo le había parecido terrible, despreciable, embarazoso, vergonzante… ¿Echar a su madre a la calle? ¿Insistir en que se disculpara con ella? Como si todo lo que en su infancia se había convencido de que no importaba, en realidad sí importase. Había dado la cara por ella y en los postres se dio cuenta de que era la primera vez que alguien lo hacía.

Su abuelo había sido su ancla porque la comprendía, pero nunca la había protegido de las flechas que le lanzaban sus padres, y nunca se le había ocurrido a ella pensar que debía haber sido su escudo. Hasta aquella noche. Hasta que aquel hombre, su enemigo, su rival, su esposo de pega, en tan solo un encuentro, había hecho lo que nadie que dijera quererla había hecho jamás por ella.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero ella jamás lloraba en público. Siempre era capaz de controlar cualquier emoción, pero estaba fracasando en aquel momento y era algo horrible.

–Tengo que irme –dijo.

No pensó en buscar el bolso o en cómo iba a llegar a su casa sin llaves, sin el monedero, sin nada. Solo pensó en escapar.

Ni siquiera llegó a la puerta porque Luciano la sujetó por un brazo antes de bloquear con su propio cuerpo la salida. La única opción que le quedó fue bajar la cabeza y dejar que sus lágrimas las engullera la mullida alfombra que tenían a sus pies.

Pero Luciano empujó suavemente su barbilla, y dejó que la presión de su mano le hiciera alzar la cara y lo miró a los ojos con las lágrimas rodándole por las mejillas.

No sabría decir qué vio en su expresión, pero retumbó dentro de ella como el trueno de una tormenta. Fue como si algo cambiase la química de su organismo. Luciano le secó las lágrimas con el pulgar, suavemente. Aquel hombre que representaba, como su padre y el

de él, todo lo que ella odiaba, pero que en los últimos días la había convencido de que, en realidad, él no era ese hombre. Qué traición. Luciano Ascione era la única persona que le había secado las lágrimas.

–Vamos, *cara mia*. No debes llorar, y menos aún sobre estos carísimos zapatos italianos de piel que llevo.

A punto estuvo de sonreír, pero no había nada por lo que hacerlo. Si la cena había sido vergonzosa, aquella humillación no iba a saber soportarla. Por eso prefería estar sola. Por eso prefería a sus gatos. Por eso sus escudos de hielo eran importantes.

–No debes permitir que lo que ella diga te afecte –le dijo con solemnidad.

–No me afecta, porque ella no es el problema. Mi madre es lo que ha sido siempre: egoísta y mala, quizás. Mi padre no se casó con ella por su bondad. Lo que no sé es por qué quisieron tenerme –concluyó, moviendo la cabeza–. Pero mi valía no se basa en lo que mi madre pueda decir. Habría renunciado al éxito mucho tiempo atrás si no fuera así.

–Entonces, ¿por qué lloras?

Serena respiró hondo. Iba a quedar expuesta ante el enemigo.

–¿Alguna vez has pensado en lo solo que estás en realidad? –preguntó, sintiendo un nuevo asalto de las lágrimas, que apartó furiosa–. No puedes imaginarte lo que es tener a alguien que… que dé la cara por ti, y ser consciente de que es la primera vez en tu vida que alguien lo hace.

–No se trata de que alguien lo haya hecho –dijo muy serio–. Lo importante es que he sido precisamente yo.

–Una persona que me odia –añadió, irguiéndose, desafiándolo a contradecirla.

–Yo nunca te he odiado, Serena –replicó con convicción.

–No es necesario que mientas. Creo que una vez incluso me comparaste con Satanás. A la cara.

–Puede ser –sonrió–, pero no era por ti como persona, sino por lo que representabas. No sabía que eras una amante de los gatos un poco rara cuando te comparé con Satanás, y aunque me da la

impresión de que alguna de esas criaturas peludas con las que vives puede ser un enviado del inframundo, no pienso que tú lo seas.

Una extraña mezcla de risa y ultraje hizo que se atragantara. Su comportamiento estaba siendo desconcertante.

–¿Importa lo que yo piense? –quiso saber Luciano.

–Por supuesto que no.

No quería que le importase. No debería. Pero había dejado las manos en su cuello, y estaban demasiado cerca. Y aunque estar con su madre solía dejarla vacía y rota durante unas horas, haberse permitido llorar había resultado catártico, consolador.

No sabía qué hacer ni qué decir. Estaban demasiado cerca, y no era necesario. Sentía cómo la respiración de Luciano se mezclaba con la suya y sus manos seguían allí, mientras que su mirada, oscura e intensa, buscaba algo en sus ojos. El corazón le latía desaforado y la sangre le ardía, extendiendo su calor como si fuera alcohol, ablandándola, derritiéndola, iniciando un pulso alarmante en su interior. Un pulso que la incitaba a desear algo… algo que solo él podía darle.

Sabía que estaba mal. Estaban cruzando todas las líneas que se habían prohibido, y ella siempre había hecho lo correcto.

Pero jamás lo equivocado había resultado tan tentador.

Luciano no sabía lo que estaba haciendo. No se reconocía, ni reconocía aquella violenta necesidad. Una ternura que le era extraña, o algo perdido tanto tiempo atrás que lo había olvidado por completo era lo que tenía por dentro.

Se dijo que todo aquello formaba parte de un plan: seducirla. Atraerla a una falsa sensación de seguridad. Pero debían ser las necesidades y los deseos de ella más que los suyos, y no tenía ni idea de cómo igualar las sensaciones que rugían en su cuerpo y que habían alcanzado una intensidad que lo consumía todo, al punto de que ya no le importaba lo que pretendía hacer, ni lo que era importante, o quien acabase alzándose con la victoria. No, si podía volver a besarla.

Que fue lo que hizo. Se acercó y volvió a saborearla. Apenas habían pasado unos días desde aquel beso falso en la playa, y allí no había fotógrafos en los que escudarse. Aquel beso era para él. Y para ella también, a juzgar por cómo había suspirado. Gracias a Dios, los dos deseaban aquello que no deberían. Sería desastroso que solo uno de ellos deseara de aquella manera abrasadora.

Serena dejó escapar un sonido a medio camino entre el gemido y la inquietud, y él decidió dar un paso atrás. Ella se agarró a sus brazos como para no perder el equilibrio y él siguió con las manos en su cara, como si los músculos no le obedecieran. Tenía los labios inflamados, los ojos abiertos de par en par y las mejillas arreboladas. Respiraba con dificultad, pero recuperó el sentido antes que él, aunque lo que dijo pareciera carecer de él.

–No hay nadie que nos vea, Luciano. No hay por qué fingir.

–¿Y quién ha dicho que estuviera fingiendo? –repuso.

Debería haberlo parado. Debería haber usado sus palabras contra ella. Pero la vulnerabilidad que había visto le impedía ser implacable. Algo en sus lágrimas lo había desarmado, y solo podía ofrecerle la verdad.

–Te deseo, Serena.

Sus ojos reflejaron confusión y lujuria.

–¿Por qué? –preguntó con un hilo de voz.

–¿Y cómo demonios quieres que lo sepa? –espetó.

Cuando volvió a besarla, no se contuvo. Dejó que la guerra que se librara en su interior los alcanzase a ambos. Temía que se asustara, que lo apartase de un empujón, pero ocurrió todo lo contrario: le devolvió cada beso, cada mordisco, cada abrazo, y ambos se vieron arrastrados a un infierno que, sin duda, los destruiría.

Menos mal que él siempre había sido fan de la destrucción.

Deslizó las manos por sus costados hasta la cintura para acercarla cuanto le fue posible en un encuentro salvaje y desesperado de cuerpos. Ella le rodeó el cuello con los brazos y un latigazo de placer tan hondo que llegó a mezclarse con dolor lo recorrió. Su cuerpo era duro como el hierro y el de ella era todo calidez y dulzura.

Algo incomprensible se estaba desatando dentro de él. Demasiada emoción en algo que debería ser solo físico y fácil. No había nada

fácil con aquella mujer. Ni en sus besos. Era como estar hundiéndose, ahogándose, lo cual no tenía sentido. La virgen era ella, no él.

Llegaría un momento en que la llevaría demasiado lejos y querría parar, fingiendo que aquella pérdida salvaje de control nunca había ocurrido, de modo que se apresuró a provocarlo. O eso creía él.

Cuando le bajó la cremallera que cerraba el vestido a su espalda, ella lo sacó de los brazos para dejarlo caer al suelo. No dudó. El corazón se le trastabilló dentro del pecho y fue a apartarla de él, pero lo que estuviera a punto de decir para negarse aquello murió en sus labios.

Llevaba una ropa interior cómoda, de un blanco virginal. Era una diosa, dulce y tentadora, arrastrándolo a la perdición.

No era un mal modo de despedirse.

A los dos les faltaba el aire. Las pupilas de Serena estaban dilatadas, y el sonrojo le cubría desde las mejillas hasta el pecho. Por un momento le pareció ver una chispa de duda, pero antes de que pudiera utilizarla o combatirla, Serena volvió a acercarse y a conquistar su boca mientras le desabrochaba los botones de la camisa. Le costó un poco, pero no se rindió. Las manos de Luciano, sin contar con el permiso del pequeño rincón del cerebro que aún estuviese bajo su control, se deslizaron por su espalda hasta llegar a las nalgas. Cada centímetro de aquella mujer era suave, flexible, cálido.

El beso podría haberse prolongado una eternidad, pero en algún lugar sonó una alarma, se despertó una sensación de autopreservación y se separó de ella preocupado porque se sentía incapaz de llevar aire a los pulmones. Aquello no podía ser. ¿Qué haría si aquella inesperada tentadora se marchase? ¿Y qué haría si no? Devorarla, lo cual era un error. Una cosa era pensar en seducirla en términos vagos, pero la realidad de desearla era muy distinta. Más inquietante. Más compleja. Y él no era hombre al que le fueran las complejidades.

–Pídeme que pare –le dijo. Eso era lo único que podía salvarle. El buen juicio de Serena era cuanto podía interponerse entre ellos e impedir que se entregasen a aquella voracidad, porque no era solo

un juego de seducción, sino algo más. Algo a lo que era poco probable que sobrevivieran.

–Dime que no es esto lo que quieres –le pidió, pero no obtuvo respuesta–. Dímelo –insistió.

Serena tomó aire y negó con la cabeza.

–No –respondió con firmeza, y, tirándole del pelo, volvió a besarlo.

Capítulo 12

Serena nunca había sido irreflexiva, y jamás se imaginó que podría llegar a sentirse impelida a comportarse de ese modo. Pero todo cambió aquella noche. Más adelante quizás, cuando su cuerpo no estuviera palpitando con una necesidad que no reconocía aunque supiera lo que significaba, lo diseccionaría todo para entenderlo, pero, en aquel momento, en lo único que podía pensar era en lanzarse a aquel desastre que parecía más una revelación. Rendirse a él parecía algo que se debía a sí misma por una vez. ¿Qué podía importar si se estrellaba y se quemaba en la gloriosa montaña que era aquel hombre? Al día siguiente se despertaría y seguiría siendo Serena Valli, la mujer al timón de Valli Shipping que había iniciado el camino de la fusión, tanto en la vida como en su empresa, con aquel hombre. Aunque hubiese cometido un error, ¿qué cambiaría? Nada. Pero sabría dónde conducía todo aquello y lo mucho que su cuerpo podía sentir. Por una noche, nada de lo que fueran importaba. Lo único que contaba era su boca, su lengua, sus dientes. El modo en que la acariciaba, alimentando el fuego que nunca creyó posible sentir. Cuando todo aquello acabase, no sería un cascarón vacío como era habitual en ella. Sería un ave fénix alzándose desde sus cenizas. Poderosa.

Aquello no tenía nada que ver con sus vagos planes de permitir que la sedujera, porque no había sido seducida. Nadie la había arrastrado a nada. Ella había elegido. Lo que se había despertado

entre los dos ninguno lo quería ni sabía qué hacer con ello, así que se habían lanzado a lo desconocido, juntos.

Desconocido para ella. Él sabía lo que hacía. Sabía lo que estaba haciendo al recorrer con la boca su cuello, al avanzar con una mano por su muslo haciéndola creer que se dirigía a su parte más íntima, cuando en realidad pasó de largo.

Un juego que pretendía despertar, provocar, frustrar. Y a eso también ella sabía jugar. Bajó las manos por su torso, disfrutando de aquellos músculos definidos hasta llegar al botón de los pantalones. Sintió cómo se tensaba y sonrió. Se tomó su tiempo con la cremallera, pero perdió el hilo cuando él le soltó el broche del sujetador, se lo sacó de los brazos y lo dejó caer al suelo.

Nunca había estado desnuda delante de un hombre y no sabía muy bien cómo sentirse, aunque, si algo estaba claro, era que a él le había gustado lo que veía. Lo único que sus músculos agarrotados pudieron hacer fue sostenerla de pie cuando él estiró los brazos para tocar sus senos en un movimiento maravilloso y posesivo que le provocó una sacudida de la cabeza a los pies. Cuando sus pulgares rozaron sus pezones endurecidos, las rodillas estuvieron a punto de ceder. Y habrían cedido de no ser porque él la apretó contra la pared para poder darse un festín con la boca, desconocida y ardiente. Todo en ella comenzó a tensarse como la cuerda de un instrumento. Quería tantas cosas que no sabía cómo cómo pedirlas.

–Luciano –lo llamó desesperada, y su respuesta fue una especie de gruñido que salió de su garganta, primario y depredador, un sonido que provocó chispas en su cuerpo, como si no fuera más que fuego, calor y asombro.

Sintió su dedo trazar la línea elástica de sus braguitas, hasta que se hundió bajo la tela y exploró otra parte de su anatomía. La cabeza se le fue hacia atrás y chocó con la pared.

–Serena –dijo él, riendo, sin separar los labios de su cuello–. Estoy sintiendo lo mucho que me deseas.

–Sí –respondió, y con el poco control que le quedaba, puso la mano sobre su erección–. Y yo siento cómo me deseas tú.

–Somos una pareja equilibrada.

Quiso responder, decir algo sofisticado e ingenioso, pero el único sonido que salió de su garganta fue una nota sin palabras, mezcla de gemido y grito ahogado, porque su dedo estaba dentro de ella, despertando fuegos que no sabía que existían. Fue un ascenso embriagador y universal que le hizo olvidarse de todo lo que no fuera ese punto de su cuerpo, hasta que algo explotó dentro de ella y se rompió en mil pedazos. Fue una eclosión, una explosión que dio al traste con su equilibrio porque el placer que le proporcionaba otra persona era mejor que el que hubiera podido proporcionarse a sí misma.

Aún temblando y atrapada contra la pared, intentó devolver la normalidad a su respiración allí mismo, en el salón de su ático, enfrente de los ventanales. Se había perdido, y eso podía ser aterrador si se detenían en ese momento. Si eso era todo lo que ocurría. Él la había tocado y ella se había deshecho. ¿Cómo vivir con algo así?

–Más, Luciano –dijo, valiente, tomando su cara entre las manos–. Todo.

Aunque pareció dudar, no fingió no entender y, tras un instante, la tomó en brazos para llevarla hasta una alcoba al otro lado del ático. La noche estaba llegando, así que la luz era ya muy suave.

La dejó en la cama para contemplarla como lo haría un conquistador, y más tarde se preguntaría qué quería decir de ella esa disposición a ser conquistada en todos los sentidos por aquel hombre al que lamentaba desear de aquel modo.

–No habrá marcha atrás. Cuando recuerdes tu primera vez, seré yo quien esté en ese recuerdo.

Pretendía ser una advertencia, y así debía tomársela. Contemplando su cuerpo, los planos de sus músculos, la fuerza que emanaba de su cuerpo, ¿qué comparación posterior podía resultar victoriosa?

No podía temer los errores en aquel momento, no cuando ya había cometido tantos. Sería peor esconderse.

–Entonces, siempre serás tú.

Algo ardió en sus iris, algo que ella no sería capaz de comprender aunque tuviera su experiencia, y se quitó la camisa, dejando al

descubierto la impresionante musculatura de sus brazos.

Se quitó los pantalones mientras ella no se perdía detalle. No tenía escenario real con el que comparar, y los nervios crecieron. Pero no eran nervios de angustia, sino más bien de esperanza. A continuación, se bajó los bóxers y quedó al descubierto su pene endurecido. Sabía que era un cliché, pero le resultaba imposible comprender cómo aquello iba a caberle en el cuerpo. Del cajón sacó algo, y en segundo plano agradeció que le funcionaran más neuronas que a ella en aquel momento. Abrió el envoltorio del preservativo y se lo colocó sin que ella dejase de mirar. Todo era tan nuevo, tan desbordante. Que un hombre se colocase entre sus piernas, excitado y tan deseoso como ella…

–A lo mejor te duele –dijo con la voz ahogada.

–No tengo ni idea de cómo funciona el sexo, a pesar de los veintiséis años que llevo en este planeta. Por favor, explícamelo todo, Luciano.

Cada vez que pronunciaba su nombre, sentía que la tensión crecía en él, y lo pronunció despacio, sílaba a sílaba, esperando volver a oírle gemir y sentirlo dentro, ya que su pene estaba colocado justo entre sus muslos.

Iba a saltar a lo desconocido, pero era una sensación de poder. Una elección, su elección.

El dolor fue menos que la sensación de enfrentarse a un imposible mientras él entraba, despacio y decidido. Una incomodidad rodeada de sensaciones maravillosas que bloqueaban esa molestia, sobre todo cuando se movió y él gimió. Cuanto más se relajaba, menos creía que no era físicamente posible disfrutar de sentirse tensada al extremo, invadida por completo.

Se movió debajo de su cuerpo, desesperada por alcanzar el clímax que le había dado en la otra habitación solo con la mano, recibiendo sus embestidas, aprendiendo qué era lo que él esperaba, viendo cómo se esforzaba por no perder el control.

Se sentía salvaje. Se sentía libre. Nunca se había sentido así y casi ni lo había deseado, pero la furia ciega que había en los ojos de Luciano le parecía lo que le había faltado, quizás, toda la vida.

Se rompió con su nombre en los labios. Fue como un terremoto, reorganizándolo todo. Luciano la retuvo bajo su cuerpo mientras el orgasmo la sacudía, sin salir de ella, mirándola. La estaba viendo de verdad, a ella. Se había metido bajo su armadura y la estaba viendo, y Serena se sintió extrañamente emotiva. Quiso abrazarlo. Quiso algo que no sabía cómo expresar, porque ella también lo había visto a él detrás de su armadura. El modo que había hablado de su padre. No de aquella forma casi impersonal, sino con verdad.

Puso la mano en su mejilla porque necesitaba guía para lo que le estaba creciendo en el pecho.

–Luciano…

–Sh –le ordenó, y la hizo levantarse y sentarse en su regazo para deslizarse dentro de ella desde otro ángulo–. Vas a darme otro orgasmo, *cara mia* –murmuró tirando de su pelo al mismo tiempo que le acariciaba la espalda y se llevaba a la boca un seno–. Ahora.

La orden le produjo un escalofrío de placer.

–No puedes darme órdenes, *carissimo*.

Pero no pudo decirlo sin jadear, moviéndose sobre él, construyendo de nuevo el ascenso. Lo deseaba otra vez.

La risa de Luciano fue profunda y le reverberó dentro. Lo era todo. Y Serena se perdió.

Serena se lo había quitado todo: las máscaras, la armadura que se había creado para protegerse, dejándolo débil y completamente perdido. La necesidad que lo estaba ahogando no era la del último empellón, la del salto en el acantilado. Por mucho que lo deseaba, no lo necesitaba tanto como tenerla a ella en los brazos. Había pronunciado su nombre como una oración, y cuanto deseaba era aquello, aun siendo consciente de que no podía ni iba a funcionar en su favor. Ni siquiera era un error táctico a aquellas alturas, sino una catástrofe inexplicable.

Entenderlo no hizo que la disfrutase menos. El olor a lavanda que se había impregnado en su cama. La textura suave y dulce de su piel. Era perfecta de la cabeza a los pies. La somnolencia de sus ojos era una especie de droga que no encontraría en ningún otro lugar.

–Ahora es tu turno –musitó ella–. Vas a derretirte por mí.

–¿Ah, sí?

Serena comenzó a moverse, tentativa. Luciano respiró hondo y ella sonrió satisfecha, preciosa. Era una sirena inesperada.

La dejó tomar las riendas y moverse a su antojo, con su respiración acariciándole la piel cubierta de sudor. Sus pechos se rozaban contra él y cada vez que suspiraba era de placer. Estaba construyéndose de nuevo, buscando lo que le gustaba al mismo tiempo que él.

Intentó dejarla hacer hasta que ya no pudo controlarse más. Sentir que el orgasmo de Serena estaba a la vuelta de la esquina le hizo perderse dentro de ella y, en un último instante, la colocó sobre la cama para hundirse en ella una vez más. El clímax llegó como una explosión de placer que casi no comprendía. Era inexplicable que algo que había hecho tantas veces pudiera dejarle ese gusto a único e importante.

Ya se ocuparía más tarde de entenderlo, cuando pudiera volver a respirar. Cuando descendiera de las alturas a las que se había encaramado. Cuando pudiera recuperar la cordura necesaria para bajarse de su cuerpo.

Debería haber ocurrido cuando le acarició la espalda como si quisiera consolarlo. Cuando hundió la mano en su pelo en un gesto tan dulce que sintió que se helaba por dentro. El ataque de algo extrañamente parecido al miedo lo paralizó.

Serena apartó la mano y su expresión se tornó seria, pero no retiró la mirada.

–Bueno… ya está hecho.

Pero todo en él, independientemente del miedo, rechazó ese sentimiento. No, no estaba hecho.

–Aún no.

Capítulo 13

Serena se despertó en una cama desconocida dentro de una habitación desconocida, iluminada solo por el débil resplandor del amanecer que entraba por la esquina de una ventana. Estaba sola en una alcoba que olía al perfume caro de Luciano.

Respiró hondo e intentó no catalogar las sensaciones que procesaba su cuerpo. Si pudiera accionar solo la parte racional de su cerebro, los sentimientos no podrían infiltrarse en su toma de decisiones. ¡Y vaya si tenía decisiones que tomar!

Se alegraba de estar sola. Así podría disponer de un momento para asimilar todo lo que había cambiado. Porque, por mucho que pretendiera ser muy cosmopolita y decirse que aquello había sido solo un rato divertido, todo lo que les aguardaba a Luciano y a ella en el futuro no lo era, y tenía que saber cómo actuar antes de enfrentarse a él.

Cerró con fuerza los ojos e intentó concentrarse en su respiración. Nunca había sido agorera. Siempre se enfrentaba a los problemas de manera racional y fría, de modo que no iba a quedarse allí aterrada por la incertidumbre de lo que podía sentir o dejar de sentir un hombre después de la noche que habían pasado juntos porque no importaba lo que sintiera él, sino no lo que ella estaba sintiendo. Necesitaba aclarar las ideas y decidir cómo iba a seguir adelante. Solo estando segura de lo que ella sentía importaría lo que pensara él.

El sexo había sido revelador. ¿Sería así con cualquier otro? Seguramente no. Había algo demasiado… elemental en Luciano, en la clase de hombre que era y en cómo la veía a ella.

No es que tuviera demasiado sentido, pero, después de trabajar una semana juntos, había empezado a darse cuenta de lo parecidos que eran. Había muchas diferencias, por supuesto, pero también una base común, casi como si se complementasen el uno al otro cuando querían. Pero eso daba igual. El meollo seguía siendo encontrar la forma de seguir adelante con él, dado que era la clave para que su plan de negocio avanzara. Visto así, el sexo podía ser, simplemente, parte de esa estrategia. Quizás podía ser algo con lo que ambos disfrutasen cuando tuvieran ganas. Como si fuera un postre especialmente delicioso.

Ojalá tuviera a mano uno de sus cuadernos. Podría confeccionar una lista con pros y contras. Podría refrescar sus objetivos y centrarse en la misión por la que había organizado aquella pequeña farsa.

Antes de que pudiera tomar ninguna decisión, la puerta se abrió y rápidamente se subió la sábana hasta debajo de la barbilla. Era Luciano, que traía una bandeja llena de comida. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta del hambre que tenía.

–Estás despierta. Genial. El desayuno –anunció, sin apartar la mirada de la bandeja mientras la colocaba sobre la cama. Había un montón de dulces de desayuno, una selección de frutas, yogur y café–. Sírvete lo que te apetezca –ofreció, quedándose junto a la cama.

Eligió una especie de donut relleno que no sería su elección habitual, pero aquella mañana le apetecía tomar algo dulce y decadente.

–¿Café?

–Por favor –contestó, y le vio servir dos tazas.

Luciano no se sentó. Actuaba de un modo un poco raro. Había en él una especie de rigidez, como si estuviera pisando territorio desconocido, igual que ella.

La noche anterior se había sentido poderosa, reflexionó. Se habían tratado de igual a igual. No es que lo esperase, pero había sido así.

Y parecía seguir siendo el caso porque, independientemente de cuántas «mañanas de después» hubiese tenido él, aquella era diferente.

En cualquier caso, tenía que enfocar aquello como enfocaba todo lo demás: con un plan cuidadosamente trazado.

–Supongo que tenemos que hablar de lo de anoche –aventuró.

–Supongo –respondió sin comprometerse más.

¿Por dónde empezar?

–¿Por qué ha ocurrido?

–Bueno… si haces memoria, te di varias oportunidades de dar marcha atrás, pero decidiste no hacerlo.

Serena suspiró. Estaba siendo deliberadamente obtuso. La parte buena era que quizás había significado para él algo más de lo habitual. Si no, estaría siendo superficial o despectivo. Incluso llevaría la voz cantante, y eso quería decir que estaba tan a oscuras como ella en cuanto a cómo proceder. Era reconfortante, y se permitió recostarse en los almohadones y acabarse su dulce mientras intentaba considerar los hechos por encima de los sentimientos.

–No tenías que besarme –dijo con cuidado–. Aunque no me preocupa llorar delante de los demás, si no puedo evitarlo, nunca me habían besado en respuesta a mis lágrimas.

Dejó escapar un ruido de irritación, lo que a Serena le aportó una sensación de victoria por ser ella quien lo irritaba a él.

–Puede que todo eso tenga sentido para ti –continuó diciendo, ya que él no contestaba–, pero para mí no, y estoy intentando comprender para poder decidir qué hacer a partir de ahora. Pero vas a tener que ser más comunicativo.

–No es tan complicado, Serena. Eres una mujer guapa –sonrió, a pesar de que tenía el ceño fruncido–. Y yo soy un hombre guapo.

–Es más que una simple atracción, y lo sabes.

–No esperaba que precisamente tú fueras a darle un barniz romántico a esto, Serena. Nadie ha dicho que una persona tenga que gustarte para tener buen sexo con ella, *cara*. Hasta tú tienes que saberlo.

Ese era el problema: que estaba empezando a gustarle. O a respetarle. O lo que fuera, menos el desdén que siempre había sentido hacia él, cuando solo era una caricatura. Ahora era un hombre, no perfecto, pero mucho más complicado de lo que antes pensaba.

Por ejemplo: estaba claro que pretendía molestarla, lo cual no era más que un mecanismo de distanciamiento. Lo sentía tan fuera de su elemento que no pudo ofenderse por su comentario. ¿Barniz romántico? Simplemente estaba intentando averiguar cómo asegurarse de que el sexo, o aquel respeto inesperado que estaba sintiendo por él, aquella atracción que sentía en contra de su voluntad, no afectase a su acuerdo.

–Puede que sea cierto –contestó–, pero creo que nos identificamos el uno con el otro en cierto sentido. Eso no es romántico, sino una observación razonable basada en los eventos de la semana pasada. Y creo que es imperativo que lo entendamos para que no cometamos errores al avanzar. Errores que pueden dañar lo más importante.

–Y para ti, lo más importante es tu empresa –respondió con desdén.

–Mi legado, Luciano –lo corrigió–. El mío y el tuyo. La razón por la que hemos pasado más de cinco minutos en la misma habitación tú y yo.

–Entiendo. Así que quieres analizarlo, ¿no? Diseccionarlo en uno de tus cuadernos, quizás. Entender por qué te has acostado con un canalla como Luciano Ascione.

–Yo no me referiría a ti como un canalla en esta situación.

–En esta situación, ¿eh? –se burló–. De no ser por lo de anoche, pensaría que eres un robot.

–No entiendo por qué estás enfadado, Luciano. Hemos tenido una noche muy agradable. Es una complicación, sí, pero creo que podemos asumirla si lo hablamos como dos personas adultas.

Ella estaba siendo más que razonable, pero él parecía a punto de tener una rabieta, así que se acomodó en las almohadas e intentó no sonreír.

Aquella mujer era exasperante. Él se había despertado con las tripas hechas nudos y sin saber por qué. Lo malo era que no había logrado deshacerlos, y ahora la tenía allí, acomodada en su cama, comiéndose un dulce, intentando comprender y mantener una conversación tranquila. Sonriéndole incluso, como si fuera la reina del mundo, como si lo controlara todo, y él no fuera más que un siervo grillado.

¿Qué tenía de tranquilo lo que había ocurrido, o de razonable? Desde luego, él no podía racionalizar el modo en que ella le había trepado por dentro como si fuera una hiedra venenosa. Quería hablar de sexo como adultos. Quería razones. Quería certezas. ¡Pues muy bien! Se las iba a dar. Las certezas y todas las verdades de las que no quería oír hablar.

–¿Sabes que anoche, mientras tu madre montaba su numerito, me di cuenta de que eso yo ya lo había vivido yo?

Serena lo miró sin comprender, y su sonrisa perdió brillo.

–Verás, es que reconocí algo en el modo en que te trató: se equivocaba, pero no pude entender qué razón puede tener una madre para mentir sobre su hija.

La sonrisa ya había desaparecido por completo.

–Me recordó a mis cenas de la infancia. En aquella época, yo no era lo bastante mayor para darme cuenta de que, cada noche, mi padre jugaba a su juego favorito. Insistía en que mi madre cenara con nosotros para después tratarla fatal hasta que conseguía que se retirara hecha un mar de lágrimas. Al día siguiente volvíamos a empezar. Le gustaba hacerlo, pero yo no entendía por qué.

Le había rogado a su madre que no se presentara, pero solo había conseguido que lo rechazara. Había intentado, siendo ya mayor, convencerla de que se marchase, pero nada. Daba igual lo que intentase: su padre era el centro de todo en aquella casa. Y Gianluca Ascione lo sabía.

–Cuando conseguía que ella se viniera abajo, iba a por mí. Lo mismo que hizo tu madre anoche contigo. Diferentes insultos, claro, pero la misma táctica. Me consideraba estúpido, o eso decía. Durante un tiempo pensé que simplemente se equivocaba, e intenté

demostrarle que no era así. Pero nunca logré entender por qué. Hasta que vi a tu madre haciendo lo mismo. Y obviamente estaba mal, y por supuesto se equivoca.

La expresión de Serena se iba volviendo glacial.

–No se equivoca del todo –respondió.

–Tonterías. Quiere que seas esas cosas que dice, sosa y tonta, porque admitir lo que de verdad eres, guapa y extravagante, pero no tonta, le resultaría intimidante. Quiere que toda la atención recaiga sobre ella, quedarse con todo lo bueno, y tú eres una amenaza.

Había cambiado. Tenía la respiración alterada, las mejillas rojas y se aferraba a la sábana con tanta fuerza que los nudillos se veían blancos.

–Mi madre es más hermosa y mundana que yo. Y eso está bien, porque yo no necesito ser esas cosas.

–Aunque estuviera de acuerdo con lo que dices, daría igual. Lo que yo vi ayer en tu madre es inseguridad manifiesta. Y en lugar de mirarte como una persona independiente, como alguien de quien sentirse orgullosa, te ve como un símbolo de lo que ella no es: joven, brillante y exitosa.

Serena quedó completamente desconcertada por la descripción, y Luciano deseó meterse en la cama, cubrir su cuerpo con el suyo y no pensar en otra cosa que no fuera el placer que podían darse.

–Y en mitad de la cena –continuó, aunque no podía entender por qué seguía hablando–, me di cuenta de que mi infancia había sido así: soportando los insultos de un hombre inseguro que temía que yo fuera mejor que él, o más interesante, o merecedor de más atención que él algún día. Intentando salvar a una mujer que prefería ser víctima que plantar cara.

«Ni por sí misma, ni por mí». No había conseguido salvar a su madre. No la había protegido, ni había llegado a ser más fuerte que su padre.

–Ella no quiso que yo la salvara, y puede que fuera su derecho. Como ahora es el tuyo.

La forma en que lo miró le dio miedo. Miedo porque pudiera cambiar todo, ahora que lo conocía bien. Ahora que sabía quién era.

Ahora que tenía poder sobre él.

–Nadie ha dado la cara antes por mí.

No quería oírselo decir. Era un poder demasiado grande, y Serena llegaría a darse cuenta de que él no era capaz de salvar a nadie. Y entonces, ¿qué? Ahora ella sabía más de cómo funcionaba por dentro que cualquier otra persona que hubiera en su vida, lo que lo dejaba expuesto, vulnerable y disgustado consigo mismo. Le había revelado la verdad sobre sí mismo a su enemigo, su rival, la mujer a la que un día traicionaría.

Serena suspiró y miró hacia otro lado. No podía adivinar qué estaba pensando, pero se preparó para cualquier cosa porque, de algún modo, sabía… sabía que se acercaría a una verdad que no quería reconocer.

–Así que nos parecemos –dijo en voz baja, con la mirada puesta en las cortinas–. Somos más parecidos que distintos.

No quiso contestar, pero dio igual. Siguió hablando.

–No creo que mi madre se equivoque del todo en cuanto a cómo soy. En su mundo, soy una persona sosa y no tan hermosa como ella, y para mí no es un insulto, sino un hecho. Me gusta lo que me gusta, y soy quien soy. A veces me resulta duro aguantar cómo me menosprecia delante de otras personas, pero creo que me va a resultar más fácil con tu interpretación de su comportamiento, porque creo que tienes razón. Es una mujer insegura.

Parecía estar asimilando sus propias palabras, pero las lágrimas habían empezado a crecer en sus ojos.

–Al parecer… los dos hemos reaccionado del mismo modo ante el mismo tipo de persona. Hemos creado personajes. –Por fin volvió los ojos hacia él, brillantes pero firmes–. Y ninguno de los dos llegamos a creérnoslos del todo porque nos conocemos demasiado bien a nosotros mismos.

Una revelación no deseada se le materializó ante los ojos, pero no quiso compartirla con ella. Es más: no tocaría esa verdad ni con un palo.

–Por el amor de Dios, no vuelvas a llorar.

–¡Lloraré cuando me dé la gana! –espetó.

Pero no lo hizo. Se secó las lágrimas sentada como estaba en el centro de su cama, como si fuera una reina.

–Quizás haya más similitudes de las que creíamos en un principio, pero eso no cambia nada –dijo Luciano, intentando creérselo.

Ella asintió y fue para él como si una daga le acertase en el corazón, un corazón que no quería tener. Tenerlo no conducía a nada.

–Supongo que deberíamos evitar las complicaciones.

Luciano estaba de acuerdo, pero no fue capaz de articular una sola palabra.

Serena se desplazó al borde de la cama y la sábana se escurrió de su cuerpo. Se levantó y caminó hasta él completamente desnuda, con sus rizos cayéndole a la espalda. Sus pasos derrochaban confianza y no dejó ni un segundo de mirarlo a los ojos. Estaba desafiándolo.

–Es exactamente lo mismo que pienso yo –dijo con la voz rasposa–. Esto ya se ha complicado bastante.

–Mi vestido está detrás de ti –dijo, señalando una silla–. Me lo alcanzas o me dejas pasar.

Estaba apenas a unos centímetros de él, desnuda y perfecta. Lo estaba poniendo a prueba. A él, que había visto a montones de mujeres desnudas en su vida y que había disfrutado del sexo. No quería pensar que ella fuera especial, ni sentir la tentación. Quería ser más fuerte que eso.

Pero no lo era.

Capítulo 14

No solo no evitaron las complicaciones, sino que se lanzaron a ellas.

Estar con él era adictivo. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo sola que había estado, incluso cuando su abuelo vivía. Nunca había sentido la compañía de una persona de su misma edad, que estuviera en la misma etapa de la vida que ella y con la que poder crecer, y eso era lo que tenía con Luciano: enfrentaban juntos los problemas empresariales, salían a cenar para ser vistos. Y pasaban todas las noches juntos.

Incluso había llegado a compartir con él sus dudas sobre si incorporar o no un perro a la familia. No es que él dijera nada al respecto, pero era muy agradable tener a alguien con quien comentarlo.

–Entonces, ¿por qué no te lo compras de una vez? –le preguntó una tarde del fin de semana en que estaban tomando una limonada en la terraza del castillo.

Serena tenía el portátil abierto y estaba viendo fotos en la web de un criador. Creía que Luciano se estaba echando una siesta.

–¿Y si no se lleva bien con Kate y Leopold?

–¡*Mio Dio*, Serena, qué barbaridad! Tienes que dejar de darle vueltas y tomar una decisión.

–Es que empecé a pensar en un perro solo porque Pierro me dijo que no a un pájaro –protestó.

–Es que Pierro tiene dos dedos de frente, pero no estoy seguro de que tú los tengas. ¿Es que no puedes ir a conocer al cachorro con tus dos bolas de pelo y ver qué tal se llevan?

–Podría preguntar si es posible –respondió pensativa.

Concertó una cita para el día siguiente y le sorprendió que él insistiera en llevarla hasta el domicilio del criador. Fue murmurando todo el camino y mirando de reojo a los dos gatos que iban en el asiento de atrás del coche en su cesta de transporte, pero lo hizo. Fue encantador con el criador, e incluso dejó que el cachorro le mordisquease los cordones del zapato.

–Ya es oficial –dijo ella al verlo agacharse para acariciar las suaves orejitas del cachorro.

–¿El qué?

–Qué no odias a los animales –aclaró mientras el cachorro se le subía a Luciano a la pierna–. Lo que pasa es que eres más de perros que de gatos.

Cuando Serena dejó una señal para reservar el cachorro y llevárselo a casa cuando estuviera listo, él no dijo nada, pero a Serena le pareció ver una sonrisita.

De vuelta en el castillo, fue él quien llevó la cesta con los dos gatos al interior y quien les abrió la puerta para que salieran. Algo extraño aleteó entonces en el pecho de Serena, pero no supo qué podía ser. O quizás no quiso identificarlo porque era demasiado grande, o demasiado intimidante. Hasta que se despertó una buena mañana, enredada en él como era habitual, y se dio cuenta de que había empezado la semana de la boda.

La felicidad la llenó de improviso, lo mismo que la ilusión y la excitación, no por el evento en sí, sino por el hecho de que iban a ser marido y mujer.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que había cometido un grave error. La semana anterior había disfrutado con los pequeños retoques de su vestido de novia. Había soñado con cómo Luciano la miraría cuando avanzase por el pasillo central de la iglesia antigua que habían escogido juntos. Incluso había decidido dejarle opinar sobre el nombre del cachorro. Nada relacionado con la fusión o con cómo se desharía de él cuando ya no lo necesitase. De repente

comprendió, mientras Luciano dormía profundamente abrazado a ella, que se había enamorado de él. De su sentido del humor. De cómo escondía su instinto de cuidador bajo un borde afilado. Vivían juntos en todos los sentidos y se comportaban como una pareja de verdad, tanto en público como en privado, excepto en una cosa muy importante: en hablar de lo que estaba ocurriendo. Ninguno de los dos había reconocido la verdad de lo que había entre ellos. Seguían fingiendo que era una farsa.

Tampoco sabía qué pensaba él del amor. Del compromiso. De los hijos. Quería preguntárselo, pero preferiría hacerlo cuando estuvieran casados, para que Valli-Ascione no se resintiera. Para que no pudiera huir fácilmente.

Y si aquella idea le provocaba algún sentimiento de culpa, no quiso reconocerlo.

–¿Qué nombre crees que podría ponerle al cachorro cuando vayamos a recogerlo? –le preguntó una noche, acurrucados los dos en el sofá.

–Podrías escogerlo de esa horrible película que me has obligado a ver –comentó, sorprendiéndola–. Así no te sales del tema.

La película era su favorita, y sus gatos llevaban los nombres de los protagonistas. Qué absurdo, pero sintió ganas de llorar.

–Yo…

Las palabras estaban a punto, pero no fue capaz de decirlas cuando él dejó de mirar los correos en el teléfono para mirarla a ella y vio la preocupación en sus ojos, clara como el día. Mejor esperar a que estuvieran casados y la parte empresarial rematada. Una vez estuviera protegida, quizás…

–Llévame a la cama –murmuró.

Luciano obedeció sin preguntas.

A medida que se acercaba el día de la boda, Luciano se iba sintiendo más inquieto. Lo que antes era solo una farsa, empezaba a ser demasiado real.

Pasaban cada minuto que podían juntos, y cuando no lo estaban, la echaba de menos. Estaba obsesionado, y no solo con su cuerpo,

sino con su mente y sus peculiaridades: la felicidad que fue para ella el día que dejó la señal para el chucho. Cómo se emocionó cuando le organizó una especie de cuenta atrás para ir a buscar a Stuart, el cachorro. Y lo peor era que él también estaba sintiendo la ilusión por ir a recogerlo. Nunca le habían permitido tener animales de niño, y de adulto estaba demasiado ocupado. Y no solo su parte más dulce, sino su fuerza, su determinación en el trabajo. Cómo le había parado los pies a uno de los consejeros cuando se atrevió a sugerir que la fusión era un error.

Hacía años que había dejado de anhelar el afecto de sus padres porque era fuerte, porque tenía un objetivo, porque no necesitaba el amor de unas personas que se habían negado a verlo como era. Pero la necesidad que le envolvía el corazón respecto a Serena era demasiado intensa, y se sentía incapaz de controlarla. Peor aún era que, a juzgar por cómo pronunciaba su nombre, cómo lo miraba, temía que ella sintiera lo mismo.

¿Y si era una ilusión? ¿Y si todo lo que le había dicho su padre sobre su incapacidad era cierto y un día Serena le daba la espalda?

En veinticuatro horas iban a casarse, y su boda no era real, por mucho que su mirada lo derritiera, por mucho que cada noche fuera gloriosa y el placer no tuviese fin, por mucho que aquellas semanas le hubieran parecido la vida que no sabía que deseaba tener: tranquila, íntima, serena, real.

Quería ser su marido. Quería amarla. Quería tener una vida con ella. Pero en varias ocasiones se había dado cuenta de que Serena quería decirle algo y acababa por no hacerlo. ¿En qué mundo Serena Valli tenía miedo de algo? Tenía que ser por su culpa. Por su incapacidad. Por sus defectos.

Serena estaba en la cocina, canturreando mientras preparaba la cena, con el pelo recogido en lo alto de la cabeza y una sudadera holgada. El deseo de tocarla, de perderse en ella y olvidarse de aquel miedo era abrumador. Quería creer que podía ser así. Que podían tener para siempre lo que habían tenido aquellas semanas. ¿Es que se había quedado ciego? ¿Acaso no recordaba lo que sus padres se habían hecho entre sí? ¿Se le había olvidado ya que la

madre de Serena había despellejado a un hombre muerto? ¿Qué estaban haciendo?

Tenía dos opciones: olvidar todo lo aprendido e intentar hacerlo funcionar, arriesgándose a que ambos quedasen destrozados por el camino, o hacer acopio de valor y hacer lo correcto. Hacer lo que los salvaría a ambos. Lo necesario. Lo que debía hacerse.

Se levantó de su silla de golpe.

–Voy a ir al club esta noche –anunció, puede que con demasiado volumen en la voz–. Tengo cosas que hacer.

–¿Quieres que te acompañe? –preguntó sin mirar, pendiente de lo que estaba cocinando.

Claro que eso era lo que quería. Tenerla a su lado. En su cama. Para siempre jamás. Sonriéndole, cocinando para él, acariciando a sus animales y confeccionando listas. Pero sabía con absoluta certeza que algo acabaría rompiéndose, y él o ella daría la espalda y acabarían destruyéndose.

No podía vivir con ese miedo. Tenía que salvarla. No iba a volver a tocarla, ni aquella noche ni nunca. Si no era ella la que encontraba la salida, tendría que ser él.

–No –respondió con aspereza–. Me distraerías, y tengo cosas que hacer antes de la boda y de la luna de miel.

La vio quedarse rígida, y esperó una respuesta cortante. Casi deseó que le plantase cara. Discutir sería más fácil.

–Vale –fue cuanto dijo.

Su aceptación fue como una navaja, y se quedaron mirándose, los dos temiendo decir lo que había que decir.

–¿Vas a cenar antes de irte? –preguntó Serena con algo de la escarcha de antes en la voz.

–No –respondió, y la culpa intentó echar raíces en su pecho–. Gracias.

Tenía que salir de allí. Tenía que cambiar la trayectoria que llevaban. Y sabía cómo hacerlo. La salvaría fuera como fuese.

–Luciano –lo llamó, y él se detuvo en la puerta sin querer mirarla.

Pero el silencio le obligó a volverse.

Su mirada era directa, pero no fría, sino con la dulzura que ahora le conocía. ¿Cómo podía ser una implacable mujer de negocios y, al

mismo tiempo, una amante de los animales de corazón dulce como el néctar? Le resultaba imposible vivir con las expectativas que una mujer como ella había puesto en él.

–Mañana nos casamos –dijo muy seria.

Era hermosa. Maravillosa. Dulce y encantadora, tan inteligente que dolía. Y no era capaz de encontrar una sola cosa buena que pudiera salir de lo que tenían pensado. Serena lo traicionaría y él le fallaría. No era lo bastante bueno para ella.

–Sí, mañana. Igual me quedo esta noche en el club. ¿No dicen que da mala suerte que los novios pasen juntos la noche anterior a la boda?

Serena permaneció inmóvil y en silencio unos segundos.

–Creo que lo he oído decir, sí. –Su mirada estaba cargada de significado–. Entonces, te veré mañana en la boda, ¿no? En nuestra boda.

Le estaba hablando como si pudiera leerle el pensamiento. Ambos eran cobardes.

–Sí –respondió.

«Voy a salvarte», pensó mientras empezaba a andar.

De camino al club, convocó a su abogado. Llegó y, sin saludar a nadie, subió a su despacho.

–Quiero cambiar nuestro acuerdo –le dijo al letrado nada más llegó.

–Ya sabía yo que lo del casamiento era absurdo –contestó–. Puedo reunirme con los abogados mañana y…

–No. Quiero que se lo entregues todo a Serena Valli ahora. Sin necesidad de que nos casemos.

–Señor Ascione, no puede hacer…

–Puedo y lo voy a hacer. Cueste lo que cueste, tiene que estar listo mañana.

–Señor Ascione…

–¿Hay algún problema? ¿Tengo que llamar a otro abogado que pueda ocuparse?

–No, no… claro que no –balbució, retrocediendo–. La señora Valli también tendrá que firmar.

–Firmará.

–De acuerdo. ¿Quiere que le haga llegar los documentos a la señora Valli cuando estén preparados?

–No. Yo se los llevaré.

Así pondría punto final a aquel interludio y volvería a ser la persona que tenía que ser: la caricatura tras la que solo ella había visto al hombre.

Pero Serena estaría a salvo, y eso era todo lo que importaba.

Capítulo 15

Serena se preparó para el día más importante de su vida básicamente sola. Por supuesto, hubo una mujer que se ocupó de peinarla y maquillarla, la organizadora de la boda la ayudó a ponerse el vestido y a abrocharse los botones.

Pero Luciano no había llegado aún.

La organizadora le decía que no se preocupara, que estaban en contacto con él y otras tonterías, pero ella lo sabía. Lo supo la noche anterior. Había algo en su modo de comportarse, algo extraño y ansioso. El hechizo había quedado roto.

No podía pararse a analizarlo porque, si lo hacía, se vendría abajo, y eso nunca lo permitiría. Jamás. Pero no iba a acudir. Lo sabía en los huesos. Aun así, no fue capaz de cancelar, de ahorrarse la vergüenza. Tendría que pasar por ello, someterse a la peor situación imaginable para no tener la tentación de perdonarlo.

¿Qué le habría hecho cambiar de opinión? ¿Qué le habría asustado? Porque sabía que se había asustado. Algún día intentaría analizarlo para comprenderlo, pero no en aquel momento. No podía reconocer, en un instante como aquel, que la culpa era solo suya. Su madre siempre le había dicho que era insignificante, pero, al parecer, no lo había repetido lo suficiente.

Lo único que podía hacer era recurrir a la frialdad, a la distancia. Ir paso a paso, con calma y raciocinio, para que, cuando llegara el

momento y no se presentase, aquel horrible amor que llevaba dentro se rompiera en mil pedazos y quedara reducido a polvo.

La organizadora salió con la excusa de que tenía que revisar algo, sin duda para intentar localizar a Luciano. Mejor. Quería estar sola. Solo ella, el espejo y el precioso vestido de novia, muy sencillo. La imagen que le devolviera el espejo debía ser la de una novia feliz, deseosa de empezar una nueva vida, pero el rostro que había en su luna mostraba la verdad. El maquillaje no podía ocultar su palidez, ni el encaje conferirle un aire etéreo. Su expresión era puro hielo.

Si pisaba mal, se resquebrajaría, todo por haberse enamorado del último hombre del que debería haberlo hecho. Y solo era culpa suya.

Se levantó e intentó no pensar. Poner distancia. Que el dolor no la destrozara.

«Estás destinada a la soledad. Ha sido una estupidez pensar otra cosa».

Se lo habría dicho su madre si estuviera allí, pero, por culpa de Luciano, no estaba. No se había disculpado, y no había sido invitada.

Antes de haber podido decidir qué pasos iba a dar, la puerta de la alcoba se abrió. En el espejo vio entrar a Luciano, pero no se movió. Sus miradas se encontraron en la luna.

Estaba allí, pero sabía que no podía albergar ninguna esperanza. Traía los labios apretados, la mirada espesa y la misma ropa con la que se marchó.

Y una carpeta llena de papeles.

Respiró hondo y se dio la vuelta. Mantuvo la barbilla alta y los ojos secos.

–La organizadora de la boda te anda buscando –dijo ante su silencio–. Falta poco y aún no estás vestido.

Parpadeó varias veces antes de bajar la mirada a la carpeta que traía. Serena se sentó. Si se movía despacio no se daría cuenta de cómo estaba.

–He llegado a conclusiones nuevas –le dijo él, acercándose para entregarle los documentos.

–Seguro –murmuró, pero no movió las manos.

–No necesito seguir teniendo a Ascione. Puedes quedártela.

Y le dejó la carpeta sobre las piernas de Serena. «No necesito a Ascione», había dicho. «No te necesito», era lo que quería decir.

Apretó los dientes y sacó los documentos. Los leyó con calma.

–Aunque está bien que hayas llegado a esta conclusión antes de esta boda falsa –empezó con la voz escarchada, mezcla de éxito, fracaso, amor y odio–, habría estado mejor que te hubieras dado cuenta un poco antes. Antes de que me vistiera.

–Estás preciosa.

Estuvo a punto de venirse abajo, pero estaba demasiado cansada para empezar una discusión. O para hacer cualquier cosa que no fuera sobrevivir.

–¿Por qué estás aquí, Luciano? –preguntó, rozándose la sien que le palpitaba.

–Es nuestra boda.

–Tengo la sospecha de que no piensas asistir.

Tardó en contestar.

–No voy a marcharme con el rabo entre las piernas. Te he regalado Ascione. No quería que fuera otra persona quien te lo dijera.

Serena se echó a reír, y sonó un poco histérica.

–¿Y qué va a pasar cuando se sepa que no vas a casarte conmigo?

–Ascione es tuya.

Puede que antes hubiera aceptado el ofrecimiento: su empresa a cambio de cancelar la boda. Pero eso era antes. Antes de pasar las veladas viendo sus películas favoritas. Antes de que hubiera ido con ella a conocer a su futuro perrito. Antes de que diera la cara por ella y de que le diera la importancia que merecía. No por ser lista, o por lo que era capaz de hacer o de representar, sino simplemente por ella.

El hielo se estaba calentando y ella necesitaba aferrarse al frío. Pero en aquel momento recordó lo que Luciano le había dicho sobre su madre. Sobre sus intentos de salvarla. Aquella noche había sido el punto de no retorno para los dos. Ella se había dado cuenta de que había una persona dispuesta a defenderla, y creyó que él comprendería que estaba dispuesta a permitírselo. Pero no.

La ira la poseyó en aquel momento y se levantó de golpe, derribando la silla a su espalda, y se acercó a él.

–¿Dices que no quieres irte con el rabo entre las piernas? ¿Es eso? ¡No eres más que un cobarde! Pero no logro comprender de qué narices tienes miedo. –Sacudió en el aire los documentos–. ¿Del éxito? ¿De la esperanza? ¿Del compromiso o de la felicidad? Aunque, en este caso, el compromiso sea falso.

–No lo es y tú lo sabes –dijo–. Ha pasado a ser… otra cosa.

–¿Otra cosa? Tan cobarde eres que no te atreves a nombrarlo? Tú no, pero yo sí. ¿Es que tienes miedo de amar?

–No es miedo. Lo que he hecho es elegir un camino que nos mantendrá a los dos…

Luciano no encontraba la palabra correcta, algo que no le había ocurrido nunca.

–Has elegido ser el más completo idiota.

Le vio apretar los labios y contener la ira.

–Te he dado lo que querías: Ascione.

–No quiero para nada tu… bueno, sí que quiero tu empresa. –No podía mentir–. Pero no solo quiero eso. Te quiero a ti con ella. Quiero esto: quiero lo que hemos construido estas últimas semanas.

Cayó en la cuenta de que ella también había sido una cobarde porque se había quedado esperando, retrasando lo inevitable, temiendo decirle lo que sabía que podía alejarlo de ella. Y él había acabado por alejarse de todos modos. Entonces, ¿por qué no soltar la bomba?

–Luciano, te quiero. Creo que ya lo sabes, pero eres incapaz de asimilarlo. Te quiero, y quiero casarme contigo solo por ti. Sin que Ascione o Valli tengan nada que ver. Solo por nosotros dos.

Luciano se había preparado para muchas cosas: lágrimas, acusaciones, violencia, hielo… pero no se había preparado para recibir amor.

–¿Por qué?

–Luciano…

–No. –Gesticuló con la mano–. No. He tomado una decisión, y te he dado lo que viniste a buscar al club aquella noche. A partir de ahora, me centraré en mi club, que es lo que he construido con mis propias manos. Si tus abogados tienen alguna duda, que hablen con los míos –dijo, señalando los documentos–. Esto… esto no puede ser.

Serena no encontró qué decir, y esa debió ser la señal para marcharse, pero las piernas no le obedecían. Aquella mujer era lo más hermoso que había visto en su vida. El vestido era sencillo, pero parecía un ángel.

Lo mejor que podía hacer era marcharse, porque todo en él lo empujaba a acercase, a tocar, a rogar. Le había acusado de tener miedo de muchas cosas, y quizás lo tuviera, pero no era el miedo a conseguirlas lo que le había clavado al suelo, sino el miedo a perderlas. A fracasar. A fallarle.

–No puede ser –musitó ella–. ¿Por qué? ¿Qué tendría de malo casarse y que nos amáramos el uno al otro? ¿Tan horrible es la perspectiva como para que renuncies a tu legado, vuelvas a ser una caricatura de ti mismo y finjas no querer todo lo que yo sé que quieres?

–No me conoces. No sabes lo que quiero.

–Claro que lo sé. Mejor que nadie. Porque soy la única persona con la que has sido tú mismo.

Luciano negó con la cabeza. Ya no sabía quién era, pero estaba seguro de que no podía ser algo que ella quisiera.

–Entonces, deberías tener el buen juicio de salir corriendo con esos documentos bajo el brazo, Serena. Si dices que me conoces, sabrás que…

Que nadie lo había querido. Que nada de lo que hiciera o dejara de hacer podría cambiar lo que sintiera otra persona.

–Sé que eres Luciano Ascione –declaró–. Nunca diría que eres perfecto, pero sí diría que eres un buen hombre. Un hombre al que yo amo.

Disgustado, le dio la espalda. Ojalá pudiera hacerlo consigo mismo.

–Serás la única.

–Bien. No me importa serlo. –Había fuego emanando de su interior–. ¿Es que piensas que eso puede importarme? –preguntó tirando de su brazo para que se volviera–. ¿A mí, precisamente, va a importarme lo que piensen los demás? Conociéndote a ti, no me importa nadie más.

–¿Cómo puedes decir que me conoces, Serena? –inquirió, furioso–. ¡Si ni siquiera yo sé si me conozco, después de todo lo que ha pasado!

–Entonces, deja que sea yo quien te salve esta vez –le dijo con más suavidad–. Déjame interponerme entre ti y las cosas que otros han dicho sobre ti. Eres inteligente y dulce. Eres un bastardo arrogante también cuando quieres, pero no hay maldad en ti. Y creo que lo que más miedo te da no son tus carencias, sino el hecho de que no sabes qué hacer con esto.

–¿Con qué?

–Con el amor que sientes por mí. Te asusta, pero no te rebaja.

Sentía que llevaba un yunque en el pecho. Amor. ¡Amor! Esa emoción inútil que nunca era recíproca… aunque Serena le había dicho que lo amaba. Y Serena no mentía nunca. Ni exageraba. ¿Cómo podía quererlo?

–¿Y no te asusta ese sentimiento? –le preguntó.

–Por supuesto que sí. Pero tener miedo no es razón para salir corriendo en los negocios. ¿Por qué iba a serlo en la vida?

–No puedes hacer en la vida lo mismo que en un negocio.

Allí estaban, hablando de amor. Ella con su vestido de novia, charlando en lugar de salir corriendo, que es lo que debería hacer. Lo que él esperaba que hiciera. Lo que necesitaba que hiciera para sobrevivir a aquella marea de esperanza que terminaría en dolor.

–Pues no sé por qué no, si es lo mismo –replicó–. Se trata de mantenerse vivo y boyante durante el tiempo que se pueda. Hay que estar ahí cada día, resolver los problemas y no rendirse. Es exactamente igual excepto en una cosa importante, Luciano. –Inspiró hondo–. Antes tenía a mi abuelo –comenzó a explicarse, con los ojos brillantes–. Y aunque no era perfecto, sé que se preocupaba por mí a su modo. Y eso siempre ha significado más para mí que cualquiera de los éxitos que haya podido lograr con Valli. Porque el

amor y el cuidado son más importantes que los beneficios y los clientes. Ahora no tengo a nadie. A nadie a quien amar y a quien cuidar, excepto a mis animales. Y a ti.

Sus palabras fueron como un tornillo de banco que le apretó los pulmones.

–Podría dirigir Valli-Ascione si ti. Haría falta trabajo duro y meticuloso, pero podría hacerlo. Y lo haré si insistes en echarlo todo a perder, pero no vas a marcharte de esta habitación llevándote la falsa idea de que nos has salvado de nada. Si te vas, lo destrozarás todo. El futuro que a los dos nos daba miedo admitir que era posible. Yo ya no le tengo miedo. ¿Y tú?

Serena no lo estaba entendiendo, aunque sus palabras daban la impresión contraria.

–Serena…

–Tienes dos opciones: puedes quedarte, vestirte para la boda y casarte conmigo siendo consciente de que tenemos trabajo por delante. La fusión de nuestras empresas y la fusión de nuestras vidas. En esas fusiones intervendrán un montón de animales, ahora y en el futuro. Incluirán amor, dificultades y felicidad. Y niños. Creo que me gustaría tener niños contigo.

Hijos. La idea le provocó sentimientos encontrados: un miedo gélido y paralizante y una esperanza cálida que podría derretirlo. Hijos con la inteligencia y los ojos de Serena. Hijos suyos. Una familia completamente distinta a la que habían tenido los dos.

Eso era imposible por mucho que se empeñase.

–O puedes salir por esa puerta –continuó Serena–. Pero si sales, no volverás a entrar –sentenció–. Perderás Ascione para siempre. Y me perderás a mí.

Para siempre. Aunque era eso lo que había planeado, verla así, vestida de novia, con aquel aspecto de ángel, consciente de que era todo lo que había llenado su vida de calor y de valor, le atravesó el pecho como una hoja afilada. Representaba todo lo que había cambiado en él. Lo había devuelto a la vida después de haberse quedado dormido detrás de su caricatura. O quizás simplemente se había tomado la molestia de mirar debajo de la máscara porque también ella llevaba una.

Pero no se trataba solo de lo que hubiera hecho ella por él, porque aquello no era como la relación de padres a hijos. Allí, eran socios. Él había derretido su hielo. Había dado la cara por ella después de que llevase una eternidad luchando sola.

Temía tanto que la desilusión los esperase al otro lado de la puerta… pero temía aún más no poder volver a entrar. Sabía que no le daría una segunda oportunidad. No se la merecería.

Quizás… quizás fuese como ella decía: que la cuestión era presentarse cada día y trabajar. Y si había una persona en el mundo que podía hacerlo, era ella. Serena. La mujer a la que amaba.

–Esto suena a chantaje, Serena –dijo con la garganta seca–. ¿Te parece bonito empezar así una vida juntos?

Esperaba que sonriera, pero no fue así. Lo que sí cambió fue la expresión de sus ojos.

–¿La verdad? Pues me parece propio de cualquier interacción Valli-Ascione.

Él sí que se echó a reír, a pesar de que la sensación era de que todo lo que había sido seguro para él hasta entonces se estaba viniendo abajo. Pero ella hacía que fuera mejor. Que fuera bueno. Solo por ser como era. Y si Serena podía ser valiente y amarlo, ¿no tenía él el coraje suficiente para hacer lo mismo?

Serena se le acercó y, tomándolo por los dos brazos, lo zarandeó un poco.

–Quédate. Ámame.

Él no era persona que aceptase órdenes, pero es que ya estaba en su misma página.

–Ya lo hago –contestó muy serio–. Quererte.

–Lo sé. Me habría quedado con tu negocio si no me quisieras –replicó, haciéndole sonreír.

–Cometeré errores –le advirtió, apartándole un mechón de pelo.

–Errores horribles.

–Y tú me helarás la sangre.

–Seguro.

–Y los dos nos presentaremos en nuestro puesto cada día, a pesar de todo.

–Cada día –confirmó, tomando su cara entre las manos.

Luciano puso las suyas en las caderas de Serena para acercarla a él. Su pareja, su compañera, su todo.

–Cásate conmigo, Serena. Seamos de verdad marido y mujer.

Los ojos le brillaban, pero no lloró.

–Juntos –susurró, y lo besó en los labios.

Epílogo

Tuvieron una boda multitudinaria que resultó ser la comidilla de la ciudad, pero intercambiaron sus votos antes, en aquella habitación. Cuando pensaban después en su boda, pensaban en ese momento.

Juntos reconstruyeron sus legados individuales y, con el tiempo, construyeron el suyo propio. No en las salas de conferencias ni en los contenedores de transporte, sino en su hogar: el castillo de la colina. Lleno hasta los bordes de animales y con un buen número de niños.

Juntos aprendieron a amar y a mostrar ese amor. A creer y a tener esperanza, a pesar de los desafíos y los sufrimientos de la vida.

Animaron a sus hijos a ser fieles a sí mismos, a aceptarse. Los protegieron y dieron la cara por ellos. Y cuando discutieron, siempre acabaron haciendo las paces sobre el fundamento del amor que siguieron construyendo a lo largo de toda la vida. Acudiendo a sus puestos, día tras día.

Así se constituyó el nuevo legado Valli-Ascione, creado con la trama del amor que dura toda una vida.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

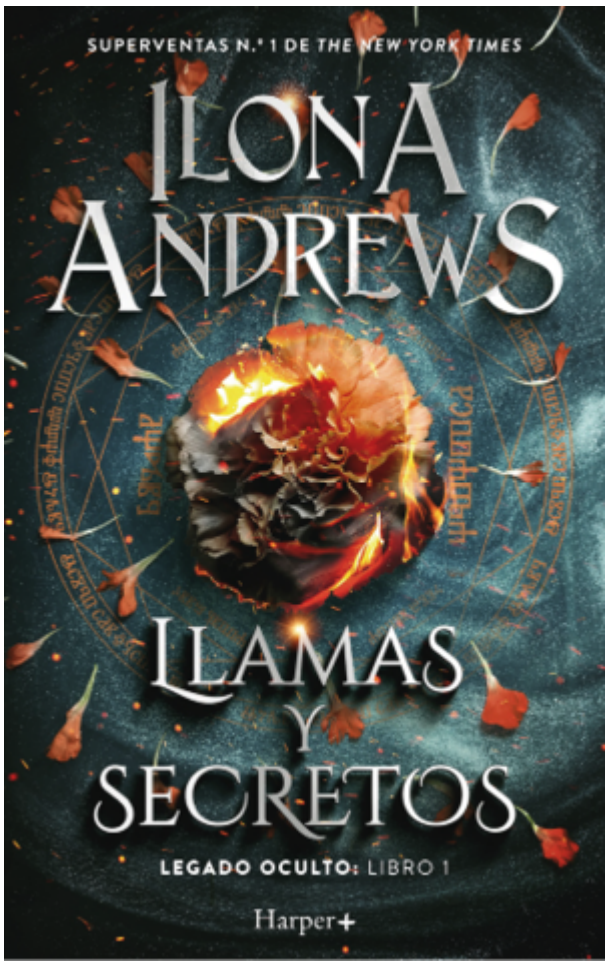


Table of Contents

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Si te ha gustado este libro…